LUNFARDÍA

ACOTACIONES AL LENGUAJE PORTEÑO

JOSÉ GOBELLO

argos

LUNFARDÍA

Es el lunfardo, al mismo tiempo, objeto de estudiosos y lugar común de diletantes. A veces se lo considera a priori como una jerga indigente, útil tan sólo para expresar algunas variantes del delito. Otras, acuciosos investigadores logran compilar extensos vocabularios, cuyo primer antecedente impreso es necesario buscar en los trabajos de Benigno Lugones, actualizados por este volumen. Se trata, sin embargo, de ensayos meramente semánticos, que sólo conjeturalmente aventuran etimologías. José Gobello en su LUNFARDÍA, obra que trasciende el originario lunfardo para abarcar todo lo que de característico tiene el lenguaje de la ciudad, ha logrado determinar el itinerario seguido por más de seiscientas voces que por diversos caminos llegaron a Buenos Aires. Este tomo, el primero

JOSE GOBELLO

LUNFARDÍA

Introducción al Estudio del Lenguaje Porteño.

argos

Hecho el depósito que marca la ley 11 723

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

NOTA BENE

CON esta somera monografía no intento agotar el estudio del lenguaje porteño, ni tampoco quiero dogmatizar. De entrada, no más, prevengo que encontrará el lector más de una duda y más de cuatro yerros. Sólo quise aplicar mi tiempo y mis lecturas a algo muy querido por mí. Otros, con mayor erudición y mejor método, enmendarán y completarán algún día estos precarios borradores, que publico mientras acopio fichas para un diccionario etimológico de la lengua del tango.

Otrosí digo: reunir en un haz los nombres de Berceo y Yacaré, de Lope y del negro Cele, no es mera travesura. Es una porción de justicia.

Denuncio, por último, como instigador de este delito de lesa filología, a Tito Rampa, y como cómplices a Ricardo Freire, quien me proporcionó una numerosa y eficaz bibliografía, y a Eliseo Moreno, cuyo prolijo saber tanto brilló en la corrección de las pruebas.

J. G.

Los amigos del tango se regodean todavía con las viejas letras guarangas, nacidas cuando el jopo era patente de hombría y el taquito militar redoblaba, viril, en la noche porteña. Aquel vocabulario cosmopolita, menos hijo de la cárcel que de la inmigración, resistió a pie firme el sostenido embate de los gramáticos y de la pituquería intelectual. Con él cantó la musa arisca de Villoldo —cuarteador, poeta, mito— y canta todavía la ciudad por las esquinas, en las noches ya sin compadres ni cuchillos. A ese lenguaje que parece forjado para la caricatura y que, sin embargo, puede expresar esta angustia:

Campaneando un cacho'e sol en la vedera

le ha quedado por nombre *lunfardo,* que textualmente equivale a lenguaje de los *lunfas* o *lunfardos* [1]. Como homenaje es excesivo. Los lunfardos acuñaron, en el ocio de las cárceles, con travieso concepto de la sinécdoque, tal vez algunas docenas de palabras: al reloj lo llamaron *bobo* porque trabaja día y noche y no cobra, o quizá por la facilidad con que se lo podía robar [2]; al anillo, *brillo,* por el resplandor de la gema; al preso que en los penales limpiaba las cloacas, *tigrero,* y al excremento, *tigre,* por el color. Palabras de esa laya han ingresado oficialmente en la literatura *rea:*

Eran polenta el bobo y la marroca
y la empiedrada, fule, berretín...

[1] "Lunfardo es el nombre con que, en la jerga delincuente, se designa al profesional del robo". Eusebio Gómez, "La mala vida de Buenos Aires", Buenos Aires, 1908.

[2] Para Dellepiane *bobo* es una reduplicación o voz de resonancia redoblada, de "las que acercan el argot criminal a los idiomas de los salvajes, o mejor aún, al lenguaje infantil". Antonio Dellepiane, "Contribución al Estudio de la Psicología Criminal. El Idioma del Delito", Arnoldo Moen, editor, Buenos Aires, 1894.

dice Carlos de la Púa en "La Crencha Engrasada" [1] y, en "Los Escrushantes" [2], Alberto Vacarezza hace hablar a Mingo: *Unos cuantos brillos no más que apartó el inglés se los metió a otro bobero en mil de la Nación.* A *tigrero* Evaristo Carriego le dió jerarquía de insulto en las décimas lunfardas que firmó "El Barretero" para la revista policial "L. C.":

Tigrero de la Madona,
veremos cómo se hamaca,
si es que el cuerpo no me saca
cuando me toque la mía.

Por lo demás, no trascendieron ni al tango ni al lenguaje popular, aunque el procedimiento con que se las creó haya hecho escuela y aun hoy se incurra en la diversión de llamar *tintoreros* a los ladrones... porque limpian.

Sólo una decidida vocación arqueológica podría reconstruir ahora aquel "idioma del delito", ingenuamente esotérico, que inició a más de un policía en los secretos de la lingüística. A esa jerga, relegada ya a los archivos policiales, a envejecidas crónicas y a los siempre serviciales vocabularios de Dellepiane y Villamayor [3], corresponde —me parece— la estricta denominación de lunfardo y, sin duda, esta contundente definición de Jorge Luis Borges [4]: "tecnología de la furca y la ganzúa". Otra cosa es el lenguaje porteño; las casi mil palabras de un vocabulario cosmopolita a que sólo por un insufrible complejo de pedantería estética se podría renunciar [5].

[1] Carlos de la Púa, "La Crencha Engrasada. Poemas Bajos", Editorial Trazo, Buenos Aires, 1928.

[2] "Los Escrushantes" obtuvo el primer premio de zarzuela en el concurso de 1911.

[3] Luis C. Villamayor, "El Lenguaje del bajo fondo. Vocabulario "lunfardo", Establecimiento Gráfico "La Bonaerense", Buenos Aires, 1915.

[4] Jorge Luis Borges, "El tamaño de mi esperanza", Editorial Proa, Buenos Aires.

[5] "El día que la educación primaria sea realmente obligatoria entre nosotros, el día que tengamos escuelas suficientes para educar a los millares de niños que vagan de sol a sol en los mil oficios callejeros de nuestra capital, el "lunfardo", el "cocoliche" y otros

En él se confunden muchos idiomas, cultos o incultos, comenzando por el español más rancio. Incluye, asimismo, nunca rechazados argentinismos. A propósito de éstos, ya advertía lúcidamente Dellepiane que "no deben confundirse las voces *lunfardas*, las creadas por los criminales para su uso propio pero que a veces suelen popularizarse, con los *argentinismos*". "A la clase de éstos últimos, agregaba, pertenecen, por ejemplo, los vocablos *bolada*, suerte, novia; *bolearse*, avergonzarse; *titeo*, burla, y sus derivados *titear, titeador*; *macana*, mentira, disparate y sus derivados *macanear, macaneador, macanazo, macanudo, macanudamente*, etc.". Profesado por ciertos letristas de tango, o por sainteros devotos de la taquilla, el lenguaje porteño puede derivar con facilidad —y deriva— hacia la jerigonza. Muchas veces es, ciertamente, caricaturesco, pero sólo porque busca la caricatura [1]:

Con un café con leche y una ensaimada
vos te venís p'al centro de gran bacán...

Otras logra condensar una insólita poesía [2]:

Suelo a veces curda, cuando estoy de farra,
deschavar cantando mi vida runflera,
y entonce, en silencio, escucha la barra
una historia triste de mi compañera.

No me propongo, sin embargo, la apología del lenguaje porteño, al que finalmente habrá que llamar lunfardo o lunfardía, como llamamos América al continente descubierto por Colón, sino bosquejar el vilipendiado proceso de su formación. Esto me llevará a algunas divagaciones etimológicas que justifico, de entrada, con palabras de Unamuno [4]: "Es que la filología ha creado

"idiomas nacionales" perecerán por falta de cultivo", escribía Miguel Cané en "La Nación" del 11 de octubre de 1902. La profecía no parece haberse cumplido.

[1] "Garufa", tango de Fontaina, Soliño y Collazo.

[2] Carlos de la Púa, ob. cit.

[4] Miguel de Unamuno, "Contra esto y aquello", Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1945, pág. 23.

tantas o más leyendas que ha tratado de destruir. Sucede como en todos los problemas: de la solución de uno cualquiera de ellos surgen nuevos. La filología nos ha dado una nueva antigüedad helénica, pero no menos legendaria que la antigua. Y ¡qué suma de poesía no se ha puesto muchas veces en doctos comentos filológicos!". En lo que al lenguaje popular concierne, Cervantes no desdeñó esa poesía y la divulgó antes aún que Juan Hidalgo [1]. Lo cual es un buen antecedente.

Cosmopolita, el lenguaje porteño debe la mitad de sus vocablos, por lo menos, al generoso préstamo de varias lenguas y dialectos. Muchos de aquéllos son, es cierto, de filiación itálica, que trataré de probar más adelante: *pibe, mango, cachar, punga.* Pero también los hay franceses, como *ragú* y *chiqué*; indígenas, tales *pucho, china* y *chucho*; lusos, como *tamango* y *calote*; brasileños, como *bondi*; negros, como *cachimba*. A Gran Bretaña le debemos la posibilidad de esta metáfora, cometida por Homero Manzi [2]:

El trago de licor que obliga a recordar
si el alma está en orsái, che bandoneón.

y el impagable *jailaife,* del que someto este breve prontuario: se aplica al individuo de apariencia distinguida. Algunos dicen *jailefe.* Dellepiane trae *jaife.* Félix Lima [3] lo deforma cocolichescamente en boca de un italiano: *L'onor d'ina muchachia de trediche año, spiantata con cuel brigante d'in musolino cailaef.* En Fray Mocho [4] se encuentra *jailai,* con la misma acepción: *p'andar a caballo son demasiado jailai y pa jailai no les da el cuero...* Deriva de la expresión inglesa *high-life,* mundo elegante, alta sociedad, élite, muy usada a fines de siglo: *Pero conviene hacer notar que los tales recibos pertenecen a*

[1] "Rinconete y Cortadillo", "El Celoso Extremeño" y el "Coloquio de Cipión y Berganza" son anteriores a los romances y al vocabulario de germanía que Juan Hidalgo no publicó hasta 1609.

[2] "Ché, bandoneón", tango de Homero Manzi y Aníbal Troilo.

[3] Félix Lima, "Con los "nueve"...", Imp. Rota y Cía., Buenos Aires, 1908.

[4] José S. Alvarez, "Cuentos de Fray Mocho", "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1920, pág. 48.

la high-life, y sirven para satisfacer la ridícula vanidad de ciertos afortunados[1]. *High-life* es de uso, por lo menos, continental:

Aquí está lo mejor de Port-au-Prince,
lo más puro de Kingston, la high-life de La Habana

canta Nicolás Guillén en "West Indies Ltd.".

Numeroso es también el préstamo de la germanía y no menor el del caló. Otras, son palabras genuinamente españolas que trocaron su significado mediante cualquiera de los procedimientos que encasillan los filólogos. Y las hay también que no lo trocaron. Por ejemplo, *podrido,* que no está bien decir delante de las señoras y que, sin embargo, Lope de Vega estampó en "La Dorotea": *Detenelde vos; que estoy tan pudrido de ver que en todos los epitafios ha de entrar el caminante, que he jurado no leer ni oír alguno que le tenga.* (Acto IV. esc. 3ª).

1 Evaristo Carriego, abuelo, en "Páginas Olvidadas", pág. 77.

PALABRAS SEPTUAGENARIAS

CUANDO se habla del lunfardo se recurre, inevitablemente, al tomito de Dellepiane y a las "Memorias de un Vigilante" publicadas por Fray Mocho en 1897. Se quiere hacer de Dellepiane y, en todo caso, de Alvarez, el Juan Hidalgo del hampa porteña. Antes que estas obras fueran escritas, sin embargo —dieciocho años antes, en 1879—, Benigno B. Lugones publicaba lo que, sin duda, constituye el más antiguo documento de la jerga. Lugones, como Fray Mocho, había sido empleado policial y las voces que registra en "Los Beduinos Urbanos" ("La Nación", 18 de marzo de 1879) y en "Caballeros de Industria" ("La Nación", 6 de abril de 1879), las tomó, sin duda, de labios de sus clientes [1]. Publicados sus dos artículos y separado de la policía por resolución del oficial 1º Máximo Paz —que sustituía, por entonces, al titular, coronel Garmendia—, se dedicó a cultivar otros aspectos menos populares de la literatura, hasta que falleció, muy joven todavía, en 1884. Martín García Merou, en el capítulo XVII de sus "Recuerdos Literarios", dice de Benigno B. Lugones que "era la síntesis del periodista, el que no tiene necesidad de acercarse, con el

[1] Entiendo que los dos artículos de Benigno Lugones nunca han sido reproducidos hasta ahora. "La Nación" los anunció, al publicarlos, con las siguientes palabras: "Bocetos Policiales". Llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores hacia el artículo del joven Benigno B. Lugones que va en el folletín. Es el primero de una serie que, con el título general de "Bocetos Policiales", se propone escribir el inteligente joven Lugones y que no dudamos serán leídos con sumo interés, pues a lo bien escritos, de lo cual responde el primero, reunen lo útil y ameno. A nadie puede estarle de más el saber a qué atenerse respecto a los manejos de los discípulos de Caco, a fin de estar en guardia contra ellos".

sombrero en la mano, a las redacciones de los diarios para pedir un lugarcito vacante donde arrinconar algún producto más o menos legítimo de la farmacopea literaria, el que gana su vida con la pluma en la mano, vendiendo ideas, párrafos e imágenes como se vende en el mercado zapallos, papas y cebollas".

Los artículos de Lugones no son, precisamente, el acta de nacimiento de los lunfardismos que consignan, pero, aparte la indudable utilidad que debieron prestar a Dellepiane, quien, incomprensiblemente, no los cita, constituyen el más antiguo documento impreso relativo a la jerga del hampa porteña. De los vocablos que registran apartemos aquellos que han sucumbido en el curso de siete décadas (*ferro*, por peso; *brema*, por naipe; *cala*, por carruaje) y aun quedarán bastantes para demostrar que la precariedad del lunfardo no es mayor que la de cualquier lenguaje menos restringido. Alfonso Reyes, en "La experiencia literaria" [1], abunda en ejemplos sobre la renovación dialectal y recuerda que "aunque la evolución sea más lenta en las lenguas que han alcanzado la etapa de la cultura, no por esto dejan éstas de mudar en imperceptible oxidación". No arriesgo opinión sobre si la lengua de Alcachofa, el lunfardo que con tanta simpatía recuerdan las "Memorias de un Vigilante", evoluciona más rápidamente que la de Cervantes. Baste ahora con recordar que en los dos artículos de Lugones figuran, entre otras, estas voces que, a pesar del desprecio de los escritores de oficio, florecen en todas las bocas porteñas, y aun en algunas otras: *gil, otario, atorrar, vento, embrocar, bacán, zarzo, escabiar, espiantar, punga, biaba, escrucho* [2]; *mina, estrilar, encanar*. Otras pa-

[1] Editorial Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1952.

[2] Aclaro ya: Lugones trae *escrucho*, robo dentro de las casas, y *escracho*, estafa cometida mediante un falso billete de lotería. Alvarez, en sus "Memorias de un Vigilante", *escruchante*, aquel cuya especialidad es abrir puertas, y *scrucho*, cuento, estafa. El fonema *sh* suena, en lunfardo, como la *ch* francesa. Se lo encuentra en otras palabras de origen genovés: *misho, shacar*, que algunos escriben *micho* y *chacar*. Pronunciadas a la española, *micho* pudo hacerse *mocho* y *chacar*, *chacabuco*. En Benigno B. Lugones el fonema *sh* está representado por la letra *ch*.

recen haberse ido transformando con el tiempo: *bolín* se hizo *bulín*; *morfilar* se abrevió *morfar*, y *polizar* se convirtió en *apolillar*.

Cuando Lugones escribió sus notas, el lunfardo comenzaba a querer franquear las puertas de la literatura. No logró, sin embargo, una picaresca que lo cultivara, pero al menos inspiró a las musas rantas del suburbio y de los calabozos. "Cuando alguna de esas inteligencias brillantes, como hay tantas entre los ladrones, decía Lugones, compuso la única poesía lunfarda que existe, el primer elemento que usó para su composición fué la escena tan frecuente y conmovedora de la prisión de un ladrón, hecha por delación de su querida, de la que era quizá el único poder capaz de redimirlo:

Estando en el bolín polizando
Se presentó el mayorengo:
A portarlo encaná vengo.
Su mina lo ha delatado.

La afirmación de que esta rudimentaria cuarteta, *conmovedora* por lo que expresa de miseria física y de miseria moral, pertenece a *la única poesía lunfarda que existe* corre por cuenta de Lugones. En investigaciones de esta naturaleza nunca se está seguro de haber dicho la última palabra. Pero, aunque fuera *la única*, bastaría para demostrar que ya entonces servía el lunfardo para algo más que burlar la vigilancia de los carceleros.

EL VOCABULARIO DE LUGONES

A continuación ofrezco, alfabéticamente ordenadas, las voces lunfardas que incluyen los dos artículos de Benigno B. Lugones. Las definiciones también le pertenecen:

angelito: gil, otario.
atorrar: dormir.
bacán: hombre que mantiene a una mujer.
beaba: salteamiento en que el ladrón ataca armado en calles, plazas, caminos o casas abandonadas.
beabista: el lunfardo que practica la beaba.
bolín: cuarto.
brema: naipe.
bufosa: pistola.
bufoso: revólver.
cabalete: bolsillo; *cabalete a la gurda:* bolsillo lleno.
cala: carruaje.
campana: espía.
campanasa: gente apostada cerca del lugar donde opera el lunfardo, con el propósito de prevenir la presencia de la policía.
corta: corta-fierro.
chacar: robar.
chafo: vigilante.
chancleta: puerta.
chúa: llave.
dar golpe: robar.
embrocar: mirar filiando.
encanado: preso.
escabio: borracho.
escolasador: jugador con naipes.

escracho: "Se llama *escracho* la estafa que se comete presentando a un otario un billete de lotería y un extracto en que aquel aparece premiado con la suerte mayor".

escruchante: lunfardo que practica el escrucho.

escrucho: robo en que el ladrón entra en una casa o edificio para hacer el trabajo.

espiantar: irse.

espiante: estafa que se consuma mediante algunas libras esterlinas que el estafador muestra al otario, colocadas en ambos extremos de unos paquetitos de papel blanco, rellenos con barras de hierro, cilíndricas.

estrilar: rabiar.

ferro: peso.

gil: zonzo.

guita: dinero.

guitarra: aparato que el ladrón vende al otario haciéndole creer que sirve para imprimir billetes de banco.

gurda, a la: rico, de importancia.

juiciosa: la Penitenciaría.

lengo: pañuelo.

lunfardo: ladrón. *Lunfardo a la gurda:* ladrones que abrazan todas las ramas y sólo hacen trabajos de mucho valor.

marroca: cadena.

mayorengo: oficial de policía. *Mayorengo a la gurda:* comisario. *Mayorengo misho:* oficial.

micho: insignificante, pobre.

mina: mujer.

morfilar: comer.

mosqueta: juego de naipes. Se juega con tres barajas pequeñas, de una pulgada de ancho por dos de largo, y requiere cuatro personas: una que talle, dos que jueguen en connivencia con el tallador y un otario.

música: billetera.

otario: zonzo; *otario cuadro:* muy zonzo, casi idiota.

punga: robo en que el ladrón saca los objetos del bolsillo del robado. Objeto robado por medio de la punga.

punguista: ladrón que practica la punga.

quinta: la Penitenciaría.

refilar: robar por medio de la punga; *refilar toco:* dar dinero como coima; *refilar la beaba:* herir.

toco: porción del producto de un robo que corresponde a cada uno de los cómplices.

trabajo: robo.

vaivén: cuchillo.

vento: dinero.

zarzo: anillo.

VOCABULARIO DE FABIO CARRIZO

En 1897 José S. Alvarez publica las "Memorias de un Vigilante". Alvarez todavía no es Fray Mocho. Este seudónimo lo adoptará más tarde. Ahora se firma Fabio Carrizo. Aunque el libro no aparece hasta 1897, ha sido escrito antes, quizá en 1894. Alvarez había pertenecido a la policía, bajo la administración del presidente Juárez Celman. Desde ese mirador, tan inmediato, contempló, con más curiosidad de escritor que vocación profesional, el mundo lunfardo. En 1887 publicó la "Vida de los ladrones célebres en Buenos Aires y sus maneras de robar", álbum de fotografías con esquemáticos relatos biográficos de los delincuentes más populares. Las "Memorias" traen algo más, mucho más. Es la psicología del lunfardo la que quiere esclarecer Alvarez. Sus relatos, nada truculentos, alegres y socarrones, muestran una extraordinaria bonhomía. Pero, sobre todo, Alvarez se constituye en uno de los primeros lexicógrafos del lunfardo. Al explicar las distintas variantes delictivas o al hacer hablar a sus personajes va incluyendo vocablos de la jerga que explica rápidamente. Su previsión —como la de Benigno B. Lugones— ayuda ahora a apreciar la evolución del lenguaje porteño.

Las palabras lunfardas explicadas por Alvarez son, alfabéticamente ordenadas, las siguientes:

balurdo: un diario doblado, herramienta de trabajo del que hace el *escrucho* o cuenta el cuento.

batidor: delator.

biaba (darla): asaltar en la vía pública.

burra (cargar la): alzar el robo.
cachar: embromar.
cambiazo: suerte de estafa.
campana: "El que busca la casa o el hombre fácil de robar, el que estudia el medio de efectuarlo, el que está en relaciones con los que cambian lo robado por dinero: la providencia en forma de hombre".
cantar: descubrir.
caramayolé: lo mismo que biaba.
chafe: vigilante.
changador: el auxiliar del pícaro, que les vende las víctimas por un tanto de lo que produzcan.
embrocar: conocer, observar.
escabio: borracho.
escruchante: aquel cuya especialidad es abrir puertas, con o sin violencia.
esparo: "Cuando es necesario interceptar la vista de alguien, ahí se encuentra el practicante, que hará de nube, o si no el brazo que no va a operar y que se baja o se levanta a la altura necesaria. Esta maniobra se llama *esparo*".
esquinazo (dar el): despistar.
formar (la cadena): "Para el trabajo el punguista jamás va solo: lleva dos o tres ayudantes, según la necesidad. Estos ayudantes, que son, por lo general, practicantes-asociados, tienen la misión de *formar la cadena,* es decir, estacionarse detrás del artista, de tal modo que, efectuado el hurto, lo hurtado se encuentra a salvo con la rapidez del rayo, pasando de mano en mano".

gato: el cómplice cuya misión es esconderse en una casa para franquear luego la entrada al lunfardo.

lunfardo: ladrón, maleante.

marengo: (no trae definición).

mina: "¡Son las madres, son las mujeres, son esas pobres mártires que arrastran su cruz a través del mundo —*las minas*, como ellos les llaman— las que les sirven de escudo contra los golpes de la suerte!".

mosca: dinero.

otario: víctima de un pícaro.

pata de cabra: instrumento de acero formado en zigzag.

punguista: limpiabolsillos.

rostro (dar el): "Veces hay que (el campana) ha hecho efectuar un robo valioso, y cuando va a retirar su parte se encuentra con una puñalada o con que, sencillamente, le dicen que no sea zonzo, y se le alzan con el santo y la limosna, acción que se llama *dar el rostro*".

shacar: robar.

scrusho: cuento, estafa.

tano: napolitano.

toco: monto de lo atrapado.

toco mocho: como *balurdo*.

trabajo: faena del lunfardo.

tumba: alimento de los presos.

vento: producto de una estafa.

VOCES GERMANESCAS

El aporte germanesco a la lunfardía ni es tan amplio como algunos podrían suponer ni tan mezquino como otros creen. Jorge Luis Borges [1] arguye que Juan Hidalgo registra las siguientes palabras "que hoy pertenecen a nuestro público repertorio y que ya no necesitan aclaración: *acorralado, agarrar, agravio, alerta, apuestas, apuntar, avizorar, bisoño, columbrar, desvalijar, fornido, rancho, reclamo, tapia, retirarse*" y se asombra de que sólo quince vocablos germanescos se hayan *adecentado*. Inexplicablemente omite estos otros: *agostar, aliviado, amaestrar, amilanar, boliche, cambiar, cantar* (por confesar), *chirlo, embuchar* (*embuciar*, dice Hidalgo), *nones, novato, palmar, penado, penca, picante* (por pimiento), *parlar, cuatrero (quatrero), ratero, runfla, zafarse (safarse), soba*. Algunas de estas palabras han sido asimiladas por nuestro lenguaje de salón: *agostar* (consumir o acabar), *amaestrar* (enseñar o amansar), *amilanar* (atemorizar), *cambiar* (trocar), *chirlo* (golpe), *embuchar* (comer mucho), *nones* (es decir, no), *novato* (nuevo, sin experiencia), *penado* (galeote), *picante* (pimienta), *cuatrero* (ladrón que hurta bestias), *ratero* (ladrón de faldriqueras), *zafarse* (escaparse, librarse), *soba* (aporreamiento). Las otras están incrustadas, como antiguas perlas, en el lenguaje popular. Pero en Juan Hidalgo no reside toda la germanía. Falta allí más de un vocablo de los que se escuchaban, estoy seguro, en el patio de Monipodio. Sin ánimo de agotar el tema, acoplo un breve vocabulario de voces germanescas que, sean usadas en otras partes o no lo sean, la lunfardía tiene por suyas:

[1] Ob. cit.

aliviado. "Al que le han robado algo", define Juan Hidalgo, quien también trae *aliviador* y lo explica: "Es el ladrón que recibe el hurto que hace otro y se va con él porque no lo cojan". *Aliviar,* por robar, no lo ignora la lunfardía. En cuanto al *aliviador,* prefiere designarlo con el italianismo *esparo,* de *sparo,* que en italiano es alivio, disminución de una carga. Villamayor señala la faena del *esparo*: "Profesional del delito que en ciertos hurtos o robos tiene por misión interponerse entre la futura víctima y sus compañeros de mala vida, con objeto que éstos puedan "operar" con más comodidad y sin que el interesado se dé cuenta. (Hacer). Igual a hacer pantalla o colocarse de modo que no se note lo que ocurre". Con esta acepción lo usa, entre otros, Carlos de la Púa:

Era un boncha boleao, un chacarero
que se piyó aquel 9 en el Retiro...
¡Nunca vieron esparo ni lancero
un gil a la acuarela más a tiro!

boliche. "Casa de juego", anota Juan Hidalgo. En Buenos Aires comenzó siendo el almacén con despacho de bebidas y mesas para el truco floreado y decidor. Luego, por analogía, pasó a ser comercio de poca monta. En su acepción primeriza lo consignan estos versos de "Maula" [1]:

La barra del boliche, borracha y sin control,
mi nombre, que es el tuyo, por el suelo arrastró...

En nuestra poesía gauchesca *boliche* aparece con frecuencia [2]:

Era un amigo del jefe
que con un boliche estaba;
yerba y tabaco nos daba
por la pluma de avestruz...

1 "Maula", tango de V. Soliño y A. Mondino.
2 "Martín Fierro", I, v. 685/88.

Pabanó [1] trae: "Boliche (germ.): Casa de juego, garito". Monner Sans [2] ofrece, al respecto, esta genialidad: "A lo dicho por la Academia podría agregarse: Amér.: tienda, taberna y, en general, todo comercio pequeño y de poco valer, sin duda por lo menudo y pequeño que es el pescado llamado boliche".

bozal. Canta "Martín Fierro" [3]:

Era un gringo tan bozal
que nada se le entendía.
¡Quién sabe de ánde sería!...

En "El Pasagero", de Cristóbal Suárez de Figueroa, que en 1617 publicó Luis Sánchez, en Madrid, leo: "Procedía yo en mi cargo como bozal" (Alivio VI); "Mas al lado de tan buen maestro pareciera discípulo bozal y con estremo duro" (Alivio VII); "Las matracas que se dan los que van y vienen son donosísimas, sin que por ningún caso falte correa para sufrirlas; siendo tenidos por muy bozales los que se corren por tales cosas" (Alivio VIII).

cantar. Es declarar o confesar un delito. Juan Hidalgo define así: "Descubrir alguna cosa". Y "Cantor: El que declara en el tormento". La "maffia" siciliana usa *cantare* con idéntica acepción y sería difícil determinar si aquí *cantar* tiene origen germanesco o es un italianismo. Mateo Alemán en su "Guzmán de Alfarache" (Parte II, Libro III, Cap. VII) sustituye *cantar* por un gracioso eufemismo: "Dícesme que Soto, tu camarada, está malo de que se burló mucho el verdugo con él hasta hacerlo músico".

chirlo. "Golpe", define Juan Hidalgo. Esa acepción no corre aquí. Sí, en cambio, amén de la consagrada en España (señal en la cara, herida), la de bofetada o golpe dado solamente con los dedos índice y medio generalmente del revés. Para expresar herida o cicatriz en el rostro la

[1] F. M. Pabanó, "Historia y Costumbres de los Gitanos. Diccionario español-gitano-germanesco", Ed. Montaner y Simon, Barcelona, 1915.

[2] Ricardo Monner Sans, "Notas al Castellano en la Argentina", Buenos Aires, 1924.

[3] "Martín Fierro", I, v. 847/49.

lunfardía prefiere *feite* (sin duda de afeitar), de acuerdo con este categórico verso de Yacaré [1].

...se firma de un feite en el escracho...

nación. Extranjero, principalmente italiano. Quienquiera puede leer en "Martín Fierro" [2]:

Los oficiales salieron
y se empezó la junción,
quedó en su puesto el nación
y yo fuí al estaquiadero.

Pero antes había escrito ya Estebanillo González [3]: "Llegábame siempre a los buenos por ser uno de ellos; acercábame a los ricos y huía de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas". Y, naturalmente mucho después, Félix Lima [4]: *Ya les dije que estos nasiones han arreado con todo lo lindo de mis tiempos.*

palmar. Entre otras cosas, para la Academia es morir. Con ese significado lo usa, por ejemplo, Eugenio D'Ors, al convocar a Tobías a su famoso "Valle de Josafat": "Vengan a casarlos al tuntún y vengan los desposados a palmar en la misma noche de bodas". Menos extremistas, dicen los porteños de alguien que *está palmado* cuando lo suponen enfermo de muerte. Pero la acepción más común en la lunfardía es pagar. Juan Hidalgo anota: "Palmar: Es dar por fuerza alguna cosa". El porteño desestima ese requisito coercitivo. Por eso puede definir Villamayor: "Palmar: Pagar, dar, entregar, contribuir. Como formar".

parlar. La Academia no le hace ascos a este italianismo asumido por la germanía, consignado por Juan Hidalgo y usado por las mejores plumas de ambos mundos:

Llamóle y díjole: —Gil,

[1] Yacaré [Felipe H. Fernández], "Versos Rantifusos", Ed. Floresta, Buenos Aires, sin fecha.
[2] "Martín Fierro", I, v. 873/76.
[3] "Vida y Hechos de Estebanillo González", libro I, cap. VI.
[4] Ob. cit.

ven acá, parlemos hoy
en este campo..."

Calderón de la Barca [1]

Che, madame, que parlás en francés
y tirás meneguina a los giles...

Enrique Cadícamo [2]

parola. Es otro italianismo asumido por la germanía. Quien lo busque lo encontrará con el significado de palabrería y cháchara en el trozo V de la "Vida de Torres Villarroel": "Rociáronme con aforismos, me empaparon en ejemplares y esperanzas; y yo, hecho un bárbaro con su parola y el deseo de mi salud, admiré como evidencias sus pataratas y ponderaciones". Y también en estos versos inmortales de Carlos de la Púa:

¡"Entrerriano"!, ¡"Entrerriano"!, con tu reo canyengue
va cumpliendo un plenario la emoción del suburbio;
me batís suavecito la parola del yengue,
me ortivás de la faca, de la cana, del lengue,
del jotraba chorede y del laburo turbio.

penca. Para Juan Hidalgo *penca* es "azote de verdugo". Celedonio Flores resbala hacia una visible metonimia y le hace expresar carreras de caballos [3]:

...te lo bato pa que entiendas en esta jerga burrera
que vos sos una potranca para una penca cuadrera,
y yo, che vieja, ya he sido relojeao p'al Nacional...

runfla. Del italiano *ruffa.* Es palabra casi perdida. La advierto en Florencio Sánchez: *Pero estos diablos, con la plata pronto se arreglan con los jueces y fiscales y esa runfla de escribanos...* [4]; en Carlos de la Púa:

[1] Citado por Francisco Rodríguez Marín en "Ensaladilla", Madrid, 1923.

[2] "Muñeca Brava", tango de Enrique Cadícamo y Luis Visca.

[3] "Canchero", tango de Celedonio Esteban Flores y Antonio De Bassi.

[4] En "La Gringa" (Acto II, esc. 9ª), estrenada en el teatro San Martín el 21 de noviembre de 1904.

...esa runfla de farra y de cotorro

y en Enrique Cadícamo [1]:

Hubo, hace muchos años, en la isla Maciel
un turbio atracadero de la gente nochera;
ahí bajaba del bote la runfla calavera
a colocar su línea y a tirar su espinel.

Díaz Salazar [2] la consigna, asimismo, aunque con distinta grafía y otro significado: "Rumfla: confusión, desorden". En realidad, Díaz Salazar coincide con la grafía de Juan Hidalgo que es, asimismo, la que trae Pabanó. Estos, sin embargo, definen: "muchedumbre". A su vez, el Diccionario de 1780 explica: "La multitud de un mismo género o especie de cosas que están una en pos de otra". Sin tantas exigencias, en 1947 definía la Academia: "serie de varias cosas de una misma especie". Por lo demás, aparte la cita de Castillo Solórzano que trae el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Montaner y Simón, cabe ésta de Baltasar Gracián [3]: "Mas ya la runfla de los lisonjeros comenzó a voz en grito a decir". De *runfla,* Villamayor deriva el verbo *arrunflar,* reunir individuos, formar una sociedad, y *arrunflarse,* unirse.

taita. Aquí vale por guapo, pesado. Juan Caruso, en el tango que musicó Pirincho Canaro, deja este somero retrato de "El Taita del Arrabal":

Era un malevo buen mozo
de melena recortada;
las niñas lo cortejaban
pero él las trataba mal.
Era altivo y lo llamaban
el taita del arrabal.

Que *taita* equivale a padre; que lo repiten todos los clásicos y que está en el origen de nuestro *tata* no vale la pena recordarlo. Menos superfluo será señalar que, ha-

[1] Enrique Cadícamo, "Viento que lleva y trae", Buenos Aires, 1945.

[2] Diego Díaz Salazar, "Vocabulario Argentino", Buenos Aires, 1911.

[3] "El Criticón", parte III, crisis IV.

cia el siglo XVI, se llamaba padres, en España, a los concesionarios y encargados de los prostíbulos. Y, naturalmente, también *taita*. Quevedo, en sus "Riesgos del matrimonio en los ruines casados", nos dice de Mesalina que:

el precio infame y vil regateaba
hasta que el taita de las hienas brutas
a recoger el címbalo tocaba.

Y en una de sus jácaras:

Pasé a Córdoba y, en ella,
tras entrar en el cercado,
al taita de las mujeres,
hombre de poleo y garbo,
las narices le rasgué...

Taita no nombra en Buenos Aires al rufián, del mismo modo que conventillo no nombra al prostíbulo, pero la traslación de uno y otro significados son fácilmente explicables.

timba. Aunque ni Segovia [1] ni Garzón [2] la definen —sólo anotan *timbero*—, *timba* es voz usadísima, con la triple significación de garito, partida de juego de azar o el mismo juego de azar en general. ("La casa de juego", define Dellepiane). Es palabra española, incorporada al lenguaje culto por la Academia y por los escritores más ilustrados y, en consecuencia, menos cuáqueros. Así evoca Rodríguez Marín [3]: "Angulillo, el fullero a quien recuerda Vicente Espinel, y Andradilla, aquel fénix de naipe sucio, a quien menciona Cervantes, se sonreirían desdeñosamente si volvieran de la tumba a la timba". Malaret [4] consigna varias acepciones, aunque no la porteña, lo cual no quiere decir que ésta sea desconocida en otros

[1] Lisandro Segovia, "Diccionario de Argentinismos", Buenos Aires, 1911.

[2] Tobías Garzón, "Diccionario Argentino", Barcelona, 1910.

[3] Ob. cit.

[4] Augusto Malaret, "Diccionario de Americanismos", Ed. Emecé, Buenos Aires, 1946.

países de América. Porque mientras Discepolín [1] melancolizaba en Buenos Aires:

en tu mezcla milagrosa
de sabihondos y suicidas,
yo aprendí filosofía,
tangos, timba y la poesía
cruel de no pensar en mí.

Antonio Arraiz [2] escribía en Venezuela: *Algo raro pasa esta noche —se dijo entonces; y resolvió cerrar la timba.*

[1] "Cafetín de Buenos Aires", tango de Enrique Santos Discépolo y Mariano Mores.

[2] Antonio Arraiz, "Todos iban desorientados", Ed. Losada, Buenos Aires, 1951.

DEL CALÓ

UESTRA jerga no tomó de labios gitanos las voces del caló que trae asimiladas. Las importaron los españoles, confundidas con los vocablos germanescos. "En un primer período, discrimina Salillas [1], en el de gran acrecentamiento, de gran personalidad de la hampa, la germanía, que fué su lenguaje, influyó poderosamente en el caló; y en un segundo período, es decir, el de la decadencia de la colectividad hampona, el caló influyó tanto que llegó a suplantar, ya que no a desvirtuar, la germanía". Los delincuentes españoles hablan, en realidad, un híbrido germanesco-gitano. De los que llegaron hasta aquí, no de las tribus sucias y policromas que acampaban en los baldíos en días de tolerancia municipal, tomó el lunfardo algunas de sus voces más características: *chamuyar, junar, chorro*, etc.

Chamuyar, de *chamullar*, hablar, no es, simplemente, en porteño, hablar o conversar. Supone la media voz confidencial, indispensable para la declaración amorosa en la nochecita esquinera. Porque también la media voz cabe en el dialecto porteño; no sólo la media voz sobradora del guapo que habla de costado, sino la que se ahoga de emoción o de pena. Como en la "Inicial Rea" de Carlos de la Púa:

Chamuyos de una noche de verano...
Eso te dije ayer, cuando bailamos
aquella pena'e mandolión sentida...
¡Emoción rantifusa que palmamos
en el monte con puerta de la vida!

Junar, de *junar*, acechar, oír, es asimismo algo más

[1] Rafael Salillas, "Hampa", Madrid, 1898.

que mirar: es mirar filiando, penetrando intenciones, previniendo sorpresas. Sus sinónimos más notorios son *embrocar* y *manyar*. Cuando "El Ciruja"[1] regresa de la cárcel

como con bronca, y junando
de rabo de ojo, a un costado...

no se limita a comprobar la mutación edilicia de su barrio. El verbo junar expresa un matiz —"Car nous voulons la nuance encor", profesaba el padre Verlaine— para el que no hay adecuado vocablo español. Supone la inquisición temerosa de los comentarios desatados por su presencia en las puertas de calle donde chismorrean las vecinas; la reacción de los viejos conocidos.

Chorro tiene también carta de ciudadanía porteña. *Choró* es una de las ciento veintisiete voces registradas por Pabanó que, en caló o en germanía, expresan ladrón. Salillas trae *chorar,* robar; *choro,* robo, y *chorаró,* ladrón. Aquí también se dijo *choro* (V. Dellepiane), pero se impuso luego nuestra tendencia a rechinar la erre y decimos ahora *chorro* y *chorrear.* Además, al ladrón le decimos *chorizo,* pero no es una travesura nuestra: figura ya en el vocabulario de Horta[2].

Compartiendo su popularidad con *otario* y *chitrulo* —aunque un poco desplazado últimamente por un adjetivo freudiano, *tarado* —anda *gil,* consagrado por los viejos tangos[3]:

te creés que sos un rana
y sos un pobre gil.

La Academia trae *gilí* con la misma acepción: *tonto, lelo.* Pabanó: *jilí.* Salillas: *jily.* Aquí continuamos diciendo *gil,* a pesar de algunos derivados que disfrutaron de efímera popularidad: *gilimursi, giliberto, gilurdo.*

Changüí, que la Academia canoniza con el significado de chasco o engaño, vale en Buenos Aires por ventaja

[1] "El Ciruja", tango de F. A. Marino y Ernesto de la Cruz.
[2] "Diccionario Hispánico Universal", S. A. Horta de Impresores y Editores, Barcelona.
[3] "Niño Bien", tango de Soliño, Fontaina y Collazo.

engañosa que se da a un contrincante para llamarlo a engaño sobre sus propias posibilidades de triunfar. *Canguelar*, temer, y *canguelo*, miedo, no se oyen en Buenos Aires, pero, en cambio, una de las versiones de "Corrientes y Esmeralda" [1], sin duda la más poliglota, dice:

Esquina porteña, tu rante canguela
se hace un melanye de caña y gin-fiz,
pase inglés y monte, bacará y quiniela,
curdelas de grapa y locas de pris.

Najar, de *najar* y *najarar*, aparece en Yacaré, pero ha cedido ya terreno a *rajar*, verbo divulgadísimo que, más que marchar, significa huir y correr, y del que se hizo *raje*, corrida. *Rajar* —creo— es una transformación de najar, por asimilación fonética. *Espirar* y sus derivados, *esperijushiarse* y *esperijushe*,

¿Quién fué el reo contemuse
que a la mersa del convento trabajó el esperijushe? [2]

no son, como alguno podría pensar, derivación del genovés *spirá*, caer, sino del gitanísimo *pirar*, pisar. *Alzate de una vez con el bagayo'e la mugre y espirá si te parece,* dice Vacarezza en el citado sainete "Los Escrushantes". También decimos *pirátelas*, por *rajá*.

Dique y *diquero* son palabras intrigantes. Creo haber deshecho la intriga mediante *dicar*, que en caló es ver. A comienzos de siglo *dar dique* era enseñar o dejar ver un objeto, al mismo tiempo que se lo cambiaba por otro sin que lo notara el interesado: una variante prestímana de la estafa. Como muchos otros modismos de la técnica ladronil, adquirió pronto un sentido traslaticio, y *dar dique* comenzó a ser, simplemente, engañar con falsas apariencias. Así lo emplea Carlos de la Púa en uno de los poemas de "La Crencha Engrasada":

...Sor Bacana, ventuda,
que das dique a la mersa con las cosas shoficas.

[1] "Corrientes y Esmeralda", tango de Celedonio Esteban Flores y Francisco Pracánico.
[2] Yacaré, ob. cit.

Luego a quien *daba dique,* o *se daba dique,* como se dice ahora, se lo llamó *diquero.* Tal como en los siguientes versos de "El Ciruja", menos esotéricos de lo que a simple vista parecen si se tiene en cuenta que *mosaico* no es sino una deformación de moza:

Era un mosaico diquero
que la yugaba e'quemera,
hija de una curandera
mechera de profesión.

Y, por fin, dos palabras más: *pirobar* es nuestra versión de *piraberar* o *pirabar,* fornicar. *Paja,* masturbación, proviene de *pajabar* y *pajabelar,* tocar.

GRINGO LLEGÓ DE ESPAÑA

CON pareja asiduidad, escritores cultos, gauchescos y arrabaleros usan la palabra *gringo* para designar a los extranjeros, particularmente a los italianos. "Repárese que esta voz no tiene carácter despectivo, aunque sí humorístico, y se aplica normalmente al individuo que no habla español. Por esto debe estimarse como una humorada de Mansilla el llamar gringos a los españoles cuando les habla a los ranqueles de su venida al Río de la Plata y sus luchas con los indios", dice Eleuterio Tiscornia [1]. En "Martín Fierro" [2] se llama gringo al *pa-po-li-ta-no* que habla cocoliche:

Era un gringo tan bozal
que nada se le entendía.

Sarmiento había aplicado el inusitado gentilicio a Walter Scott (primer capítulo de "Facundo"). Ahora, como consecuencia de la mayor densidad de la inmigración peninsular, es más común aplicarlo a los italianos.

Sobre la etimología de gringo se ha discurrido mucho y se ha fantaseado más. Es común escuchar que la palabra surgió durante las invasiones inglesas. Se dice que los soldados irlandeses de las tropas de Beresford coreaban cierta canción que comienza:

Green grow the rushes in our emerald island...

Nativos y españoles habrían comenzado a llamar *green-grow* a los invasores y, corriendo los días, los dos vocablos extraños habríanse fundido en un solo neologismo case-

[1] Notas al "Martín Fierro" en la edición de Losada, S. A., Buenos Aires, 1949.
[2] I, v. 847/8.

ro: *gringo*. En su poema "Las Invasiones Inglesas", el señor Ignacio B. Anzoátegui recoge la leyenda, aunque con una visible errata:

Dicen que les decían gringos, porque, curándose en salud, añoraban sus tierras por anticipado cantando unas canciones que empezaban "Green Good".

No faltan mejicanos para sostener que *gringo* es invención azteca y que la nostálgica canción la cantaban los filibusteros reclutados por Houston para luchar contra Santa Anna.

Desde luego, no consta que en Buenos Aires a los ingleses les llamaran gringos por aquella fecha. Por el contrario, José Antonio Wilde asegura que "por muchos años no sólo la plebe, sino también entre la clase más elevada llamaban ingleses a todos los extranjeros" [1]. Distintas razones han de haber pesado, sin embargo, para que la Academia no incluyera gringo entre los americanismos. Con el de la real corporación, otros diccionarios consignan, a su vez, el vocablo, como sinónimo de griego en la acepción familiar *hablar en gringo*, hablar un lenguaje ininteligible. Ha de ser una verdad a medias. En buen español, *gringo* no sólo se aplica al lenguaje, sino también a las personas y a las cosas. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero creo que bastará con éstos [2]:

Trae Mesonero Romanos en sus "Escenas Matritenses" (Madrid, 1851):

Lunes traduje a Molier,
martes, un drama italiano,
y el miércoles, al hispano
Tirso intenté componer.
Jueves, di un sainete gringo,
viernes, pieza original,

[1] José Antonio Wilde, "Buenos Aires desde setenta años atrás", Editorial W. M. Jackson, Buenos Aires, 1944.

[2] Estos ejemplos son proporcionados por Miguel Luis Amunátegui Reyes en sus "Observaciones i enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros", Santiago de Chile, 1925.

sábado, venga el jornal
para comer el domingo.

Benito Pérez Galdós dice, en "Los duendes de la camarilla", Madrid, 1903: *Van también dos extranjeros que parecen gringos y un franchute.*

Y Serafín Estébanez Calderón ("Novelas, cuentos y artículos, Madrid, 1893): *Si Esquilache logró desterrar el sombrero monumental de nuestras glorias de las cabezas de los madrileños, no se crea por ello que este capricho ministerial, entre afrancesado y gringo, hubo de cumplirse simultánea y uniformemente por todas las comarcas de la península*".

Estas citas no corresponden, ciertamente, a obras escritas con anterioridad a la determinación de sir Home Pophan de invadir las colonias de Su Majestad Católica. Cabría suponer, pues, todavía, que *gringo* es una contribución americana al enriquecimiento de la lengua. Pero no es así. Antes de 1767 (año en que la Compañía de Jesús fué expulsada de todo el territorio español), el jesuíta Esteban de Terreros y Pando compuso un "Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas, francesa, latina e italiana". Este Diccionario se imprimió en Madrid en 1786 y 1793, con bastante anterioridad a las invasiones inglesas. Allí se lee: *Gringos llaman en Málaga a los extranjeros que tienen cierta especie de acento que los priva de una locución fácil y natural castellana, y en Madrid dan el mismo, y por la misma causa, con particularidad a los irlandeses.* Se comprende que, si bien esto no es terminante, sobra para advertir que ni los soldados de Beresford ni los de Whitelocke tuvieron nada que ver con la creación de *gringo.* De la definición del estudioso jesuíta parece desprenderse que, de cualquier manera, fueron irlandeses los culpables del neologismo; y aun es posible que la canción famosa

Green grow the rushes...

no sea ajena a la cuestión. Pero ésa es harina de otro costal.

CHANGA, ¿ES UN QUICHUISMO?

DECIMOS *changa* al servicio que presta el changador (mozo de cordel, según la Academia), y, en general, a cualquier trabajo fuera de todo plan, realizado para procurarse algún dinero. Lafone Quevedo [1] advierte que la voz suena a quichua, lengua en que *chancaa* significa comenzar una obra. Malaret, Selva [2] y otros, adhiérense categóricamente a esta opinión. Tenorio D'Albuquerque [3] sostiene que no es un brasileñismo, sino un vocablo originario de la cuenca del Plata, extendido al sur de Brasil, Bolivia y Paraguay. Como antillanismo, por broma, chanza, lo trae el mismo Malaret. Con esa significación Barcia [4], lo asciende a americanismo. En Buenos Aires *changa* y *changador* son de viejo uso. En el citado libro de José Antonio Wilde se lee: *Antes de la emisión de papel los dependientes se veían apurados en su cobranza; para llevar cien pesos se necesitaba un changador.* En Fray Mocho: *Me sociu liquidó so parte e pagó, e dopo me dico que s'iba a changar de pión pa deschalar maíz...* Y en Fernando Gilardi [5]: *Se sometía al trabajo rudo haciendo changuitas... Un poco de repelencia sentía por changuear.* Hay quien piensa que changa proviene de *chancay*, verbo quichua que significa machacar, moler. Quizá un poco temerariamente afirmo que es voz española. Me alientan,

[1] Samuel A. Lafone Quevedo, "Tesoro de Catamarqueñismos", Buenos Aires, 1898.

[2] Juan B. Selva, "Crecimiento del Habla", Buenos Aires, 1925.

[3] Tenorio D'Albuquerque, "Questâos lingüísticas americanas", Editorial Aurora, Río de Janeiro, 1949.

[4] Roque Barcia, "Diccionario General Etimológico de la Lengua Española", edición arreglada por Eduardo de Echegaray, Ed. Anaconda, Buenos Aires.

[5] Fernando Gilardi, "La Mañana", Buenos Aires, 1938.

por ahora, estos testimonios. En el Diccionario de la S. A. Horta, ya mencionado, se consigna *changa* como voz germanesca con la significación de ganga o negocio. Y Antonio Alcalá Venceslada nos informa que *changa* se llama en Jaén a la acémila que lleva el hato y otros útiles al cortijo [1].

[1] Antonio Alcalá Venceslada, "Vocabulario Andaluz", publicado por la Real Academia Española, Madrid, MCMLI.

PRONTUARIO DE PAQUETE

SEGÚN la Academia, *paquete* es el "hombre que sigue rigurosamente la moda y va muy compuesto". Aquí es, simplemente, un elegante o pisaverde. *Estos son los pisaverdes o paquetes, como aquí les llaman,* anota Esteban Echeverría [1]. Y Félix Lima [2]: *Yo le debía como ciento cincuenta paquetes (de cigarrillos). Más paquetes que todos los paquetes de la flota de la Pacific Steam Navigation Company. Porotos, en cantidad, los paquetes de la calle Florida.* Y más recientemente Fernando Ortiz Echagüe [3]: *En otros países el que no sale elegante por la gracia de Dios no puede serlo por dinero; por dinero sólo se puede ser paquete. Y entre un elegante y un paquete hay una diferencia de embalaje.* La palabra es usual en España. *Estas remesas de vestidos enviadas de Londres a los currutacos de Cádiz por los paquetes fué lo que les valió el nombre de paquetes,* asegura Fernán Caballero [4]. Carlos Serrey, en unas "Divagaciones Lingüísticas" confiadas a "La Nación" (23 de abril de 1950), dice que la gente llamaba paquetes *a quienes vestían a la última moda, en tiempos que ella llegaba traída por los vapores que procedían de Europa o de Nueva York, generalmente los paquetes postales. Paquete* se usa también como adjetivo, con su correspondiente femenino *paqueta*: *En las iglesias del centro se oficiaban misas a cada hora, hasta la una de la tarde, que era la última, especialmente concurrida los do-*

[1] Esteban Echeverría, "Prosa Literaria", edición comentada por Roberto F. Giusti, Estrada, Buenos Aires, 1944.
[2] Félix Lima, "Pedrín", Buenos Aires, 1923.
[3] Fernando Ortiz Echagüe, "Pasajeros, correspondencia y carga", Ed. M. Gleizer, Buenos Aires, 1928.
[4] Citada por Juan de Arona [Pedro Paz Soldán Unanue] en el "Diccionario de Peruanismos", Desclée, De Brouwer, París, 1938.

mingos y fiestas de guardar por las familias paquetas y currutacas. rememora O. C. Battolla[1]. Agréguese que a ciertos malos jugadores de fútbol o a boxeadores, la hinchada suele gritarles, con indignación, *¡paquete!*, y esto no por los barcos que llegan de Londres sino por la dureza de sus movimientos.

1 Octavio C. Battolla, "La Sociedad de Antaño", Buenos Aires, 1908.

¡PADRINO PELAO!

UN tango de Enrique Delfino[1] asegura la eterna memoria de este grito pedigüeño con que los chiquilines suelen saludar a los padrinos de las bodas, cuando los recién casados salen del templo, reclamándoles el barato de la fiesta. En España *pelado*, como pelón, significa, desde días más gloriosos para las letras, pobre o carente de recursos. Al respecto Amunátegui Reyes compila un cuantioso rimero de citas, entre ellas esta de Tirso de Molina, proveniente de "Tanto es lo de más como lo de menos": *No recibe esta casa pobres ni calvos, porque unos y otros vienen pelados.* El pueblo, parece, prefería pelón, y usaba esta palabra para acicatear la generosidad de los padrinos. *Acuden a los bautizos y acorralan, persiguen e insultan, llamándole pelón por las calles al padrino que no les tira al robo algunos puñados de monedas,* asegura don José María Pereda en "Tipos y Paisajes". Que la palabra pelón haya pasado luego a designar las monedas de la rebatiña corre por cuenta de esta cita de J. F. Muñoz y Pavón ("Temple de Acero"), que trae Alcalá Venceslada: *Ni que fué a habé pelón de pesetas y duros.* En Buenos Aires las cosas suelen acontecer como asegura el tango:

Aquellos pebetes, gorriones del barrio,
acuden gritando: ¡Padrino Pelao!

[1] "¡Padrino Pelao!", tango de Julio A. Cantuarias y Enrique Delfino.

DEBUTE

TODO puede ser *debute* en lunfardo, sin más limitación que las posibilidades expresivas del orre. Todo: la mina, el engrupimiento, una fiesta o un laburo. *Debute* es el elogio sin ditirambo, pero convencido. No es la admiración estremecida, pero sí el reconocimiento definitivo de la calidad. Quizá algunos ejemplos ayuden a precisar su sentido:

No atienda cuentos, mi vida,
de cualesquier farabute,
conmigo estará debute
si me acepta la partida.

José Betinoti [1]

¡Ese patio tan de bute!
Como aquellas vizcacheras de los barrios del Mondongo,
donde el taura la piernaba con la grela requintada
y gozaba al farabute...

Yacaré

Fué desde pebeta siempre cortejada
cuando requintada, cuando retrechera,
cayó a aquel bailongo de la deschavada
su pinta de bute con pilcha fulera.

Carlos de la Púa

Félix Lima escribe *de buten*: *Te mando esta pascualina de buten para que la morfés de hojaldra.* Así escriben también los españoles y, aparte las referencias que cualquiera puede encontrar en el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, Alcalá Venceslada trae estas otras: "BUTEN (De). loc. fam. De primera, de lo mejor. (Proviene, según Belmonte, de *gut, guten,* alemán, que significa bueno; y según don José María Medina, de *butyrum* —leche y miel— palabra que se usaba para ponderar abundancia, y así *de buten* significa abundante)".

[1] "Ultimas composiciones del payador argentino José Betinoti, donde figuran los versos "Como quiere la madre a sus hijos", Buenos Aires, sin fecha.

ITALIANISMOS PORTEÑOS

"La habla que llamamos castellana y romance tiene por dueños todas las naciones", escribe Quevedo en su "Cuento de Cuentos". "Los romanos, agrega, naturalizaron con la victoria tantas voces en nuestro idioma que la sucede lo que a la capa del pobre, que son tantos los remiendos que su principio se equivoca con ellos". A las voces latinas, no a las italianas, se refiere Quevedo. Su cuantiosa proporción, exacta o aproximada, se enseña en las escuelas; pero, ellas aparte, muchos otros vocablos llegaron al español directamente del italiano, en un intercambio remoto de cuyo saldo nos aprovechamos todavía [1]. *Viso* y *fachada*, *medalla* y *novela* son italianismos prohijados por la Academia con materna generosidad. Bien podríamos imitarla en América con lo que constituye el aporte de los inmigrantes a nuestro enriquecimiento lingüístico. El lenguaje porteño también tiene ya por dueñas a todas las naciones, pues todas cotribuyeron a formarlo. Quizá, contra lo que se supone, no sea la de Italia y sus encantadores dialectos una contribución desproporcionada, pero muchas voces nos dió la península, de cualquier manera. Para encontrarlas no hace falta descender al bajo fondo, ni arriesgarse a la *vendetta* de ninguna *maffia*, ni ponerse a hurgar en jergas carcelarias. Muchas llegaron al lenguaje corriente por el camino resbaladizo del tango canción y del sainete y, hasta ahora, los esfuerzos por desarraigarlas han fracasado provechosamente.

Algunos de esos vocablos son por demás expresivos,

[1] "Pienso yo que *jornal, jornalero* y *jornada* han tomado principio del *giorno*, que decís acá en Italia; es verdad que también se lo puede así atribuir Cataluña". Juan de Valdés, "Diálogo de las Lenguas".

como *pibe*, que procede de *pivello*, voz común a varios dialectos peninsulares, o del *pivetto* genovés, diminutivo de *pivo*, palabra que ya por el año 1600 expresaba niño o muchacho. Panzini [1] nos informa que *pivo* derivó de *piva*, miembro viril, también en la jerga del 1600; agregando que *pivellino* y *pivetto* se les dice a los alumnos del primer año de la Academia Nacional de Liorna, y, en general, a todos los principiantes. Vale la pena consignar al respecto estas abundantes referencias suministradas por Dellepiane: "*Pive, piver, pebe, pibete* o *pebete.* Muchacho, menor de edad, pilluelo. Lo mismo que quillete". En cambio Fray Mocho no lo consigna, y Villamayor define: "*Pibe* (a) *pevete.* Niño". Pebete ya lo usaba Florencio Sánchez en 1897: *A causa de esos pebetes nada de poder moverse de aquí* [2]. Ni niño ni purrete tienen —me parece— la amable cordialidad de *pibe.* Niño resulta demasiado protocolar y purrete excesivamente confianzudo. Tampoco son fácilmente reemplazables *falluto* (como *fallito,* participio pasado de *fallire,* fallar, errar) [3], ni *fiaca* (de *fiacca*), que no expresa la pereza española sino una anticipada fatiga producida por la obligación de trabajar. Por otra parte, *fiaca,* como en italiano *fiacca,* significa asimismo hambre y laxitud de estómago, según los versos que Yacaré tituló "La fiaca de la mersa", y que dicen, entre otras cosas:

El ragú faja a la mersa...
El mondongo está de araca...

Fiaca ha de ser palabra reciente, pues no la trae Villamayor. Pienso que no hay vocablos españoles capaces de captar todo lo que estas voces expresan, pero, aun cuando fueran ellas de fácil y reiterada equivalencia, ¿por qué no incorporárnoslas de todos modos? Acaso, cuando el

[1] Alfredo Panzini, "Dizionario Moderno", Milano, 1950.

[2] En "Puertas adentro", pieza breve estrenada en 1897 por los actores del Centro Internacional de Estudios Sociales de Montevideo.

[3] Según el Diccionario Manual de la Academia (1950) se lo

español asumió del italiano la palabra *centinela*, ¿no contaba ya con la voz *escucha?* [1].

Con ancho criterio y sin mojigaterías el pueblo fué asimilando muchas voces de los dialectos inmigrantes. Entre ellas el tan discutido e inextirpable *chau*, exceso de cortesía aplebeyado en los muelles y en los conventillos. (Traduzco a Panzini: "Por adiós, es voz de la alta Italia (en Génova, *sciao*), y es también advertida y usada en otras regiones. Deriva de *schiavo. Ciao!* o *Schiavo!*). Y, además, éstas otras: *laburo*, de *lavoro* [2]; *chitrulo*, de *citrullo; buyón*, de *buglione* [3], que significa caldo. Carlos de la Púa transforma *buyón* en *buyonera:*

Y, nunca engrupido, tuvo milongueras,
pebetas bonitas piya-berretines,
que atrapan los giles pa la buyonera.
y salvan las pilchas con los copetines.

Florencio Sánchez de *buyón* deriva un verbo, sinónimo de comer, pero lo escribe con elle: *¿Qué? ¿No hay nada para bullonear?* [4]. Esa elle pituca no me escandaliza demasiado, porque también Villamayor trae: "*Bullón:* la comida. Lo mismo que morfe".

Son, asimismo, italianismos notorios *pichicata* (de

usa también en Murcia, lo cual, de acuerdo con esta copla popular murciana citada por Menéndez y Pidal, parece verdad:

Espiga que tié grano
dobla hacia tierra,
y la que está falluta
se empina tiesa.

Malaret consigna *falluto*, como portorriqueñismo, con el significado de cobarde, y también de falso. No ha de ser italianismo por esas tierras, seguramente.

1 "Los que agora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles escucha", recuerda Hurtado de Mendoza en "Guerra de Granada".

2 En realidad *laburo* no proviene directamente de *lavoro*, sino del siciliano *laburu*, lo mismo que *cumparsa* nos llega por vía de la *cumparsa* calabresa, y *cucuza* y *esquifuso* no de los ortodoxos *cocuzza* y *schifoso* sino de los dialectales *cucuzza* y *schifusu*.

3 Para Dellepiane *bullón* es un galicismo.

4 En "Canillita", pieza estrenada en el Comedia el 4 de enero de 1904.

pizzicata, pulgarada), que expresa dopaje; *estufar* (de *stufare*), que vale por aburrir; *descangayado* (de *sgangherato*), maltrecho; *embrocar* (de *imbroccare*, dar en el blanco), que es lo mismo que *junar*, y tantas otras voces cuya supervivencia está garantizada por la nostalgia con que los cantores de tangos exhuman, periódicamente, las viejas letras empedradas con ellas. Entre ellas, precisamente, *amurar, bagayo, coso, escorchar, piantar, yeta*. *Amurar* fué, primero, encarcelar, engayolar, y podía equivaler, figurativamente, al emparedar español. Derivó de *murare*, que en italiano es rodear de muros. Por traslación nada sorprendente expresó luego empeñar algún objeto en el montepío. El significado de abandonar, dejar plantado, que le asigna la queja rimada de Contursi [1]

Percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida...

es posterior. Además de esa desdicha *amurar* expresa todavía otras, explícitas en estas frases de Félix Lima: *¿En cuanto lo tienen amurao?* (léase: ¿Cuánto le deben?); *Que al diputao don 120 le amuren el diploma* (entiéndase: que no se lo aprueben).

Bagayo, como *bagaglio* en italiano y *bagaggio* en genovés, es bulto o envoltorio. Por vil metáfora se dice de la mujer poco agraciada. *Coso* en italiano se aplica despectivamente a las personas. En lunfardo también, con el agravante de que el porteño deriva de *coso* dos superdespectivos: *cosiaco* (reminiscencia de cosaco, mote peyorativo de la policía montada) y *cusifai* (por semejanza con *cosa fai?*). Y así canta Iván Diez [2]:

La turra Nicanora,
tal vez la cusifai de más carpeta,
cachando los tegobis a un vichenzo
le afana con la zurda la cartera.

Escorchar y *espiantar* o *piantar* son, asimismo, italianismos notorios. *Yeta*, la popularísima *yeta* y todos sus

[1] "Mi noche triste", tango de Pascual Contursi y Samuel Castriota.

[2] Iván Diez, "Sangre de Suburbio", Editor M. Alfredo Angulo, Buenos Aires, sin fecha.

yetatores son pura aclimatación de la *jettatura* peninsular. Y quedarían todavía por consignar *cazote*, golpe, de *cazotto* y *apuntar* (de *dare un appuntamento*, dar una cita), que es abordar a una muchacha con propósito amoroso:

Palpitó el apuntamento
y los pasos apuró,
quiso correr, pero el mozo
entró a tallar y copó... [1]

Farabute, que, como *farabutti*, vale por bribón y majadero; *malandra*, que, como el *malandra* italiano, significa maleante; *empiparse*, de *impiparsi*, mirar algo con indiferencia, no tomar algo en cuenta; *enchastrar*, como *inchiostrare*, ensuciar; *escashato*, de *scacciato*, desroñado, limpio de ramas inútiles; *yirar*, de *girare*, son también italianismos familiares.

Los clásicos de nuestra lengua mechaban a veces en sus prosas más serias palabras italianas perfectamente innecesarias. *Gamba*, pierna, es voz que se halla en Lope de Rueda: *Señor Polo, aflóxeme vuessa merced un poco aquestas ligagambas* [2], y en Gracián: *Lo que echó en éstos (los hombres altos) la naturaleza en gambas lo quitó en cerbelo* [3]. Lo mismo que a *napias* (*nappia, nassone*, trae Frisoni [4]), lo hizo suyo el caló. Juan Hidalgo consigna, por su parte, estos italianismos: *formage, gamba, mancar, parlar, rumfla*. Otros se encuentran en la picaresca. Espinel, en el descanso XXIII del primer libro de la "Vida de Marcos de Obregón", habla de *narices trastuladas*, de *trastullo*, bufón de las farsas italianas. Otro italianismo, olvidado luego, ha resucitado en el lunfarlo. Me refiero a *¡guarda!*, que decimos como voz de alerta:

1 "Por seguidora y por fiel", tango de Celedonio E. Flores y Ricardo L. Brignolo.

2 "Comedia Eufemia", Ed. "La Lectura", Madrid, 1924.

3 "El Criticón", parte III, crisis IV.

4 Gaetano Frisoni, "Dizionario Moderno Genovese-Italiano", Génova, 1910.

¡Guarda! Cuídense porque anda suelta,
si los cacha los da vuelta,
no les da tiempo a rajar[1]

Es el mismo verbo *guardare*, mirar, que, asimilado al español, está en el canto XXIX de "La Araucana", de don Alonso de Ercilla:

Guarte, Rengo, que baja, guarda, guarda,
con gran rigor y furia acelerada,
el golpe de la mano más gallarda
que jamás gobernó bárbara espada.

También aquí podría Arias Montano[2] señalar como "los nuevos nombres de las cosas suenan con acento italiano". Es lindo sonido. Y no se arguya, no, con pedante intención peyorativa que son los italianismos porteños palabras que nos llegaron viajando de tercera clase, en bocas coronadas de hirsutos bigotes labradores. Porque muchas cosas bienvenidas arribaron también de tercera clase.

[1] "Chorra", tango de Enrique Santos Discépolo.

[2] Citado por Jaime Oliver Asín en "Iniciación al Estudio de la Historia de la Lengua Española", Zaragoza, 1939.

OTROS TRES ITALIANISMOS

PRESUMO que, en materia filológica, el aporte imaginativo supera al de la investigación. Propongo este párrafo de la "Vida de Marcos de Obregón" (Libro I, Descanso VIII) como ejemplo de método para filólogos: "También —dijo el hidalgo— llamaron *eques* al caballero, desta palabra *equus,* que quiere decir caballo. Tampoco —dije yo— concedo lo uno como lo otro; porque los romanos siempre dieron los nombres a las cosas que significasen la misma obra para que las criaban. Como a los cónsules les dieron este nombre de *consulo,* que quiere decir aconsejar y mirar por el bien de la República, y así al caballero no creo que le dieron el nombre de *equus* por caballo, sino de *aequus, aequa, aequum,* por cosa igual, cabal y justa, como tiene obligación de serlo quien ha de ser cabeza y modelo de las costumbres que han de imitar los miembros inferiores de la República, aunque realmente se van deslizando algunos de sus obligaciones, quizá entendiendo que el caballero quiere decir alcabalero de los mercaderes, sacándolo de su propia significación y de la entereza y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones, que por eso al baluarte le llaman caballero, porque han de estar siempre firme e inmutable a la fuerza de los contrarios y al ímpetu de la artillería, como el caballero lo ha de estar a resistir las injusticias y agravios que se hacen a los inferiores y oprimidos: y haciendo al contrario van contra su calidad, y contra las obligaciones que heredaron de sus pasados". Procediendo de este modo, no sería difícil enunciar el origen de cada uno de los vocablos acumulados en el diccionario y se lograría ofrecer, al mismo tiempo que un diccionario etimológico, un tratado de moral. Mi propósito, al difundir

el breve prontuario de tres italianismos poco conocidos como tales, es mucho más modesto: sólo pretendo aplicar a lo popular algo del esfuerzo que suele reservarse para lo culto.

Comenzaré por *portugués*, que así se llama a quien recibe gratuitamente servicios que otros pagan. Ya cedió plaza a *garronero*, pero tuvo su popularidad. Por lo pronto, Fray Mocho preservó su significado de toda fantasía lexicográfica: *En los tiatros les llaman así ¿sabés? a las familias que sirven p'al relleno e las salas no más... Cuando se da una función y no va gente, la empresa comienza a mandar los palcos y las lunetas, conforme nota que no se van a vender, a las casas que ya se tienen en lista... Todas esas familias qu'entran tarde a la función son generalmente del gremio...* A *portugués* se lo ha emparentado con tres episodios:

1º A. Taullard, en su "Historia de nuestros viejos teatros" (Buenos Aires, MCMXXXII), sostiene que se debe a la costumbre que el famoso empresario del Odeón, Faustino Da Rosa, portugués de origen, tenía de obsequiar entradas de favor a sus compatriotas.

2º Tenorio D'Albuquerque asegura que esa acepción nació con la visita a Buenos Aires del presidente brasileño Campos Salles, en 1900. En agasajo al huésped se cantó entonces en el Colón la ópera "Guaraní", y dicen que a los comparsas, seleccionados forzosamente entre brasileños y portugueses, se les dió el santo y seña "portugués" para que pudieran llegar sin dificultades al teatro, lógicamente rodeado de policías.

3º Panzini asegura que el Papa (no dice cuál), en agradecimiento por valiosos obsequios que recibiera de Portugal, dispuso que los portugueses entraran gratuitamente en los teatros de Roma.

Circula todavía una cuarta explicación: al estrenarse en el "Scala", de Milán, la ópera "Guaraní", de Carlos Gómez (marzo de 1870), el empresario habría distribuído, entre la colonia portuguesa, gran número de entradas de favor. Entre tanta leyenda algo parece historia: antes de que nos visitara Campos Salles y de que

Faustino Da Rosa obsequiara entradas para el Odeón, por*tugués* —*portoghese*— ya circulaba en Italia.

El suspiradísimo *mango* también tiene origen peninsular. Es, sin duda, pariente, no sé en qué grado, de la palabra marengo, usual a fines de siglo entre la colonia italiana. Documentan las "Memorias de un Vigilante": *¡No, señor; no es robo!... Dígame, ¿qué va a hacer uno cuando ve un tano —napolitano— que a fuerza de no comer junta unos marengos, y lo primero que hace es largarse a su tierra?... ¡Quitárselos!* Y en otra página: *¡Aquí me train, señor!... ¡siempre por lo mismo!... secuestro de marengos —parodiando el estilo de los partes policiales— ¡a un gringo que quería volar!* El marengo era un moneda de oro. Napoleón la había hecho acuñar por primera vez, para recordar su triunfo sobre Melas [1]. Hace ya tiempo que los marengos no circulan. Sin embargo, no los desconocían los inmigrantes a fines del siglo pasado. Por algo anota Francisco Latzina ("Virutas y Astillas", Buenos Aires, 1885, pág. 497), que "los inmigrantes... se figuran que los *marenghi* crecen en los árboles". El pueblo italiano los recuerda —Panzini, en su "Dizionario Moderno", también— y suele designarlos con un nostálgico diminutivo: *marenghini*.

Ni Benigno Lugones ni Dellepiane consignan la voz marengo. (Tampoco *mango*.) En cambio, Dellepiane trae: "*Mangangás*. pl. Pesos, dinero, lo mismo que *ferros*". ¿Qué vinculación hay entre *marengo, mango* y *mangangá*? ¿Es *mangangá* una deformación de *marengo*? ¿Es *mango* un apócope de *mangangá*?... ¡Lástima que los lexicólogos del lunfardo no tuvieran alguna inquietud realmente filológica!

Alguna relación con los *mangos* tiene la *punga*. Se sabe que es una de las especialidades del robo de procedimiento más perdurable y que consiste en la sigilosa introducción de los dedos índice y pulgar en el bolsillo de un distraído. Añadiré que es un italianismo, de *pungere*, punzar, picar.

[1] En el "Manuale di Numismatica", de Ambrosoli-Gnecchi, Milano, se dice del marengo: "moneda de oro, de 20 liras, acuñada por primera vez en Turín después de la batalla de Marengo".

Picador fué aquí palabra reservada al autor de otra suerte de delito: la sustracción de las monedas de las alcancías, mediante imanes o pegotes. En germanía —y así lo trae Juan Hidalgo— *picador* es ladrón de ganzúa, aunque *picón es el que mira alguna cosa y lo roban* (nuestro *otario*). Los ingleses llaman al *punguista, pick-pocket.* El verbo inglés *to pick* no lo usufructúa el porteño para referirse al punguista, pero sí *to peck,* que significa lo mismo, para derivar *peca* y *pequero,* juego con trampa y el que lo realiza. Para Segovia, *punga* es "el robo como medio ordinario de vida". Para Garzón, "ratería o robo de objetos hecho con maña y astucia". Malaret recoge, cómodamente, la versión de Segovia. Benigno Lugones ya discrimina claramente la especialidad: "robo en que el ladrón saca los objetos del bolsillo del robado" y Dellepiane establece algunas diferenciaciones verdaderamente preciosistas.

GENOVESISMOS

ITALIANOS teníamos ya en los días de la colonia. (También italianismos.) Pero la inmigración en masa no comienza sino hacia 1850. Es fácil acopiar cifras. Del censo realizado en setiembre de 1869, bajo la presidencia del señor Sarmiento, se desprende que, a esa fecha, contaba Buenos Aires 177.787 habitantes, de los cuales 44.233 eran italianos. El censo municipal que dispuso, en 1887, el intendente Crespo, arrojó estos guarismos: población, 433.375 habitantes; italianos, 138.166. El censo de 1895, estos otros: población, 663.854; italianos 181.093. La proporción se mantiene y, en 1914, cuando "la gran capital del sur" se enorgullece de sus 1.575.814 habitantes, 312.267 son peninsulares. Es la edad de oro del *cocoliche*, chapurriado ítalo-hispano que pone en boga José Podestá y encuentra, a partir de 1911, un férvido cultor en el señor Alberto Vacarezza. El *cocoliche*, anotémoslo, aparece ya en el "Martín Fierro" [1]:

Cuanto me vido acercar:
"¿Quen vivore?", preguntó,
"¿Qué viboras?, dije yo;
"¡Hagarto!", me pegó el grito.
Y yo dije despacito:
"Más lagarto serás vos".

El doctor Ettore Rossi [2] ha escrito en un periódico porteño un "Elogio del Cocoliche" casi definitivo. Pero ese balbuceo bilingüe, ridiculizado por los saineteros, no

[1] I, v. 859/64.
[2] "Calíbar" [Ettore Rossi], "Elogio del Cocoliche", en "Corriere degli Italiani", Buenos Aires, agosto y septiembre de 1950.

alcanza a interesar a la lexicografía. Ni un solo vocablo español desvirtuado por la prosodia italiana prolongó su deformación hasta más allá de los labios que lo emitieron. En cambio las voces dialectales, supeditadas a la cachazuda prosodia porteña, perviven todavía, salvadas del olvido, a veces por el genuino lunfardo de las cárceles y otras por la musa próvida de los autores de tangos y por el teatro.

Voces del Piamonte y de Milán, sicilianas y genovesas, se mezclan en el lenguaje del porteño. Sobre todo genovesas, porque de la Liguria marinera vino el contingente inmigratorio que prefirió la ciudad y su puerto. Mientras se compila un vocabulario completo del lunfardo anotaré algunos genovesismos prominentes que en otras tierras —brasileñas, por ejemplo— constituyen cabales porteñismos. *Acamalar* es uno de ellos. Expresa reunir, ahorrar. *Camallá* es, en genovés, llevar sobre las espaldas y *camallô,* atado. En "Mano a mano", el afortunado tango de Cele Flores que musicó Carlos Gardel, *acamalar* adquiere un curioso sentido traslaticio:

...que el bacán que te acamala tenga pesos duraderos,
que te abrás en las paradas con cafishos milongueros
y te digan los muchachos: ¡Es una buena mujer!

Bacán se aplica a la persona adinerada o a la que simula serlo. Fué, simplemente, el compañero de una mujer, su concubino, su dueño, y derivó del genovés *baccan,* que significa, todo a la vez, patrón, jefe de familia y capitán de nave marcante.

No menos usuales que aquellos son *chapar,* tomar, agarrar, de *aciapá* (en italiano, *acchiapare*) ; *funyi,* sombrero, de *funzi* (en italiano *funghi*), hongos; y ya algo menos *esquenún,* perezoso, de *schenón,* que dice lo mismo. *Esquenún,* aparece, por ejemplo, en estos versos de Yacaré:

Y aunque yo sé que sos una esquenuna,
adorada fulana,
no estrilés si tu coso canta un rato...
¡Lo mismo hacía cuando estaba en cana!

Deschavar, de *descciavá*, fué primitivamente abrir una puerta, violar una caja de valores. Ahora es abrir el corazón, declarar, confesar, decir, cantar. *Deschave* es, a su vez, la acción de *deschavar*. Alguna vez se dijo *deschavo*, como lo trae Vacarezza en "Los escrushantes": *. . .tuavía tiene que pagar el deschavo que le hizo a Peña en la 14.*

Un *grupo*, mondo y lirondo, es una mentira, un engaño. Su origen reside en *groppo*, bulto que contiene objetos de poco valor. En italiano *groppo*, vale como *fagotto*, paquete, lío. *Fagot* significa lo mismo en francés, idioma en que *conter des fagots* es contar fábulas. De grupo procede *engrupir*, que es engañar; *engrupirse*, que es engañarse a sí mismo, atribuyéndose merecimientos y condiciones que no se poseen; *engrupimiento*, vanidad, fatuidad; y *engrupido*, fatuo, vanidoso.

¿Mediante qué proceso bulto o paquete puede significar engaño? Pienso en los cuentos del tío perpetrados con paquetes de recortes de diarios que simulan ser billetes [1]. A propósito, recordemos *balurdo*, del genovés *balurdô* (en italiano *balordo*), que significa tonto. Los lunfardos llamaron *balurdos* a aquellos mismos paquetes de recortes de diarios. Lo dicen las "Memorias de un Vigilante": *Los útiles de trabajo del estafador son simples: consisten sólo en unos diarios doblados, al cual llaman el toco misho (montón pobre) o el balurdo, y en algunos cobres.* Es decir, que *balurdo* ya no nombró al engañado, sino al instrumento del engaño. Luego pasó a nombrar cualquier bulto o paquete e inclusive la linyera, como en estos versos de Yacaré:

¿Dónde irá con el balurdo semejante viscachera
que, por bronca de Anchorena, me la acaban de espiantar?

Sinónimo de balurdo es *paco*, de *pacco*, que vale por paquete.

Genovesismos son también *misho* y *morfar*. Este verbo se las trae. Nos llegó del hampa italiana: "*smorfiri*, vocablo de ladrones que quiere decir comer. De origen ger-

[1] *Grupo* fué, según Dellepiane, el *esparo*, el ayudante o auxiliar del ladrón. *Grupo*, precisamente, porque *engrupía* a la víctima.

mano: *morfia*, boca, hocico", anota Panzini. El argot, según el "Nouveau Larouse", posee los sinónimos *morfier* y *morfigner*, que expresan comer. Salvá, por su parte, anota: *morfer*: tragar, engullir. Clément Casciani, en el prólogo al diccionario de Jean la Rue [1], asegura que en Rabelais se encuentra el verbo *morfiallé*, y en el vocabulario de Lacassagne y Devaux [2] se afirma que Noël du Fail ya usaba *morfier* en el siglo XVI. Los lunfardos porteños decían primitivamente *morfilar*. Así lo consignan Benigno B. Lugones y Villamayor. De *morfar* derívanse ahora *morfetear*, que es lo mismo; *morfi*, comida *(El morfi a punto los domingos para que no llegue tarde a la primera.* Last Reason [3]) ; *morfeteo*, también comida (*¡Araca, que peligra el morfeteo!*, Yacaré) y *morfón*, comilón.

Aun hay más. *Berretín* lo hemos tomado del genovés *beretin* (en italiano, *berretino*). Significa capricho, idea fija que, como el birrete, se mete en la cabeza. De ese modo se lo entiende en el tango "Palermo", de Villalba, Braga y Delfino:

Berretines que tengo con los pingos,
metejones de todos los domingos...

Por extensión, díjose de las cosas que sólo tenían un valor extrínseco y sentimental, y luego también de las que no tienen ninguno:

Eran polenta el bobo y la marroca
y la empiedrada fule, berretín...
Carlos de la Púa

Agregaré que en francés *beguin*, cofia que integra el hábito de las beguinas, religiosas de la orden fundada en el siglo XII por Lamberto La Bégue (por ex-

[1] Jean la Rue, "Dictionnaire d'argot", Ed. Flammarion, París, 1948.
[2] Jean Lacassagne et Pierre Devaux, "L'Argot du "milieu", París, 1948.
[3] Last Reason, "A rienda suelta", Ed. M. Gleizer, Buenos Aires, 1925.

tensión, cofia que portan las señoras enlutadas y de las que pende el crespón, y capillo que usan los niños y se ata bajo el mentón), tiene asimismo significado metafórico de capricho amoroso. Y quedan todavía *chantapufi*, de *ciantapuffi*, que es el que contrae deudas que no pagará; *shusheta*, de *ciuscetta*, el escolar excesivamente aplicado y amigo de delatar a sus compañeros; *contemuse*, cuenta mentiras; *shacar*, de *sciaccá*. Este verbo genovés tiene dos significados: arrancar los frutos de un árbol y también aplastar y despanzurrar. Del primero proviene esta acepción de *shacar*: sacar con artilugios el dinero a una persona. Del segundo, este significado de *shacado*: enfermo, quebrantado de salud.

También *pelandrún* es un genovesismo. Frisoni, en su diccionario genovés-italiano, consigna *pellandron* con la significación de haragán, vago, que *pelandrún* tiene en Buenos Aires. *Pelandrone* es voz muy usada en la alta Italia para expresar el mismo concepto. Malagoli[1] anota que en Pisa se ha introducido recientemente y que en Luca y sus alrededores se dice *pelandron*, en tanto que en Siena se oye decir *pilandrone*.

Por último, algo sobre *grébano* y *bachicha*. *Grébano* es palabra con que los genoveses nombran a los campesinos de los Apeninos lígure-piamonteses. En Buenos Aires se aplica sin distinción a todos los naturales de Italia. Y así dice González Tuñón[1]: *El alma de los tipos de clase es burbujante vino de Champagne; la de los grévanos devotos de la vendetta, barbera spumante, y la de la plebe miserable, agrio vino de Mendoza preparao con campeche.*

Bachicha es el apodo cariñoso que se da en Génova a quienes se llaman Juan Bautista. Aquí designó a los italianos pobres y buenazos. La palabra está casi perdida. Sin embargo, se la oye con valor pleonástico en la expresión *gordo bachicha*, que no significa gordo bueno sino, simplemente, gordo.

[1] Giuseppe Malagoli, "Vocabolario Pisano", Firenze, 1939.
[2] Enrique González Tuñón, "Tangos", Editorial Borocaba, Buenos Aires, 1952.

MÁS DIALECTISMOS

Otros dialectismos peninsulares circulaban ya en días de Fray Mocho. Algunos quedan señalados en las páginas dedicadas a los italianismos porteños. Sobre otros me propongo decir algunas palabras. Comenzaré por *marroco*. El *marroco*, lo sabemos, es el pan:

luchar por el marroco es su destino

asegura Iván Diez de "La Mina de la Ortofónica". La *marroca* es, a su vez, la cadena del reloj:

No le pase lo que a mí
me pasó, hace poco tiempo:
que la marroca y el vento
me hicieron, por calotear[1].

¿Qué relación existe entre el pan y la cadena, sea ella polenta o berretín? Para esclarecerla he construído esta ínfima teoría: *maroc*, en la jerga turinesa, es pan. Rápidamente, y por no muy arduas razones de eufonía, hicimos aquí *marroco*, con igual significado. De *marroco*, pan, debió formarse *amarrocar*, apañar. Luego *amarrocar* tuvo un significado más amplio, quizá por similitud fonética con amarrar, y así nació *marroca*, cadena, cosa que amarra:

Le hice el bolso y la marroca
y, cuando quise espiantar,
al cruce me salió un boca
que me hizo emberretinar[2].

[1] "Encuentro con una mina", poesía lunfarda transcripta por Dellepiane en "El Idioma del Delito".

[2] "La Mancada", de Ernesto Gorge, citado por Villamayor. *Boca* debe leerse al revés. *Emberretinar* vale por introducirse en alguna parte.

El que *amarrocaba* era, naturalmente, un *amarrocador*, pero se abrevió *amarrete*, voz con cierto falso sabor de española, que ha vuelto ahora, por imperio de un personaje de historieta, a investirse de italiano: *amarroto*. Y *amarroto* nuevo y todo, ya está siendo abreviado por la haraganería porteña: *amarro* [1].

Quedó señalada la posibilidad de que la *marroca* fuera polenta o berretín y conviene ahora aclarar esos términos. *Polenta* es oro y, por extensión, cosa de calidad. (Sí, es claro, polenta es otra cosa. Polenta, del latín *polenta-ae*, es un manjar compuesto con harina de maíz). Se ha dicho que la acepción lunfarda de polenta se debe a la buena calidad de la cocaína Poulenc-Rhône. Es fácil hallar esta marca consignada en los catálogos de las droguerías. El cocainómano, para elogiar la calidad de su dopaje, habría acostumbrado a decir: "¡Es Poulenc!", exclamación fácilmente transformable, por defecto de audición, en "¡Es pulenta!"... La explicación resulta ingeniosa. ¡Lástima que Panzini registre: "Polenta: L'oro, detto anche rossum, dal colore (gergo furbesco)"!

Otra voz piamontesa, que ya es nuestra, y a la que no nos haría renunciar la más cuáquera academia, es *linyera*. Así llamamos al individuo trashumante que vive de limosnear, y también al bulto que contiene ropas y elementos de uso personal. ("El Linyera" es el título de una comedia de Enrique Larreta, y de una película que desarrolla el mismo tema de la comedia y se pasó por primera vez en 1933). Sobre la palabra *linyera* ha escrito Ettore Rossi [2] un breve ensayo completo como un tratado y bello como un poema. "La *lingera* —dice entre otras cosas— de etimología exclusivamente piamontesa, nombró primero un bulto rudimentario y pasó a designar luego un hombre, una tácita confraternidad. Nótese que en piamontés *lingera* es femenino, aun cuando se refiere al hombre que reviste esa característica. Existe el

[1] Creo que es posible adecuar esta teoría a la etimología que de *marroco* (marroque), arguye Dellepiane. Lo hace proceder del gitano *manró*. (Salillas también trae *manró*, pan, y *manrelorró*, panadero). Por otra parte, Dellepiane también consigna *marroca*,

[2] Ob. cit.

masculino *lingerot*, mas se trata de un rapaz ligero de manos que vagabundea en su tierra como todos los muchachones de la campaña. La *lingera* era un fardo, un bulto, un ligero continente en el cual transportaba el vagabundo sus pocas ropas y sus frugales alimentos; luego pasó a ser el mismo vagabundo, y, por último, la categoría, la confraternidad: *a l'é d'la lingera*... En la Argentina, en cambio, *linyera* puede ser masculino o femenino: el linyera, el vagabundo, y la linyera, el bulto". ¿Hace falta agregar algo más?

De otra voz piamontesa, el verbo *campané*, mirar, observar, derivamos *campana* y *campanear*. Al campana Villamayor lo define de este modo: "profesional del delito que tiene por misión dar pronto aviso a sus compañeros de la proximidad de la policía, de los dueños de casa o de cualquier persona que pueda perjudicarlos en ocasión de estar operando. Como *napaca*, aplicable a toda persona que está vigilando". *Campanear* es hacer lo que hace el campana, y algo más: *junar*, relojear (voz ésta de neto origen turfístico, por la observación del tiempo empleado por los caballos, que se cumple reloj en mano). Como en el tango[1]:

Campaneá como el cotorro va quedando despoblado,
todo el lujo'e la catrera compadreando sin colchón.

Por último, *minga*. Es voz netamente milanesa que se usa a manera de preposición para expresar falta o ausencia de algo. Así en Carlos de la Púa:

Entonces la yuta le arregló la cosa
vengando las biabas que de él recibía:
y por esa muerte, minga de alevosa,
se pasó diez años fuera de la vía.

[1] "Viejo Smoking", tango de Celedonio Esteban Flores y Guillermo Barbieri.

GALICISMOS

Antonio Machado incurre, por lo menos una vez, en notorio galicismo: *El nos cuenta el repaire del romero cansado* ("Elogios", CL). Su hermano Manuel, al traducir a Verlaine (*Par moi l'enfer dont c'est ici le repaire*..., "Crimen Amoris"), desechó el vocablo francés y produjo esta versión: *Por mí el infierno cuyo refugio es éste* [1]. Antonio alude en su "Elogio" a Gonzalo de Berceo, particularmente a este verso, número 245 de su "Vida de Santo Domingo de Silos":

Abrán por ti repaire muchas gentes lazradas

y recurre, tal vez para crear el clima histórico, al vocablo original. Le debo —lo confieso— la primera noticia sobre los galicismos de Gonzalo de Berceo. Luego aprendí que consigna otro, *argén* (de *argent*, dinero), y quizá algunos más. Berceo escribió a comienzos del siglo XIII cuando ya habían llegado a España los primeros trovadores provenzales, los monjes cluniacenses y los caballeros franceses que se alistaban en la cruzada contra el Islam. De ellos quedaron vestigios en el idioma, aun no inaugurado para la escritura: homenaje, vianda, mensaje [2]. Asimismo *varlet* (ahora valet) y el recordado argén que Garcilaso mecha en estos versos de su epístola a Boscán, enumerativos y ágiles como una moderna crónica periodística:

[1] Paul Verlaine, "Fiestas Galantes" y otras poesías, traducidas al castellano por Manuel Machado, librería de Fernando Fe, Madrid.

[2] También garzón. "Prendas de garçón, dineros son", fué uno de los refranes "que dicen las viejas tras el fuego", y compiló el Marqués de Santillana.

...donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argén, largo camino.

De entonces acá los galicismos se reprodujeron activamente. A mediados del siglo XVIII algunos autores españoles parecen vertidos del francés. (Lo mismo ocurrirá más tarde con nuestro atildado Miguel Cané y con más de una página de Sarmiento.) Plumas gallardas arrostran la invasión: Mayans, Nasarre, Tomás Antonio Sánchez. Sin embargo, muchos vocablos logran afincarse: libertinaje, irreprochable, unción, asamblea, bellas letras, pobre diablo.

Lo que representó para el español la entronización de los Borbones significaron para la jerga porteña la proliferación de las profesionales del amor, llegadas de Francia; los rastacueros de regreso de París y la internacionalización del tango. Cuando todo eso ocurrió — Brignolo compone "Chiqué" en 1920; Arolas recala en Montmartre en 1921— los elementos del amor tarifado comienzan a expresarse en francés. El *bacán* pasa a ser el *miché,* la costurerita ilusa de Carriego se hace *griseta* y los *cafishios* y *cara-lisas* tratan de elevarse a *gigolós. Miché,* anotémoslo, es el hombre que paga generosamente los favores de una mujer (V. Jean la Rue); *grisette,* la joven que tiene un oficio (esto ya es buen francés), y *gigoló* (de nuevo en argot), el mantenido. En cuanto a *chiqué,* también es producto del argot: *chiquer*: mentir, simular, y *chiqué,* simulación. Sobre estas últimas palabras nos enseñan Lacassagne y Devaux: "El hecho de inflar una mejilla con la punta de la lengua como si se estuviera mascando tabaco indica que lo que se va a decir no debe tomarse en serio". Mascar tabaco también es *chiquer.*

De esa lengua fronteriza pocos vocablos más nos han quedado. En cambio, contamos con otros facilitados por el francés. *Frapé,* por ejemplo, de uso casi universal, sosobre el que nos informa Panzini: "participio del verbo *frapper,* golpear. Se dice a menudo de las bebidas que

llevan hielo picado". Aquí lo aplicamos, simplemente, a la bebida helada y estamos más de acuerdo con Littré: "frapper, refraîchir très-promptement du vin, une liqueur avec de la glace".

Chicana, versión literal de *chicane,* abusos de formalidades de la justicia, es otro galicismo. Y lo es también *embalar,* de *emballer,* partir a la carrera, tomar mayor velocidad, muy difundido en América y usado también en Italia, donde, como aquí, suele significar asimismo entusiasmarse o enojarse sin mayor raciocinio. Aunque quizá nunca se lo haya empleado para construir un metáfora como ésta, que el tango le debe a Homero Manzi [1].

Y puedo confesarte la verdad
copa a copa, pena a pena, tango a tango,
embalado en la locura
del alcohol y la amargura.

Otra voz del tango, oriunda del francés y ya internacionalizada —el porteño, sin duda, la tomó de los ingleses— es *forfai,* de *forfait,* derivada, a su vez, del latín vulgar *foris fatum,* que en italiano dió *forfatto* y quiere decir al margen de la ley. Es el participio pasado del verbo *forfaire.* (Los ingleses dicen *forfeit* para significar la pérdida del título de una cosa o la posesión de ella por dejar de cumplir alguna obligación.) Se la usa, particularmente, en el deporte, sobre todo en las carreras de caballos, y en la jerga de los hipódromos se aplica a los animales inscriptos y luego retirados de la competencia. Yacaré la enaltece con un inefable sentido metafórico:

Ciego, mishio, forfai, águila, pato,
sin un mango, viviendo del pechazo,
estufao, fulería, rechivato,
la morfo procediendo del mangazo.

Recordemos aún *fané* [2], voz usada asimismo en Ita-

[1] "Che, bandoneón", tango de Homero Manzi y Aníbal Troilo.
[2] Pabanó registra *fané,* y traduce: feo, triste.

lia para designar la mujer fea y ajada y que el tango aplica indistintamente al hombre y a la mujer con el significado de arruinado, venido a menos:

Sola, fané y descangayada,
la vi esta madrugada
salir del cabaret
("Esta noche me emborracho") [1]

...por tu culpa me encuentro bien fané
("Palermo") [2]

Y recordemos asimismo *ragú* (de *"ragoût, mets qui plait et qui excite l'appetit"*), palabra que dentro de quinientos años rastrearán en Yacaré como rastreamos ahora los galicismos de Berceo:

El ragú faja a la mersa,
el mondongo está de araca...

1 "Esta noche me emborracho", tango de Enrique Santos Discépolo.
2 "Palermo", tango de Villalba, Braga y Delfino.

BRASILEÑISMOS

Aunque el lunfardo fuese todavía una jerga técnica y privada, no les resultaría difícil a nuestros delincuentes entenderse con los del Brasil. La *giría dos gatunos* se integra con muchas voces del vocabulario porteño, autorizadas, para más, por los diccionarios corrientes *da lingua nacional*[1]. Y no se trata de lusitanismos, o meros brasileñismos, llegados aquí de matute y equivocadamente tomados por gente de la familia. "Hoy me despido de todos estos argentinismos: batuque, pichincha, calote, mujerengo, petiso, casal... ¡No son más que lusitanismos corrientes de seguro en Galicia!", descubría, feliz, un diplomático argentino residente en Lisboa[2]. *Acagoete* (delator), *achacador, biaba, china, embromar, mancada, paco, punga,* son, en el Brasil, porteñismos. Huyendo de los sabuesos policiales, los delincuentes se hacen nómadas. Un *punguista* conocido, *cartón junao*, debe buscar horizontes más amplios para el ejercicio de su arte. Muchos fueron al Brasil, y hasta allí llevaron, desde Buenos Aires, un vocabulario eufónico y pintoresco, que se aclimató bien. De allá, en cambio, sólo nos trajeron un ínfimo manojo de vocablos que no logran prender del todo.

Desde luego *tamango* es un brasileñismo, pero su incorporación al lenguaje porteño —aclaro— es anterior al auge del malandrinaje. Selva[3] le consagra largos pá-

[1] Observa Alfonso Reyes en "La Experiencia Literaria": "Tipo del error latinoamericano, en política y en todo: el platense medio (no el erudito) aunque dispuesto a confesar sus italianismos, menos humillantes a sus ojos por venirle de Europa, difícilmente reconoce y confiesa los brasileñismos que se han deslizado en su habla, frontera adentro, desde la tierra gaucha hasta la gaúcha. Y la recíproca es verdadera e igualmente lamentable".

[2] Arturo Capdevila, "Babel y el Castellano".

[3] Ob. cit.

rrafos, recordando que Rodolfo Lenz le imagina antecedentes indígenas, preferentemente tehuelches, y que Leopoldo Lugones, tras largo análisis de raíces turcas, latinas, búlgaras y rusas, llega a la conclusión de que es vocablo de formación castellana: de tamaño, del latín *tam*, tan, y *magnus*, grande, y ango. La verdad es que se trata, para nosotros, de un lusitanismo (*tamancos*, zuecos), y si los portugueses lo tomaron del latín, aquí lo hemos tomado de los brasileños. Aparece en Ascasubi ("Aniceto el Gallo"):

como a burros los arriamos
y nos réimos largamente
del ruido de los tamangos

y también en "Martín Fierro" [1]:

Corcovió el de los tamangos
y creyéndose muy fijo:
—Más porrudo serás vos,
gaucho rotoso, me dijo.

José Antonio Wilde, en su "Buenos Aires desde setenta años atrás", recuerda que "los negros andaban descalzos o con tamangos, especie de ojota hechas de suela, o de cuero crudo de animal vacuno o de carnero, envuelto antes el pie en bayeta, trapos o un pedazo de jerga". Ahora, en buen porteño, *tamango* es cualquier calzado basto.

La historia de *bondi* me parece más divertida. La cuenta el doctor Da Silveira Bueno [2]: "Cuando se fundó en Río de Janeiro la Compañía de Transportes Colectivos, la empresa, que era inglesa, lanzó *bonds*, esto es, acciones, bonos, cauciones, para formar el capital destinado a la adquisición de los carros eléctricos, y el pueblo, que no sabía inglés, identificó la palabra *bond* con el propio vehículo". *Bondi* es palabra que se pierde irremediable-

[1] I, vs. 1179/82.

[2] Francisco Da Silvêira Bueno, "Filología e língua portuguêsa" en el boletín LXXXIII de la Faculdade de Filosofía, Ciências y Letras de la Universidade de São Paulo, São Paulo, 1947.

mente. Los tangos se olvidaron de fijarla. Otra cosa ocurriría si, en lugar de *Talán, talán, talán, pasa el tranvía por Tucumán,* hubiera escrito Vacarezza: "el bondi pasa por Tucumán".

Celedonio Flores hizo algo por su perduración[1]:

el chimento,
se toma el bondi en el centro,
con el veneno por dentro...

Pero *bondi* ha desaparecido de Buenos Aires mucho antes que los tranvías.

Más perdurable es *quilombo,* en su acepción primera de prostíbulo y en la traslaticia de desorden, confusión. (Ahora también se dice *enquilombar,* y más refinadamente *quilombificar,* por desordenar y confundir.) *Quilombo* es palabra de la lengua bunda que designaba en el Brasil a las aldehuelas de chozas construídas en lugares escondidos, donde se ocultaban los esclavos prófugos. Africano es también el común origen de *casimba* y de *cachimbo.* Aún se lo discute. *Casimba* ya lo trae Juan de Arona en su "Diccionario de Peruanismos": "especie de cisterna a que apelan los industriosos piuranos para aprovechar el agua de su río que muy pronto deja de correr. Son unas excavaciones abiertas en el cauce mismo, lecho, madre o alveo del río". Díaz Salazar define: "pozo poco profundo de agua potable". Garzón: "pozo de poca profundidad abierto en la vera de un río para obtener agua potable", y agrega que "la Academia ha introducido este neologismo en su diccionario de 1899, pero lo escribe con c, haciéndolo derivar de cazo". En Buenos Aires es —fué, al menos— algo más: la billetera. Así, en Carlos de la Púa:

de un grillo una casimba daba boca
y un poco le orejiaba el chiquilín.

[1] Celedonio Esteban Flores, "Cuando pasa el organito", Buenos Aires, sin fecha.

De cachimbo dice Cuervo [1] que "los negros de África, naturalmente, conservaron algunas palabras de sus lenguas nativas: de este origen es *cachimba* (o *cachimbo,* en otras partes), pipa para fumar". Tenorio D'Alburquerque baraja varios autores para concluir que no tenemos propiamente en *cachimbo* un brasileñismo o un cubanismo, y sí un afronegrismo. Pero a nosotros nos vino desde el Brasil.

A *fariñera* la encontramos, por ejemplo, en Carlos de la Púa:

Con la fariñera le cortó el mondongo
a un gil rechiflado por culpa del vino

Tito Saubidet [2] explica minuciosamente: "Cuchillo, daga, facón de grandes dimensiones. Este nombre viene de que antes se le llamaba así a una cuchilla de tamaño diverso, pero de punta y hoja anchas, que se usaba en el campo y con cuya punta se comía, ya sea por escasez de otros utensilios o por hábito campero del paisano, la fariña que allí sustituía a la galleta". Carlos Reyles, en "El gaucho Florido", describe la escena: "Comían despacio, en silencio, revolcando en la fariña la carne antes de llevársela a la boca. Un tajo y una dentellada. Y todo hecho con limpieza y agilidad, sin pringarse otra cosa que la punta de los dedos. Concluída la pulpa le entraron a las costillas. Una vez peladas, las arrojaban por encima del hombro. Limpiaron las cuchillas en las botas o en el pasto, volvieron a circular los mates y se reanudó la charla". Malaret dice, creo que imperdonablemente, que los brasileños usan la *faca farinheira* para cortar las raíces de la mandioca y hacer fariña. Pero lo que usan para eso es otra cosa: un vil machete.

Son muchas más las voces que nos llegaron del Brasil. Abundan los lusitanismos: *agarrado, buraco, fulo, na-*

1 Rufino J. Cuervo, "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, con frecuentes referencias al de los países de Hispano-América", Ed. El Gráfico, Bogotá, 1939.

2 Tito Saubidet, "Vocabulario y refranero criollo", Ed. Kraft, Buenos Aires, 1948.

co[1], *calote*[2]. Ellas tienen su perennidad asegurada por los gauchescos y por los glosarios de los gauchescos. Yo sólo aspiro a compilar un glosario reo.

[1] *Naco*, según el informado Eleuterio Tiscornia, significa pedazo de tabaco negro en trenza y "es palabra del Brasil que los paisanos adoptaron junto con el objeto". Yacaré usa *naco* como sinónimo de peso:

> *¡Piantaron ya los tiempos del sablazo!...*
> *Hoy va como la mona...*
> *Y cualquier rantifuso bacanazo*
> *que tenía una fija en un mangazo*
> *no añapa un naco ni por la Madona...*

[2] *Calote* aparece ya en Dellepiane.

INDIGENISMOS

De las pocas voces indígenas que perduran confundidas en la lunfardía *pucho* y *pilcha* son las más notorias. Las ignora, es cierto, Benigno B. Lugones [1], pero están consignadas en las "Memorias de un Vigilante", junto a *paquete* y *changador*, no como lunfardismos sino como argentinismos corrientes. Entre 1879, año en que aquél escribe sus notas para "La Nación", y 1897, en que Fray Mocho publica las "Memorias", el lenguaje de "Martín Fierro" [2] ha tenido tiempo de transfundirse al habla del bajo fondo. *Pilcha* es voz de la lengua pampa que significa prenda de vestir. Hernández la usa también con el sentido traslaticio que da, habitualmente, a la palabra prenda —y que no ignoraron los clásicos de la lengua— para significar mujer querida [3]:

Yo también tuve una pilcha
que me enllenó el corazón...

El tango prohijó, fruitivamente, este sustantivo [4]:

Llevátelo todo, mis pilchas, mi vento,
pero a ella dejála porque es mi mujer...

De *pilcha* el porteño ha hecho *empilchar*, vestir; y *empilche*, vestimenta [5]:

Luna de cielo azabache

[1] Dellepiane no trae *pucho*, pero sí *pilcha*, con la significación de manta.

[2] La primera parte del "Martín Fierro" es de 1873. La segunda, del mismo año de los artículos de Lugones.

[3] I, vs. 1741/2.

[4] "Llevátelo todo", tango de Sciammarella y Viván.

[5] Enrique Cadícamo, "La Luna del Bajo Fondo", Buenos Aires, 1940.

que, con tu empilche de blanco,
te descolgás en un banco
por ver si llega tu apache.

Despilchado, por mal vestido, cayó en cambio en desuso. Lo encuentro en Fray Mocho: *Avanzaba a reemplazar al mocetón que era su rival y que, aunque más despilchado, tenía la habilidad de cantar.*

Pucho se ha asimilado también rápidamente al suburbio. El *pucho* apagado en la oreja puede alcanzar, a veces, jerarquía de símbolo malevo:

A ese desgraciado, que a golpes maneja,
le hace el mismo caso, por bruto y por flojo,
que al pucho que olvida detrás de la oreja...
Evaristo Carriego [1]

Según Ricardo Rojas [2], pucho proviene del verbo latino *pultare*, arrojar. La opinión general es que deriva de *puchu*, que en quichua vale por sobrante o residuo. Así lo sostienen Eleuterio F. Tiscornia, Selva y todo el mundo.

A expensas del "Martín Fierro" y de los tangos camperos asoma *china* al habla porteña. En "A la luz del candil", tango de Navarrine y Flores, se canta:

Las pruebas de la infamia las traigo en la maleta:
las trenzas de mi china y el corazón de él.

Este quichuismo (*china*, moza de servicio) se puede localizar en autores cultos, aun de otras latitudes. Uno de los cantares del mejicano Guillermo Prieto (1818-1897), dice:

Y no a regias beldades ni peregrinas,
sino a obreras modestas, a alegres chinas
di mis canciones.

China, que en el "Martín Fierro" aparece referido a una india pampa (II, vs. 995-6):

[1] En la poesía "En el barrio".

[2] En la "Noticia Preliminar" a la edición de "Martín Fierro", de la Biblioteca Argentina, Buenos Aires, 1919.

pues ni el indio ni la china
saben lo que son piedades

y a la mujer querida, a la prenda (I, vs. 149-50):

mientras su china dormía
tapadita con su poncho

se aplica por extensión, y en competición con *achinada*, a las criollas morenas. También, ya hecho adjetivo, a todo individuo morocho. De *china* es despectivo *chirusa* o *chiruza*, que la Academia ha acogido en su seno, no excesivamente generoso, y comparten, entre otros, Jorge Luis Borges: *...los arrabales, las noches del sábado, las chiruzas dieron con él,* y Carlos de la Púa:

tenía el berretín alucinante
de trabajar de prepo a las chirusas.

Juan Agustín García [1] obtuvo de *chirusa* los elocuentes derivados que ilustran estas citas: *Musset era vano y vulgar, afectado y, en síntesis, un poeta chiruso; ...al descender de las alturas bailaron con el mismo entusiasmo de la chirusería.*

Chucho y *yapa* son, asimismo, dos quichuismos refugiados ahora en la jerga infantil. *Chhucchu* es, en quichua, el temblor producido por la fiebre, y también por el miedo. *"De aquí* —dice Tiscornia— *la frase dar chucho (una cosa), producir escalofrío, infundir miedo, que aparece en carta de doña Encarnación Ezcurra dirigida en 1833 a su marido Juan Manuel de Rozas: "Él dice que cada ves que piensa recivir carta tuya le da chucho, porque tiene miedo de las cosas que te abrán escrito tus amigos contra él". Chucho* se lee en los gauchescos [2]:

Una noche de tormenta
vi a la parda y me entró chucho.

[1] Juan Agustín García, "Cuadros y caracteres snob", Ed. Gath y Chaves, Buenos Aires, MLXXXIII. (sic).
[2] "Martín Fierro", II, vs. 3049/50.

y en Fernando Gilardi: *¡Quién dijo chucho! ¡me está sobrando de poyo lo que me falta de gayo!*

De *yapa* hay bastante que decir. *Yapay* es verbo quichua que significa añadir, y de él proviene. Opina Tiscornia: *Es palabra quichua (llapa) que aparece documentada a fines del siglo XVIII: "Se prohibe el que los pulperos den yapa" (Grenón, Dicc. doc.)*. Arona sostiene, asimismo, el origen quichua con abundancia de citas, entre ellas la del "Diccionario de Chilenismos", de Zorobabel Rodríguez, donde se lee: "del quichua yapana, añadidura", y ésta otra de las "Correcciones de lenguaje", de D. Miguel Riofrío: "Los indígenas del Ecuador, que nunca confunden en la pronunciación la ll con la y, llaman yapa lo que se da más de lo estipulado, en las compras y cambios.... la palabra es quichua, debe escribirse yapa y no llapa". Documentado está el uso de yapa en Colombia [1], Perú, Ecuador y Chile. Agregando que *de yapa* significa *de sobra* documento en seguida su uso en Buenos Aires: *¿Y quiénes son ellos?* —se preguntaba Fray Mocho en uno de sus cuentos— *para venir con dignidad y con firmeza'e carácter, cuando por cinco centavos te bailan la tarantela y lo hacen hasta con yapa?* Y Gabino Ezeiza [2]:

Yo diré que estoy de yapa
cantando trova doliente.

Apartemos, de puro sabidos e infundidos en el habla culta, o al menos urbana, *choclo* (del quichua *chhocllo*); *chaucha* (del quichua *chahua*, papa, o del araucano *chaucha*, variedad de papas); *zapallo* (del quichua *zapallu*, calabaza); *yuyo* (del quichua *yuyu*); *laucha* (del araucano *llaucha*, ratoncillo); *paspar* (del quichua *ppaspa*, grieta); apartemos aún, por ser voces más camperas que suburbanas, *ñaupa* (del quichua *ñaupa*, antiguamente); *opa* (del quichua *opa*, tonto); pero advirtamos, al me-

[1] En Colombia también se usa *ñapa*. Lo dice José Manuel Marroquín en su famoso "El Moro": *Allí recibía su adehala (vulgo ñapa).*

[2] Gabino Ezeiza, "Décimas, estilos y composiciones varias para cantar con o sin guitarra", Buenos Aires, sin fecha.

nos, que andan casi olvidadas por allí las palabras *chasca*, cabellera enmarañada (de *chhasca*, en quichua cosa enmarañada) que aparece en las "Memorias de un Vigilante": *...un kepí con vivos colores, jineteando sobre una chasca enmarañada?*, y *tongorí*, reservada al léxico de los gourmets criollos, pero prestigiada ya por Esteban Echeverría en "El Matadero": *¡A la bruja! ¡A la bruja!, repitieron los muchachos. ¡Se lleva la riñonada y el tongorí!* A propósito, nos enseña Saubidet: "Del quichua *tonccori*. La aorta, aorta abdominal, cordón espinal que va al corazón del animal vacuno, por debajo del espinazo. Achura o menudo de la res". A la *gourmandise* criolla pertenecen también los *chinchulines*, de *chhunchulli*, en quichua intestino. *Chinchulín* es ya tan popular como tripa.

Por último, un quichuismo de circulación privada: *choto*, pene. Creo que proviene del quichua *chhutuni*, desollar. Choto se llamó aquí al impotente sexual (Garzón lo consigna), sin duda porque la gente del pueblo asociaba la idea de circuncisión con la de impotencia. Luego dejó de expresar el defecto del sexo para significar el sexo mismo: lo que la Retórica llama metonimia. También designa casi exclusivamente el pene la palabra *porongo* (más oído es *poronga*), de *puru*, que en quichua es la calabaza usada para beber.

Menos pródigo, el guaraní no ha dado a la jerga porteña sino cuatro o cinco palabras, aparte algún nombre de la fauna o de la flora. *Bataraz*, de *mbatará*, pinto, de diversos colores dentro de una tonalidad plomiza. También se llamó *bataraces* a algunos billetes, precisamente por su color. *Caracú* significa tuétano, meollo, y por extensión se aplica al hueso que lo contiene. Con propiedad escribe Gilardi en "La Mañana": *Un chirrido tenue corrió por el caracú de un huesito*. *Catinga*, de *catí*, hediondo, se aplica al olor que produce la transpiración. *Tapera*, pese al origen español (de tapar), que le atribuye Ricardo Rojas, tiene también, sin duda, ascendencia guaraní: *taperé*, cosa o paraje abandonado. Por último, *va-*

caray. En "El Compadrito" Borges y Sylvina Bullrich [1] reproducen esta copla:

—Dame bacaray.
—Te he dicho que no hay.
—Dame cinco pesos
Pa'ir en Trambay
(Circa, 1870)

Me atengo a Saubidet: "Bacaray. Vacaray. Nonato". Sólo agrego que la construcción de esta palabra es notoriamente guaraní y que el nonato era —y es— un manjar demasiado codiciado como para cambiarlo por un viaje en tranvía.

Con lo cual, si no agotado, queda al menos mostrado el aporte de las lenguas aborígenes al lenguaje porteño [2].

[1] "El Compadrito. Su destino, sus barrios, su música", Selección de Sylvina Bullrich Palenque y Jorge Luis Borges, Emecé Editores, Buenos Aires, 1945.

[2] Dos observaciones. Primera: la grafía de las palabras aborígenes la tomé de Carlos Abregú Virreira, "Idiomas Aborígenes", Ed. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1941. Segunda: a otras voces porteñas se les atribuye, asimismo, procedencia aborigen. No en todos los casos han de tenerla. De *changa* ya me he ocupado. *Chingar,* que es fracasar, errar (tiene *chingues,* dicen nuestras modistas del ruedo defectuoso; *le chingué* se lamentan los pibes cuando yerran el tiro a una bolita), puede provenir del quichua *chincan,* perderse, pero Cuervo la anota como voz gitana. *Pichincha* suena más a lusitanismo que a quichuismo. En cuanto a *vincha* (así se llamaba la cinta que llevaban a la cabeza las mujeres incas y los curacas), Rojas prefiere derivarla de *vincula.*

EVOLUCIÓN DE LAS PALABRAS

El proceso formativo del léxico lunfardo es semejante al de cualquier lengua culta. Las palabras no aparecen por generación espontánea. Evoluciona su morfología o cambia su significación. En aquella evolución o en ese cambio está el origen de las voces que llamamos nuevas. Hay una pereza ancestral —la *inertia dulcedo* de Tácito, sin duda— que abrevia las palabras, las apocopa, las contrae. Hay también un juego espontáneo y travieso que se llama asociación de ideas y que las alarga o les muda el significado. En fin, a veces el oído confunde los fonemas que escucha con otros que le son habituales. Todo esto está claramente explicado en cualquier tratado elemental de filología. Su aplicación al lunfardo es la variante del ocio que se ofrece a continuación.

He de formular, previamente, una observación que se me ocurre fundamental. La evolución de una palabra en una lengua culta suele ser el producto de un proceso largo y lento, no siempre posible de determinar en el tiempo. En el lunfardo ese proceso queda a veces definitivamente abreviado por el capricho de un sainetero o de un letrista de tangos. Lo cual no arguye que se trate de una jerga artificial, una especie de esperanto malevo ideado para que se entiendan las esquinas. Lo artificial es estéril y caduco. Cuando el señor Pepe Arias equivocó la lectura y, en lugar de *mis amados filipinos* irradió *mis amados filipipones* creó una palabra artificial y falsa que ya nadie usa. Pero cuando algún espíritu travieso denominó genéricamente *musolinos* a los barrenderos municipales incurrió en una sinécdoque cuyo medio siglo largo de vida le otorga derecho a ocupar la atención de los lexi-

cógrafos. Aquélla —*filipipón*— era una palabra falsa. Esta —*musolino*—una preclara figura.

Ignoro si cuando decimos *noramala* por *enhoramala*, *Navidad* por *Natividad* o *gran* por *grande* rendimos tributo a la eufonía o a la pereza. Por cualquiera de las dos posibilidades, el lunfardo incurre también en aféresis, síncopas y apócopes. Por ejemplo, dice *leones* por *pantalones* y allí se confunde a la vez la aféresis y la sinécdoque [1] pues el que abrevió la palabra la asoció inmediatamente, por similitud fonética, a los leones. Del mismo modo *nacional* (billete de un peso de moneda nacional) se hizo *nal;* napolitano se redujo a *tano,* para que Fernández Moreno pudiera cantar [2]:

Diez tanos cargan al hombro
su manguera y sus silbidos...

y *añapar* se hizo *ñapar.* Esa palabra, *añapar,* no es sino una metátesis de apañar. Por síncopa, queda dicho, de *marengo* se hizo *mango,* y por apócope nació *ciruja,* palabra porteñísima, puesto que a quienes buscaban huesos en la quema, para venderlos luego, se los llamó, por pura cachada, *cirujanos,* palabra no nacida en las cárceles sino, tal vez, en el barrio de los Tachos, allí donde *una bandada de chicos sucios y enfermizos oficiaban de cirujas, seleccionando huesos que guardaban cuidadosamente en bolsas de arpillera* [3].

Otras palabras surgen por defectuosa audición. Cualquiera que pronuncie *ofsaid* para expresar lo que en inglés se escribe *off side* pasaría por ser un pituco [4]. Lo correcto es pronunciar *orsái,* con erre rotunda y ruidosa. Así percibe ese modismo el oído reo. Tampoco el porteño dice bujarrón, como el castellano manda, sino *bufarrón,* por semejanza fonética con bufar y, ya así deformada la palabra, la apocopa en *bufo* y la convierte alternativa-

1 Descarto la intromisión de la germanía, aunque Juan Hidalgo consigne: "leones, calças".
2 Fernández Moreno, "Continuación", Buenos Aires, 1938.
3 Enrique González Tuñón, ob. cit.
4 Pituca es el diminutivo cariñoso de Petrona. El porteño dice *pituco* como podría decir marica.

mente en *bufacho* (por el polvo "buffach", insecticida popular a su hora), en *buzo* y en *buzón*. Por mal oído y falta de cultura ranta los muchachos de ahora casi no dicen *mangar*, como en la mejor germanía, sino *manguear*, con visibles vestigios de *mango*. Pero no ya por defecto de audición, sino de puro travieso, el lunfardo trocó *gingerbeer* en *chinchivirria*, y designó con este barbarismo una bebida compuesta de agua, azúcar y el fruto del calafate que los penados tomaban en Ushuaia.

Lo que con mayor abundancia se halla en el lunfardo son sinécdoques. En la germanía se da el mismo juego, pero mientras la germanía vincula ideas y al sombrero, por ejemplo, lo llama *poniente*, porque se pone, y por enterrar dice *plantar*, y al dinero le llama *sangre*, y *sangría* a la rasgadura que hace el ladrón para sacar el dinero, el lunfardo asocia a menudo palabras. Así, por ejemplo, al invertido lo llama *mino*, masculino de *mina*, y en seguida lo deriva a *ministro;* del enfermo dice que está *chacado*, pero luego lo hace *chacabuco;* al *alcahuete* (chismoso) lo trueca en *acaucil;* al gallego, en *gaita;* al cornudo, en *cornelio;* al *batidor* (delator), en *batistín* y *batilana;* a la bota en *botasión;* al piojo, en *píonono*, desdichado homenaje al santo y sufrido Pío IX [1], y cuando, en 1919, el aviador italiano Antonio Locatelli une el Atlántico con el Pacífico, no hay loco a quien no diga *locatelli*. Luego el señor Vacarezza se ensañó con todos los apellidos de la guía telefónica, pero de su ejercicio nada queda en bocas arrabaleras [2].

Apellido fué también —lo es— Musolino, y correspondió a José Musolino, bandolero siciliano cuya popularidad, surgida a comienzos de siglo, señaló el ocaso de la palabra *cambrón*. Así se llamaron, hasta el Centenario, los barredores de calles. *Los barredores y papeleros municipales más conocidos por cambrones*, documenta Fé-

[1] *¡Piantá píonono, que viene el peine!*, escribe Félix Lima. Y es mucho más lindo que un común ¡Sálvese quien pueda!

[2] El señor Vacarezza no hizo nada original. Tres años antes de que el señor Vacarezza naciera para el teatro, Félix Lima construía para "Caras y Caretas" frases como esta: *Vestía anteayer un Ermette Zaccone demasiado Cortínez.*

lix Lima. Villamayor trae: "*Musolino:* barredor municipal". Entonces fué cruel llamar a los mansos italianos edilicios con el nombre de su bravo paisano, pero la costumbre quita el agravio. Como en esta estrofa de Dante Linyera:

Y junando una mañana como un pobre musolino
rejuntaba los boyitos con cariñoso ademán,
la inspiración, como Pedro por su casa, se me vino
¡y empecé a escribir poemas enchastrados de gotán!

Así como se llamó *musolinos* a los barredores, se dijo *yoni* (de Johnny) a todo inglés o a la persona con pinta de tal; *cosaco* al agente de la policía montada y *canillita*[1] al vendedor de diarios. A su vez el gentilicio *ranero* adquirió una significación genérica. *Ranero* era el habitante de Las Ranas, barrio pantanoso y croante emplazado en el Parque de los Patricios, del que dejó escrito el próvido Félix Lima: *Las Ranas tienen sus chalets de latón armado, bajo cuyos techos agujereados cobíjase la haute femenina del malevaje.* Por esa haute consigna Villamayor: "Ranera: mujer ladrona. Aplicable también a la mujer del bajo fondo o conventillera que viste andrajosamente. Ranero: el querido de la ranera, o que anda en amores con mujeres sucias y vagabundas". Luego todavía *ranero* se extendió a todo lo pobre y mistongo, según estos rítmicos versos de Yacaré:

Yo que manyo los bulines tan mistongos, tan raneros,
tan sin pilchas, atrasados, tan patusos, tan fuleros,
me da estrilo y la coceo porque juno la calor...

Por virtud de la sinécdoque el lunfardo ha enriquecido notoriamente el acervo de su vocabulario. Ejemplos: el reo a los botines los llama *caminantes,* porque cami-

[1] *Soy Canillita,*
gran personaje,
con poca guita,
y muy mal traje.
recita el protagonista de "Canillita", la pieza de Florencio Sánchez, que Jerónimo Podestá estrenó en el Comedia el 4 de enero de 1904.

nan; *tarros, floreros* o *canoas,* por la forma; *camambuses,* híbrido de caminantes y ómnibus; *tamangos* nítido brasileñismo; *fanguses,* híbrido de fango y ómnibus, y *los de abajo,* imprecisa ubicación geográfica. Para la cabeza prefiere metóforas frutales: *coco, mate, melón;* o bien esta denominación arquitectónica: *azotea;* o, en todo caso, esta expresión cartesiana: *pensarosa.* Al whiskey lo llama *alpiste* [1], porque sabe que, para elaborarlo, se fermentan algunos granos, entre ellos, el alpiste; a la billetera, *casimba;* al cuello de la camisa, *yuguillo,* nombre éste de algunos fierros que van sobre la pechera de los caballos, donde se prenden los tiros; a los pies, *quesos,* por el posible olor; a las medias, *queseras;* a los aros, *colgantes; sotana* al saco; *soñadora* a la almohada; *ventanas* a los ojos.

Alguna vez la metáfora puede ser reversible. *Brete,* para Villamayor es el calabozo. En buen castellano es cepo. Peró no hay que figurarse que el lunfardo haya tomado su acepción del buen castellano, sino de la significación campera de sitio donde se acorralan las bestias. El lunfardo, cerrando el ciclo de la metáfora, se topa con el significado primitivo del vocablo. Lo mismo ocurre con *milonga.* Ésta es voz africana y significa enredo. Luego designó el baile de negros que todavía perdura, más o menos desvirtuado por las orquestas inexplicablemente denominadas típicas, y más tarde volvió a designar, tropológicamente, el mismo enredo de su significación imposticia [2]:

Yo he visto en esa milonga
muchos jefes con estancia,
y piones en abundancia
y majadas y rodeos...

Nada hay señalable en la circunstancia de que el lunfardo haya llamado *centenario* al billete de cien pesos, asociando la cifra con el centenario de la Independencia; o lo haya llamado *canario,* por el color. (Ahora,

[1] En Andalucía se llama *alpiste* a las bebidas espirituosas.
[2] "Martín Fierro", I, vs. 817/20.

al de mil pesos le dice *fragata,* por su decoración.) Tampoco lo hay en que llamara *alfiler,* al estilete; *caldosa* a la trompada que produce hemorragia; *cargar* a llevar dinero; *endomingarse* a vestirse con la mejor ropa; *orejero* al chismoso. En cambio, es por lo menos curioso el hecho de que algunas voces que expresaban meras variantes del robo tengan ahora una significación más amplia. De esto quedó advertido el lector al hablársele de *dar dique* y de *deschavar.* Lo mismo puede decirse del modo adverbial *al bardo,* de improvisada, cuyo origen se halla en el *trabajo de albarde,* que era el cumplido por el lunfardo, cuando salía a robar sin un plan determinado. Otras transformaciones se explican a continuación. *Cartón* se llamó al retrato de los ladrones que se circulaba entre los pesquisantes para facilitar las capturas. Un retrato muy circulado fué un *cartón junao,* y *cartón junao* fué también, simultáneamente, el ladrón demasiado conocido. *Caralisa* es el proxeneta o cafisho. El guapo, el orillero, era de rostro achinado y lampiño. De su cáfila surgieron los cafishos a quienes, en mérito a aquella lisura, agravada por pacientes biabas de cosmético, se los llamó caralisas. Y *caralisa* designa ahora al proxeneta. Al orillero también se lo llamó *sábalo.* El sábalo es un pez de lomo amarillento. Se lo pescaba en las orillas donde merodeaba el hampa. Consta en Fray Mocho: *¿Y del río qué me dicen? Siempre era un recurso. Lo tenía uno ahicito no más, como decía Ño Pantalión, y siempre se hallaba en la resaca un sábalo asonsao.* El pez transfirió su nombre a los vecinos y al conjunto de éstos se lo llamó *sabalaje.*

Diré, por último, que el lunfardo no rehuye la hipérbole. Palabra muy suya es *amasijar,* que equivale a golpear, sea hasta la muerte de la víctima o sin propósito homicida, pero, de cualquier modo, sin la más remota posibilidad de que el golpeado quede como un amasijo. Aunque, faltando a la verdad histórica, Enrique Cadícamo ha usado brillantemente ese verbo:

En esta cayeja sola
y amasijao por sorpresa

fué que cayó Eduardo Arolas
por robarse una francesa.

Pura hipérbole es también llamar *acanalar* a la mera acción de abrir un tajo en la cara; *carga* al dinero que se lleva en el bolsillo; *piojosa* a la cabeza y *mormoso* a cualquier agredido [1].

[1] El muermo, enfermedad infecciosa común al hombre y a los caballos, presenta síntomas lamentables: fatiga, malestar, dolores articulares, mucosidades espesas y estriadas de sangre que se acumulan en las fosas nasales en forma de costras negruzcas, etc. El que padece el muermo se llama muermoso. Aquí muermoso se hizo mormoso. Y así dice Fray Mocho: *¿Qué dirán en Italia si el señor... pinto el caso... llegase una mañana y a la tarde los pusiera mormosos al rey, al Papa y a todos los magistrados?*

NOTA SOBRE EL VESRRE

El vesrre es una travesura; no una jerigonza. En el prístino lunfardo —el de Benigno Lugones, el de Dellepiane, el de Fabio Carrizo— no tiene cabida. Ésta es una jerga fundamentalmente itálica (aunque no desconoce la germanía, de la que asume palabras tales como *gil, changador, cantar,* y logra también crear esta hermosa metáfora: *vaivén,* cuchillo). El hablar al revés, en cambio, parece ser un juego español. Juan Hidalgo recoge estas cuatro metátesis que lo prefiguran: *chepo,* por pecho; *lepar,* por pelar; *lepado,* por pelado, y *greno* por negro [1]. Todavía ahora el español, particularmente el madrileño, "invierte las sílabas de este modo, *mopri* en vez de primo" [2].

Villamayor consigna algunos vocablos invertidos: *darique,* querida; *jovie,* viejo. A juzgar por ellos, el mecanismo del vesrre es simplicísimo. Tiene, sin embargo, sus secretos. Un vesrre elemental daría, por ejemplo, tirba por *batir;* jebrame por *hembraje,* colimi por *milico* [3]. No es así. *Batir,* traducido al vesrre, da *ortivar;* hembraje, da *bramaje;* milico, *colimba. Ortivar* se forma de *ortiva,* batidor, y *bramaje* de *brame,* hembra. En cuanto a colimba, un subconsciente eufónico presidió su formación. *Cocinero,* billete de cinco pesos, es también un vocablo llegado por vía del vesrre: cinco, *cocín, cocinero.* Y *shomería.* He aquí el itinerario de esta palabra. *Mishio* o *misho* proviene del genovés *mishio,* que significa pobre, sin dinero. Interviene de manera muy im-

1 En los gauchescos abunda la metátesis, pero en ellos no es travesura, sino pura deficiencia prosódica.

2 Antonio Velasco Zazo, "Panorama de Madrid", Madrid, 1951.

3 Milico, por miliciano, ilustra a todos los gauchescos.

portante en dos popularizados cuentos del tío: el *filo misho* y el *toco misho* o *toco mocho*. El *filo misho* fué una cajita provista de un hilo mediante el cual se hacía girar un par de rodillos. El cuentero se la vendía al otario haciéndole creer que le serviría para imprimir billetes de banco. El *toco misho* era un paquete de recortes de diarios, llamado también *balurdo*, que se canjeaba a los giles asegurándoles que se trataba de un fajo de billetes. Como ni la caja ni el paquete contenían dinero, siquiera potencialmente, los lunfardos los llamaron *mishos*. De *mishio* se hizo *mishiadura*, pobreza, necesidad. Y de *shomi*, la divulgadísima *shomería*, que expresa objeto de mala calidad. *Mishiadura* mantiene un sentido genérico. *Shomería* es más particular.

Casi todos los buenos escritores porteños han incurrido en el vesrre. Discépolo repite, en uno de sus tangos más iconoclastas: *¿Qué sapa, Señor?* Carlos de la Púa, el Malevo, le dió jerarquía poética:

Mandando a bodega su troli de vino
junto con la mugre de un bar mishiadura,
está siempre escabio el vago Amargura
que, en tiempos pasados, fué un gran malandrino.

Ese *troli* de vino no habría podido ser reemplazado por un litro, ni por un vaso, ni por una copa, aunque la métrica consintiera el trueque sin dificultades.

No hay reo que no vierta al vesrre por lo menos un diez por ciento de su vocabulario, enriqueciendo a éste, naturalmente, porque, emitidas en vesrre, las palabras adquieren un matiz escéptico, burlón, sobrador, que el Diccionario de la Academia no consigue atrapar. Pero es casi seguro que los vesrristas más avezados ignoran este ilustre antecedente de su juego, perteneciente a don Luis de Góngora y Argote ("Vejamen que se dió en Granada a un sobrino del Administrador del Hospital Real, que es la casa de los locos"):

Ya que yo soy de la haz
hacedme del revés tordo,
doctor digo, y sea una burla
Giralda del Capitolio.

CUATRO VOCES PORTEÑAS

El *che,* la *macana,* la *cachada* y el *hincha* completan el orgullo y el distintivo del porteño. *Che* alcanza, en algunos países, jerarquía de gentilicio para designar a los argentinos. *Macana* ("palabra de haragana generalización", la llamó Borges en "El Idioma de los Argentinos", e impetró su muerte), y sus variantes más o menos ortodoxas son rápidamente incorporadas a su propio lenguaje por los huéspedes extranjeros en trance de halagarnos. La *cachada* entretuvo las reflexiones de Keyserling. El *hincha* es casi un héroe de esta época deportiva, y de su fervor y consecuencia dependen proficuas combinaciones financieras. Añado a la copiosa bibliografía que han logrado estos ligeros apuntes:

Che. Pronombre personal, según unos; interjección, según otros, no es sino el caso vocativo del pronombre tú. Se lo usa para requerir la atención de alguien: *¡Che!, negra bruja, salí antes de que te pegue un tajo,* trae Esteban Echeverría en "El Matadero". Otras veces sirve para enfatizar un apóstrofe:

Disculpame, che, ciudad, si todavía
mi verso, torcido y serruchado, tiene barro en los botines.
Nicolás Olivari

Mucho se divagó sobre su origen. Lafone Quevedo supone que deriva de *chi,* vocablo al que atribuye, en guaraní, el significado de ¡hola! Pero desgraciadamente en guaraní no existe la palabra *chi.* Lucio Mansilla cree que es préstamo de alguna lengua araucana. Hechos ciertos parecerían corroborar esta opinión. Entre las lenguas araucanas se cuenta la lengua che. En esa lengua, *che* significa hombre, gente, aunque sólo se emplea como sufijo:

puelche, hombre del oeste; tehuelche, hombre del sur. La lengua che se habló en el sur de Buenos Aires y en el territorio que es ahora provincia Eva Perón. Indios que hablaban en che trabajaron en las estancias sureñas y a veces llegaban a la ciudad a vender ponchos y baratijas. Sin embargo, en la lengua araucana carece *che* del valor enfático que adquiere en Argentina, Uruguay y Bolivia. Por lo demás, todo el mundo sabe que *che* corre abundantemente en algunas regiones de España, particularmente en Valencia, lo cual indujo a Ernesto Morales a suponer que fué llevado a la península por los conquistadores, y devuelto luego. Antes que Morales, don Juan B. Selva había compulsado esa posibilidad, pero los valencianos tienen el *che* por cosa muy propia. Monner Sans reproduce esta copla anónima, recogida —dice— en Jérica (Aragón):

En Zaragoza nací
y en Valencia estuve un año:
allí me llaman el che
y allá me llaman el maño.

Menos erudito, pero también significativo, es el testimonio de K-Hito ("Yo, García. Una vida vulgar", Madrid, 1948): *Del che valencianísimo me apropié en las primeras de cambio.* No me inclino a atribuir a *che* el viaje de ida y vuelta que sugirió Morales. Más convincente es la opinión sustentada, entre otros, por Ciro Bayo (aunque la autoridad filológica de este eterno trashumante no es muy grande): la de que nuestro *che* no es sino una derivación del *ce* españolísimo, usado desde antiguo para llamar la atención de alguien. Un inofensivo entretenimiento podría consolidar esta opinión: el de cambiar, en las transcripciones siguientes, el *ce* original por el *che* porteño.

Deletreaba una niña
mi talegón antiyer.
Con ce la llamé tapada
y me respondió con dé.

Francisco de Quevedo.

Parmeno, detente, ce, escucha qué hablan éstos.
"Tragicomedia de Calisto y Melibea", acto I.

Ce, señora Celestina: poco has aguijado.
Idem, acto III.

Vete, Lucrecia, a acostar un poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre?
Idem, acto X.

Ce, señora, ¿quién es?

Mateo Alemán en "Guzmán de Alfarache".

Macana. Con las nuevas cosas llegaron a la España descubridora, a la corte de los Reyes Católicos, las nuevas palabras: canoa, batata, hamaca, maíz, macana. La macana la conocieron, y dejaron constancia, Fernando Colón, Bartolomé de las Casas y Bernal Díaz del Castillo. En sus obras las rastrean aún los perdigueros de la filología. Oliver Asín asegura que es voz del taino, lengua antillana. Otros la prefieren, alternativamente, peruana y azteca, y aun se la ha supuesto voz española —macana— y tomada por Fernando Colón de una traducción de Marco Polo. Tenorio D'Alburquerque es muy abundante, al respecto, en sus "Questâos", y Daniel Granada muestra también, en los "Apuntamientos", su erudición. No hay discrepancias, sin embargo, en lo que concierne a la eficacia contundente de la macana, ya fuera rudimentaria porra, espadón de madera o, simplemente, mero bastón agresivo. Antillana, continental, europea o lo que fuere, la palabra macana no la heredamos de los indios sino de los españoles, y ya nadie la usa aquí para designar un arma [1] sino en su acepción traslaticia. Ya en 1902 se inquietaba Miguel Cané [2]: "El odioso macana que no se acierta a comprender cómo ha venido a significar disparate, despropósito, de su acepción primitiva y aceptada, aun en España, de arma contundente

1 Tito Saubidet, en su "Vocabulario...", trae: "*Macana.* Especie de arreador de cabo grueso de madera, con zotera más corta que el arreador". Pero consigna también la acepción tropológica: un bolazo, una mentira, un disparate o una exageración.

2 "Prosa Ligera".

usada por los indios". La explicación que demandaba Cané es fácil y ardua a la vez. Una metáfora supone una relación, generalmente fugaz, que no todos logran captar. ¿Habría podido explicar Cané por qué el paisano llama *bolazo* a la mentira? *Bolazo* y *macana* son, me parece, hijas de un mismo capricho.

¿Cuándo comenzó *macana* a significar despropósito y disparate? Antes de 1902, por supuesto; pero no demasiado antes. Se me ocurre que esta frase de Juan María Gutiérrez, perteneciente a su séptima carta a Antón Perulero ("La Libertad", edición del 29 de enero de 1876) coloca la palabra sobre la frontera de sus dos acepciones: "Refutarlas (sus razones) con el mismo comedimiento, con raciocinios, con demostraciones, sin encono, con la pluma, no con una macana". La macana no es, en la contienda literaria que libran Gutiérrez y Villergas, ni porra ni espadón; es, simplemente, cualquier cosa impensada e irrazonable, un ex abrupto, un domingo siete, un despropósito... una macana, en fin.

Macana entró poco y nada en la jerga arrabalera. El compadrito, hombre limítrofe de campo, no decía *macaneador* sino *bolacero* [1]. Macana es palabra culta que llegó al suburbio desde el centro, desde los salones de la gente leída. Constituye, quizá, el único aporte aristocrático a la jerga popular. Luego se introdujo en el campo, en el interior del país. Juan Alfonso Carrizo la sorprendió en un cantar mediterráneo:

Es famoso Luis Artaza
porque canta mil macanas...

No la encontramos en los artículos de Lugones ni en las "Memorias", pero sí en las cartas de Emilio Becher: *Aquí me tienes de redactor sin sueldo. Es una macana que he hecho* [2]. Cuando Unamuno prodigaba sus macanas, macaneos y macaneadores para halagar a los argentinos cultos a quienes se dirigía, quizá intuyera que el modestísimo tropo era una invención de la élite, no del

[1] Derivado de bolazo. También *bolazo* se transformó en *boleto* y dió *boletero*, mentiroso.

[2] Carta a Emilio Ortiz Grognet, "Nosotros", 2ª época, nº 15.

pueblo. Unamuno sabía que Martín Fierro no había leído a Fernando Colón. Y Guzmán de Alfarache tampoco.

Cachada. La cachada porteña —irónica, soslayadamente sobradora, cruel, provocativa, pegajosa— mereció muchas exégesis. No menos la palabra que la expresa. Soiza Reilly, en el prólogo que escribió para la "Luna del Bajo Fondo", el libro de Enrique Cadícamo, la vincula a los trompos. Dice: "En castellano puro se llama cachar al acto de arrojar en el juego del trompo un trompo contra el otro, para quitarle con la púa un trozo de madera. En lunfardo, *cachar* es burlarse de alguna persona que se cree importante, quitándole poco a poco, con disimulo, toda su importancia, cachándola y volteándola como si fuera un trompo". Podría suponérsela todavía derivada de *to catch;* pero ha de ser no más un italianismo, de *cacciare,* prender, cazar, del que también se hizo *cacha,* mango, puño, voz española perpetuada en el diccionario de Terreros y usual en países americanos. En Buenos Aires se dijo cazar por agarrar. Así en "La Caprichosa", un viejo tango que Villoldo escribió en 1904:

Tengo una criolla muy caprichosa
pero es un trompo para bailar;
cuando la cazo por la cintura
¡ay qué vueltita que le hago dar!

Y también *cachar* significa agarrar:

Por eso la mina aburrida
de aguantar la vida que le di,
cachó el baúl una noche
y se fué cantando así[1].

Por un proceso obvio *cachar* asumió su actual significación privativamente porteña: burlar. ¿No se dice, acaso, te agarré, para expresar te embromé, te sorprendí? Claro que la acepción no es nueva. En las "Memorias de un Vigilante" se lee: *Aquí el pillo se sonríe y dice con sorna: "me ha cachado señor, es decir, "Me ha embromado".*

Hincha. El *hincha* porteño es el *fan* norteamericano,

1 "La Chica del Ford", tango de Maroni y Scatasso.

no el *henchman*, como le gustaría a Luis Alberto Sánchez. Lázaro Schallman [1] advierte que los *hinchas* "abultan las noticias favorables a su club y exageran la importancia de tal o cual triunfo alcanzado por él". Y deduce: "quizá provenga de ahí el argentinismo, pues el verbo hinchar significa, en sentido figurado, exagerar, abultar una noticia o un suceso..." Apena tener que contrariarlo. El profesor Da Silveira Bueno, en la obra citada, señala francamente que "cuando cualquier cosa enfada se dice que hincha, sobreentendiéndose los testículos". Agregaré:

1. *Gonfiari i coglioni* es frase frecuente en boca de italianos. De ella, por conducto del piamontés *sgunfié*, llegamos a nuestro *esgunfiar*.
2. En los clásicos españoles se encuentra la misma expresión, aunque sustituyendo la palabra vedada por un pueril eufemismo: *¡Hola, Araujo! No me hinches las narices que, por esta señal que Dios aquí me puso —y era un lunar— y por aquella luz que salió por boca del ángel, y por el pan, que es cara de Dios, que esa tu cara te sarje.* ("La Pícara Justina", Libro II, Parte III, Cap. II). *No me hinches las narices con esas memorias; si no, enviarte he con nuevas a ella, donde mejor te puedas quejar.* ("Tragicomedia de Calisto y Melibea, acto XII).
3. Hinchar vale por fastidiar también en los clásicos: *Oírte ha nuestro amo, tenemos en él que amansar y en ti que sanar, según está hinchado de tu mucho murmurar* (ídem, acto XI).
4. *Hinchar* significa en buen porteño fastidiar, y del fastidioso se dice que *hincha.*

Este ha de ser, y no otro, el itinerario de la palabra *hincha,* aplicada primero al individuo monotemático y cargante, como todo fanático, y luego al mismo individuo, pero no ya en función de propagandista oficioso, sino de espectador y prosélito. Del deporte, la palabra pasó a la política, al cine, al teatro y a toda actividad capaz de suscitar reacciones gregarias.

1 "Coloquio sobre el lenguaje argentino", Buenos Aires, 1946.

ALGO SOBRE AFILAR

Para él no hay mujer fea. Afila con prontitud y esmero, a toda hora, escribió Félix Lima. "Afilar es voz familiar equivalente a nuestras frases "pelar la pava" o "hacer el oso", definió, a su vez, Díaz Salazar. Y Garzón: "Afilar, v. a. fig. y fam. Arg. Estimular, incitar un hombre a una mujer, y viceversa, requiriéndola con festejos y galanteos". La circunstancia, meramente casual, de que en la palabra *afilar* esté incrustado el afijo griego *filo,* que indica amor y afición, puede inducir a engaño, pero hay que reconocer que nadie ha cedido a esa tentación etimológica. En cambio Monner Sans[1] aporta, como antecedente —¡y parece que lo hace en serio!— esta estrofa de Lupercio Leonardo de Argensola:

Mirando Cloris una fuente clara
donde otras veces afilar solía
las armas desdeñosas con que hería
y en vano ahora contra mí prepara...

Don Juan B. Selva, en su "Crecimiento del habla", después de opinar que "ha nacido el significado por mera asociación de ideas, a la vista del afilador ambulante", recoge una carta que le envió Almafuerte, en 1915, donde se dice: "Yo creo que afilar ha tenido su nacimiento en el cuarto grado de las escuelas argentinas. Usted recordará que hace algunos años —tal vez 12, tal vez 15, tal vez 20— era texto de ese grado un libro de lectura titulado, me parece, "El lector americano", y en él se registraba una anécdota de Franklin: "Un hacha que afilar".

1 Ricardo Monner Sans, "Disparates usuales en la conversación diaria", Buenos Aires, 1923.

No le refiero el cuento ese porque usted ha de conocerlo, y el papel me va faltando: no me gustan las cartas de más de un pliego. Pues bien: afilar a una chica, o a los padres, o al patrón, o a los amigos, o a cualquier bicho viviente es, a mi modo de pensar, un achicamiento de esa frase: "ése tiene un hacha que afilar".

Si nuestros cultos lexicógrafos no profesaran al lunfardo el desprecio que le tienen reservado, habrían dado, fácilmente, con el origen de este verbo que la Academia no se atreve a desechar, aunque la pituquería ambiente lo haya sustituído por el cacofónico *flirtear*. *Afilar* no es sino el verbo lunfardo *filar*, agrandado por prótesis. "*Filar*. a. Hacer el cuento en el trabajo de otario o de cuento. En general, relatar una historia fingida para obtener algo de una persona, engañándola", ilustra cumplidamente Dellepiane en su vocabulario que —dicho sea de paso— es bastante anterior al libro de lectura recordado por Almafuerte. En el mismo tomo de Dellepiane se incluye, como apéndice, un poema lunfardo titulado "Encuentro con una china", en el que el autor relata cómo halló *una china muy mona, la otra noche en los Corrales*, y se dispuso a *lamentarla* (hacerle el amor), cuando la cortejada

empezó con que tenía
un bacán muy a la gurda,
y que ella no era una turra
que la pudieran shacar.
Me dijo, ¿piensa filarme
con un cuento tan fulero?
Soy mina de un mayorengo
y lo he de hacer encanar.

Esto no es tan delicado como el soneto de Argensola, pero me parece bastante más convincente.

Por si hace falta, recordaré que *filo* se llamaba al ladrón que hacía el cuento en los trabajos de otario o de cuento. El comisario Cortés Conde, en su libro "Cómo nos roban", asegura que en el cuento del billete premiado "intervienen por lo general tres individuos, con un rol de acción ya establecido. El primero es llamado

filo, o sea el que *afila* o engaña al candidato. El segundo es el que, simulando interesarse, da evidentes muestras de querer apoderarse del billete del hombre de campo, e insinúa a la víctima la conveniencia de hacerse cargo de él, y el tercero se llama "mirón" y es el que tiene la misión de alejar a las personas honestas que pudieran intervenir y hacer fracasar la estafa".

¿De dónde sacaron los lunfardos la palabra *filar*? Juan Hidalgo la registra, es cierto, pero con un significado completamente distinto: cortar sutilmente. Algo hay, sin embargo, que hace pensar en un origen español. Ese algo es lo siguiente:

El Diccionario de 1780 define "darse un filo" como "juntarse varias personas a hablar sobre alguna cosa o materia, que por lo general se entiende del murmurar de otros". Baltasar Gracián ("El Criticón", p. 3ª, crisis IX) no ignora ese significado: "...en todos los siglos, aun los mayores, las águilas caudales tuvieron necesidad de volar a ella y darse unos filos de Roma..." Y tampoco la picaresca: "Ya me parecía que no tenía el mundo ciudad como Bolonia, donde apenas habría metido los pies cuando me dieran mi hacienda, tuviera que gastar y mocitos estudiantes, gente de la hampa, de mi talle y marca, con quien pudiera darme tres o cuatro filos cuando quisiera". ("Guzmán de Alfarache", Segunda Parte, Lib. II, cap. II).

Si de *darse un filo* el español derivó *filatería* ("demasía de palabras para explicar un concepto", según el Diccionario de Autoridades), de *filar* nosotros hicimos *afilar*, y luego *afile, afilador* y *filo*.

ATORRANTE Y SU ORIGEN

"Yo confieso —dice la protagonista de "La Pícara Justina", de López de Ubeda —que es éste un tiempo en que el zapatero, porque tiene calidad, se llama Zapata, y el pastelero gordo, Godo; el que enriqueció, Enríquez, y el que es más rico, Manrique; el ladrón, a quien le lució lo que hurtó, Hurtado; el que adquirió hacienda con trampas y mentiras, Mendoza" (Lib. I, cap. 2). A algunos vocablos porteños se los supone formados mediante aquel procedimiento. Uno de ellos, el más sobado quizá por el diletantismo filológico, es *atorrante*. Castex, por ejemplo, opina que proviene de *hato errante*, porque los vagabundos, los *atorrantes*, siempre vagan con un hato a cuestas. Santamaría[1] reproduce esta increíble deducción con una seriedad realmente cómica. La Academia define al *atorrante*: "vago, callejero y generalmente sin domicilio y que vive de pordiosear". Anota también que se trata de una voz americana. En esto la Academia es más terminante que Segovia, quien sólo dice, con singular prudencia: "parece un americanismo". La mención del pordioseo que formula la Academia, pero que no traen Díaz Salazar ni otros, debe de haber inspirado cierto conato etimológico de bastante circulación. De acuerdo con él, en los almacenes de fin de siglo, cuando aparecía algún desocupado en busca de trabajo lo empleaban en torrar café. Se dice que por entonces todos los almacenes ofrecían el espectáculo de un sujeto, mal entrazado, junto a la tostadora, a quien, porque torraba el café, lo llamaban atorrante. El venerable don Julio Castellanos me aseguró que las cosas fueron así.

[1] Francisco J. Santamaría, "Diccionario General de Americanismos", México, 1942.

Ocurre, sin embargo, que antes de que comenzara a usarse la voz *atorrante* se usaba ya el verbo lunfardo *atorrar*, que no significa tostar, sino dormir. Miguel Cané en "Prosa Ligera" asegura al señor Abeille que la palabra *atorrante* es de introducción bastante reciente en "el idioma nacional de los argentinos". "Después de haber vivido más de un cuarto de siglo —dice— la vi por primera vez en mi tierra, allá por el año 1884, de regreso de Europa, donde había pasado algunos años. Y no es que hubiera vivido en mi país entre académicos y prosistas, pues hasta cronista de policía sustituto había sido en la vieja "Tribuna". Por el año en que escribía Cané el vocablo se había popularizado mucho. Garzón, en su minucioso "Diccionario Argentino", trae una cita de Martín Gil, que data de 1901, y otra tomada de una crónica de "Los Principios", de 1902. Dellepiane consigna dos —una para *atorrante* y otra para *atorrantismo*— nada menos que de Rubén Darío y tomadas de la edición de "La Nación" correspondiente al 29 de abril de 1894. Pero no hay ningún motivo razonable para pensar que la palabra *atorrante* haya tenido alguna circulación antes de que Cané se marchara a Europa, en 1881, sin haberla escuchado nunca. El verbo *atorrar* (dormir) circulaba, en cambio, desde antes entre la gente del hampa. Lo consigna, en efecto, Benigno B. Lugones en "Los caballeros de industria": *En la estafa el gil ve los objetos con que va a ser robado, pasea con los lunfardos, a veces morfila* (*come*) *y atorra* (*duerme*) *con ellos.*

El *hato errante* de Castex-Santamaría y los tostadores de café pierden, sin duda, su razón de ser ante esta comprobación. Queda en pie, sin embargo, un ensayo etimológico curioso y *ben trovato*. Se dice que a fines del siglo pasado los vagos solían pernoctar en un depósito costero, dentro de los tubos destinados a derivar las aguas del río. Se dice, asimismo, que aquellos tubos ostentaban la inscripción A. Torrent, nombre de su fabricante. Como los vagos se convertían en huéspedes de A. Torrent se los llamó *atorrantes*. ¿Dónde estaba el depósito? En las "Memorias de un Vigilante" se dice del café Cassoulet, emplazado en Temple y Suipacha, que "era un verdadero hervidero del bajo fondo social porteño: allí se baraja-

ban todos los vicios y todas las miserias humanas, y allí encontraban albergue todos los desgraciados que aún tenían un escalón que recorrer antes de llegar a los caños de las aguas corrientes que, apilados allá en el bajo de las Catalinas, ofrecían albergue gratuito".

Diez años antes de que Benigno Lugones consignara el uso del verbo *atorrar,* Buenos Aires contaba ya con aguas corrientes. A raíz del cólera, el 23 de abril de 1867, se dictó una ley por la que se autorizaba al gobierno a ejecutar obras de salubridad pública, y algún tiempo después marchó a Gran Bretaña un emisario que adquirió maquinarias y cañerías. El 24 de diciembre de 1868 se probaron las máquinas, ya instaladas, y el 4 de abril de 1869 se libró al público el servicio de aguas corrientes. Lo que no he podido comprobar es si los caños adquiridos en Gran Bretaña llevaban la inscripción famosa. De cualquier manera, la teoría que las hace indispensables suma más puntos a su favor que las otras ya citadas. Quedaría ahora por averiguar por qué, si los caños en cuestión llevaban realmente la leyenda A. Torrent, no se derivó *atorrentear* en vez de *atorrar*. Quizá sea prudente pensar en *atorrar* como en una palabra de importación, por muy porteña que parezca. Más porteño que *pibe* no hay nada y lo trajeron los inmigrantes [1].

[1] Al insinuar esta hipótesis descarto la risueña opinión de Roberto Arrazola, quien sugiere una inverosímil filiación vasca.

LEXICÓN AGRESIVO

Fué Fernando Ortiz Echagüe quien advirtió que "el argot porteño es de una riqueza imponderable en expresiones pugilísticas". "Desde la *empavonadura de un ojo* hasta la *rajadura de la leva,* dice, hay una infinita variedad de formas para definir todos los matices de la agresividad indígena". La observación adolece de un error, por lo menos. No son las variantes de "la agresividad indígena" las definidas por el lexicón arrabalero, sino las distintas aplicaciones de una técnica importada. La "agresividad indígena" —siempre a la defensiva, de la dignidad o de la vida— prefería el mudo cuchillo, y su mecánica era, más o menos, ésta:

> *...el poncho a medio envolver*
> *y el alfajor en la mano,*
> *con el corazón en Dios*
> *y en el santo escapulario*
> *de nuestra Virgen del Carmen,*
> *haciendo cuerpo de gato...* [1]

Además, la variedad de formas anunciada por Ortiz Echagüe está muy distante del infinito. Nunca alcanzará el número de las de que dispone el caló para significar cada una de las sutilezas del latrocinio. En general, el porteño que *faja* [2] tiende a asimilar el castigo a los comestibles. El ejemplo más transitado lo proporciona el rudimentario *bife,* vejación refinada que no busca herir, sino humillar. La *castaña,* la *piña,* la *torta,* el *bollo,* son otros exponentes, vegetales y de repostería, de aquella

[1] Bartolomé Hidalgo, "Nuevo Diálogo".
[2] *Fajar,* por golpear, es acepción que no desconoce el español.

tendencia. Asimismo la *biaba* y la *miqueta*. Esta última es de filiación genovesa: *miccheta*, pan largo de tipo francés. Ahora está en desuso, pero no careció de popularidad, y las antologías de la poesía rea, aun por compilarse, la recogerán en estos versos de Yacaré:

Hoy la yuta está a la carga con miquetas y trompadas...
Hoy la viuda a los chorizos los trabaja a la vaqueta...

La *biaba* en genovés es *biava* y circula, lo mismo que en otros dialectos peninsulares, con dos acepciones: la imposticia, avena (*biada*, en buen italiano), y la traslaticia, paliza. En estricto lunfardo la biaba es una suerte de robo practicado con violencia. Explica el profesor Eusebio Gómez en "La mala vida en Buenos Aires": "Preséntanse de vez en cuando salteamientos. Sus autores son los *biabistas*, porque dan la *biaba;* es decir, porque golpean o hieren, y según haya habido o no derramamiento de sangre la *biaba* es con caldo o seca". Prefiero, por poética, la definición de Félix Lima: *La biaba es taparle una ventana al prójimo.* La *biaba* involucra varios procedimientos, desde la conocida *furca* (del genovés *furca*, horca), que se ejerce sujetando a la víctima por la espalda y colocando el codo sobre su barbilla y la rodilla derecha sobre sus riñones, hasta el *biandún*, un cachiporrazo alevoso que se aplica entre la oreja y la clavícula. Estas variantes trascienden, además, al terreno tropológico, que brinda siempre tan generosos horizontes, y permiten a Iván Diez elaborar esta figura:

...dejá que mi pluma, derecha y rasposa,
te ligue, talope, su biaba de miel...

En "Niño Bien", el tango de Soliño, Fontaina y Collazo, la biaba es de gomina. En general sus posibilidades retóricas son innumerables: *biaba* de tallarines, *biaba* de tintura, *biaba* de cosmético [1].

[1] Este breve léxico agresivo-comestible suele ser bisexuado. Los vocablos que en grado positivo son femeninos, se masculinizan en el superlativo: ***biabazo, galletazo, tortazo, piñazo*** o ***piñón, miquetazo.***

Fuera ya de la mesa y la cocina el vocabulario de la agresión suburbana oscila entre el itálico *cazote* y el español *mamporro*. A veces apela a la onomatopeya y surge el olvidado *fastrás*, popularizado por los payasos de los viejos circos porteños. Otras, a la metáfora, y aparecen los ojos *empavonados* que el reo, si revisara el diccionario, llamaría *pavonados*, y la *marimba*, que se encuentra lo mismo en Eduardo Gutiérrez: *Parece increíble, dijo, que en todo San Nicolás no haya habido un hombre que le sacudiera una marimba de palos* ("Hormiga negra") y en Cele Flores ("Lloró como una mujer"):

Como entró a escasear el vento me diste cada marimba que me dejaste de cama, con vistas al hospital...

LA GAYOLA

Lo mismo que para el germano, para el lunfardo la cárcel no es un castigo sino una mansa resignación. Burlarla es un entretenimiento, un inquieto juego de azar. Puede asustar la cárcel al delincuente ocasional, al que se desgració, al resentido social que se larga a moreirear, no a los lunfardos. Éstos son hombres perezozos e indolentes a los que el calabozo promete un ocio barato. Tal concepto promisorio de la cárcel se expresa en los vocablos con que se la designa. La *quinta* llamaban los lunfardos a la Penitenciaría, aludiendo a los jardines circundantes. Esa placidez los hacía olvidar de los barrotes. También la llamaron la *juiciosa*. Son palabras que trasudan una sensación de aquietamiento y de descanso. En "Moneda Falsa", de Florencio Sánchez, el protagonista, un típico lunfardo, afronta la cárcel con una serenidad que pasma. La delincuencia es, sin duda, primordialmente, una búsqueda del ocio: al cabo resulta demasiado trabajosa. La cárcel promete sosiego. Queda, es cierto, el prejuicio de la libertad. Pero la libertad sin dinero no es libre. Uno es siempre prisionero de sus necesidades, de su trabajo. El lunfardo no carece de capacidad reflexiva ni de una elemental filosofía y para él, como para muchos otros, la libertad es el ocio. Finalmente se sentirá más libre en la cárcel que en una fábrica.

Por la sinonimia deduzco que la cárcel no es aterrante para el delincuente profesional. Enjaular es, en germanía, el eufemismo más frecuente de apresar. "A todos nos enjaularon", dice, jovial, Guzmán de Alfarache. (Parte I, libro III, cap. VIII). La jaula supone, es cierto, privación del vuelo, pero también supone alimento seguro. De jaula es sinónimo *gayola*, a la que debe su nombre el

tango de Tagini y Tuégols. *Gayola* es una vieja palabra, muy usada en España, no sólo con su significado impostizio, sino también con el figurativo de cárcel que la Academia no olvida. Américo Castro nos ilustra cumplidamente [1]: "De *caveola* salen fácilmente *cayuela*, *cayola* y *gayola*, propias del español antiguo; esta última forma sobrevive en portugués y en andaluz (con significación algo mudada); incrustada en vascuence hallamos *kayola*: en fin, Cayuela sólo queda como nombre de lugar (Burgos) o como apellido. Para resolver el problema hay que saber que en francés *ca* inicial del latín da *cha* y *ga* da *ja*; en latín, junto a *caveola* debió de haber otra forma con inicial distinta, *gaveola*. De esta última se originó *jaiole*, *jaole* (moderno *geole*, prisión)".

Canasta es otro sinónimo de cárcel. Corresponde, como *capacha*, al germanesco banasto y está dentro del juego metafórico que implica *gayola*. *Cufa*, del genovés *cuffa*, que en italiano es *coffa*, viene a ser la versión ligur: *...una vez repartieron la palabra galleta a la marchanta y lo metieron en cufa*, anota Félix Lima. En cambio *cafúa*, voz portuguesa, tiene una significación más sombría: caverna, escondrijo. Pero ningún sinónimo de cárcel es tan usado como *cana*. Es un italianismo derivado de *encanar*, apresar, meter en la cárcel. Benigno L. Lugones recoge el verbo *encanar* pero no el sustantivo *cana*: *El punguista que es encanado estrila en los primeros momentos*. *Canne*, en argot, es la policía; pero no debe buscarse allí el origen de *cana* que tampoco es, afirmo, una abreviación de encanastar. A veces se oye, ciertamente, *encanastar* por apresar, pero sólo ha de ser por el mismo capricho que de *guita* hizo *guitarra* [2] y de loco, *locatelli*. Digo que *cana* es un italianismo y señalo su origen en *incanare*, que en italiano es atraillar los perros. En ciertas regiones peninsulares —Malagoli lo recuerda— los chicos juegan *a canne* y del que es atra-

[1] Américo Castro, "Lengua, Enseñanza y Literatura", Madrid, 1924.

[2] *Guitarra*, he oído decir, se le llama a la billetera porque se toca. Pienso como Rafael Salillas: "Guitarra viene de *guita* que, como todo el mundo sabe, significa en la jerga habitual dinero".

pado se dice que es *incanato*. (La idea de traílla va implícita en la germanesca *trena*.) *Cana* es ya, indistintamente, la cárcel y la policía. *Dar la cana*, sorprender a alguien en un delito. *Batir la cana* (más lógico sería decir *batir a la cana*, pero el uso es más poderoso que la lógica), delatar [1].

[1] Hidalgo registra estos sinónimos de cárcel: *angustia, ansia, banco, banasto, confusión, exército, horno, madrastra, penas, temor, trápala, trapana, trena, tropel, trabajo. Angustias, ansias, penas y trabajo* expresan, más que cárcel, galera. *Horno* y *confusión* expresan calabozo. Para la cárcel lisa y llana quedan los vocablos menos duros: *madrastra, banasto, trápala, trena, tropel.* Villamayor trae estos equivalentes: *brete* (calabozo), *cafúa, cana, capacha, cuja* (que también es la cama del perro) y *gayola.*

TANGO Y ALCOHOL

Para el protagonista del tango el amor no es una conquista alegre, brillante y efímera. En realidad la gran pasión porteña —también argentina— es la amistad. Hasta ahora no sucumbió bajo el aluvión inmigrante. Todavía es más repudiable ser *falluto* que ser ladrón. Para la filología, la palabra amistad se forma sobre la raíz de amor; para el porteño, amor se forma sobre la raíz de amistad. Excepcionalmente le interesa al reo un amor comprado o asumido por la fuerza. Quiere un amor voluntariamente otorgado, lo cual ya supone una garantía, ciertamente no muy sólida, de fidelidad. (*Yo no quiero amor de vento, yo quiero amor de amistad... Nada de palabras dulces, nada de mimos y cuentos...Yo quiero una compañera pa batirle lo que siento; una mujer que aconseje con criterio y con bondad*, dice un tango de Cele Flores, y es casi una definición.) Ante una arisca voluntad femenina el porteño, si no ha sido corrompido por las películas norteamericanas, llora... Y *hasta a veces se encurdela.* Por esto, el alcohol ocupa, entre los elementos del tango, un sitio muy importante, junto al cotorro, la guitarra y, eventualmente, el farolito.

De todos los borrachos del tango el más famoso es, sin duda, el del *viejo almacén del paseo Colón*, trovado por Juan Caruso y Francisco Canaro. Es un borracho; ni un *curda* ni un *escabio;* un borracho de bebida triste y confidencial. (Bebida blanca, bebida de grano, sin duda, porque el vino —lo dice la Biblia— alegra el corazón.) La sinonimia rea está virtualmente excluída del tango. Contursi inauguró *encurdelarse;* a veces aparece *mamao* y también *escabio;* nunca *machao,* ni el que se agarró un *peludo* o una *tranca;* jamás el tipo *en pedo.*

Es que estos vocablos de esquina trascienden un dejo despectivo que no cuadra a la borrachera tanguística, digna y respetable, porque es un elemento del amor. Pero, ausentes del tango, integran, sin embargo, estas palabras la jerga porteña y si *macha, tranca* y *peludo* casi no se oyen, en tanto que *curda* y *en pedo* se afianzan sólidamente, todas aparecen en la literatura rea y merecen un recuerdo. Se lo consagro:

Macha. Es un quichuismo (del verbo *machacu*). Más que porteña, es voz del interior; pero nos la han aclimatado los provincianos.

Tranca. Según Tiscornia, es un dialectismo español. Cuervo lo registra en Bogotá. Cualquiera lo puede hallar en "Martín Fierro" (I, vs. 1147-8):

Como nunca en la ocasión
por peliar me dió la tranca...

Peludo. "Gobierno Gaucho", de Estanislao del Campo, comienza:

Tomé en casa el otro día
tan soberano peludo
que hasta hoy, caballeros, dudo
si ando mamao todavía...

El que lo desee puede creerle a Ciro Bayo [1] cuando dice: "Por causa del peludo, como decían los vaqueros, aludiendo indistintamente a la panzada que de él se daban y a las libaciones con que la acompañaban". Y quien no le profese mucha fe a Ciro Bayo está en libertad de pensar que se trata de una derivación de *pedo*.

Escabio. Panzini registra: "*scabi*, vino, en el lenguaje de los ladrones". De *escabio* derivan el verbo *escabiar* y el adjetivo *escabiao*. Escabio se usa también como adjetivo.

Mamarse. Es voz de germanía. *Mamao* aparece en Fray Mocho: *Mire Rodríguez, me dijo... porque lo que es de Catanga no me trata ni mamao...* También en la vieja copla orillera:

[1] Ciro Bayo, "Por la América Desconocida", Madrid, 1927.

Bicho feo,
carancho asao,
tiráte al río
si estás mamao.

Y antes todavía en Ascasubi ("Santos Vega", vs. 3.672-4) ya parecía *mamarse:*

que ese diablo los secó
hasta mamarse, y que luego
con la tranca los perdió...

Además, derívanse *mamada*

Calculen cómo sería
la mamada que agarré,
que sin más afiguré
que yo era el mesmo Gobierno

(Estanislao del Campo, ídem)

y *mamúa*: *Raro sería que el espectáculo de tanta continencia en la tajada, de tanta dignidad en el balanceo, no impresionara a nuestros mamúas más eminentes.* (Fernando Ortiz Echagüe, ob. cit.).

Mamada ya no se oye y *mamúa* designa, indistintamente, la borrachera y el borracho.

Curda. Puede, asimismo, ser la borrachera o el borracho. *Encurdelarse* es embriagarse. *Curdela* es el ebrio. Todas son voces de origen gitano (*curdá,* embriagarse; *curdó,* borracho, trae Salillas). Soiza Reilly, en el citado prólogo a la "Luna del Bajo Fondo", de Cadícamo, dice que "cuando en 1912 Italia consiguió arrebatarle a Turquía la región de Trípoli, en el Africa septentrional, la guerra repercutió en la Argentina con gran intensidad, los telegramas eran saboreados entusiastamente y las palabras más extrañas se hicieron populares... Entre los soldados turcos los que más ruido hacían eran los curdos, o sea, habitantes de la región del Curdistán (Asia). Según los telegramas, los curdos no podían pelear si no les daban alcohol en abundancia. La palabra *curda* y su derivado *curdela* se incorporaron al idioma del Río de la Plata como sinónimo de ebrio". Pese a tan curiosa expli-

cación, Pabanó registra la palabra, además de Salillas. En algunas partes de España *curda* y *curdela* son tan corrientes como en Buenos Aires. Por eso, antes de que Carlos de la Púa nos informara que

Suelo a veces, curda, cuando estoy de farra,
deschavar cantando mi vida runflera

ya había escrito Vital Aza:

Lo cierto es que se junta con sus iguales
y pillan unas curdas monumentales...

Curda circula en otros países de América, aunque lo haya olvidado el profesor Malaret. Así, por ejemplo, escribe Antonio Arraiz en "Todos iban desorientados": *Así habrá sido la curda de anoche, pensó, mientras buscaba una llave.*

Empedarse. Sobre el origen de *empedarse* se han escrito cosas deliciosas. Hasta del griego se lo quiere traer [1]. Sin embargo, los españoles de la época de Berceo decían *embebdarse* para expresar lo mismo:

Entró enna bodega un día por ventura,
Bebió mucho del vino, esto fo sin mesura,
Embebdóse el loco, issió de su cordura,
Iogó hasta las viésperas sobre la tierra dura [2].

Ahora se dice embeodarse, según la Academia y las buenas plumas registran: *Cuando se embeodaban don Manuel y sus pelafustanes, sus constantes seguidores, aquello era un volcán en erupción* (Artemio del Valle Arizpe). Embeodarse es la transformación culta de *embebdarse*. Paralelamente se produjo una transformación vulgar, motivada por el cambio de la labial débil en fuerte (b en p) y la pérdida total del fonema labial (b) delante de la dental (d), casos ambos frecuentes en nuestra lengua. Del mismo modo de rabo se hizo rabosa y después

[1] Ver, para divertirse, "El porvenir del idioma español en la Argentina", de Ramón C. Carriegos, Buenos Aires, 1928.

[2] Gonzalo de Berceo, "Milagros de Nuestra Señora", Milagro XX.

raposa, y del arcaico dubda procede duda [1]. Luego, por analogía fonética con pedo, de peerse, surgieron otras voces: *pedo*, borrachera; *apedarse*, emborracharse; *estar en pedo*, estar borracho; *de pedo*, por casualidad y *al pedo*, inútilmente [2].

[1] "Veo en vuestras cartas que en algunos vocablos ponéis *b* donde otros no la ponen, y así decís: *cobdiciar, cobdo, dubda, súbdito...*", Juan de Valdés, "Diálogo de las Lenguas".

[2] Ni *empedarse* ni *en pedo* son lunfardos. *Apedarse* aparece en Ascasubi y Hernández. Hernández también usa *en pedo*.

TANGOS CITADOS

A la luz de un candil, de J. N. Navarrine y G. V. Flores.
Cafetín de Buenos Aires, de Enrique S. Discépolo y Mariano Mores.
Canchero, de Celedonio E. Flores y Antonio De Bassi.
Corrientes y Esmeralda, de Celedonio E. Flores y Francisco Pracánico.
Che, bandoneón, de Homero Manzi y Aníbal Troilo.
Chorra, de Enrique S. Discépolo.
El Ciruja, de F. A. Marino y Ernesto de la Cruz.
El taita del arrabal, de Juan Caruso y Francisco Canaro.
Esta noche me emborracho, de Enrique S. Discépolo.
Garufa, de Roberto Fontaina, V. Soliño y J. A. Collazo.
La caprichosa, de Angel G. Villoldo.
La chica del Ford, de Enrique Maroni y A. Scatasso.
La goyola, de Armando Tagini y Rafael Tuégols.
Llevátelo todo, de Rodolfo Sciammarella.
Lloró como una mujer, de Celedonio E. Flores y José M. Aguilar.
Mano a mano, de Celedonio E. Flores, Carlos Gardel y José Razzano.
Maula, de V. Soliño y A. Mondino.
Mi noche triste, de Pascual Contursi y Samuel Castriota.
Muñeca Brava, de Enrique Cadícamo y Luis Visca.
Niño bien, de Roberto Fontaina, V. Soliño y J. A. Collazo.
¡Padrino pelao!, de Julio A. Cantuarias y Enrique Delfino.
Palermo, de Juan Villalba, Hermido Braga y Enrique Delfino.
Por seguidora y por fiel, de Celedonio E. Flores y Ricardo L. Brignolo.
¡Qué sapa, señor!, de Enrique S. Discépolo.
Sentimiento gaucho, de Juan Caruso y Francisco Canaro.
Viejo smoking, de Celedonio E. Flores y Guillermo Barbieri.

INDICE ALFABETICO

de las palabras estudiadas en este libro

(Los números indican la página)

LISTA ONOMASTICA
de autoridades citadas

ÁPENDICE

En la transcripción de estos dos artículos —hecha posible por gentileza del diario "La Nación"— se ha actualizado la ortografía.

LOS BEDUINOS URBANOS, por Benigno B. Lugones, "La Nación", Buenos Aires, 18 de marzo de 1879.

Los Beduinos Urbanos

(BOCETOS POLICIALES)

La sociedad, o para precisar mejor, los hombres honrados, viven bajo la acechanza constante y perenne de una fracción de individuos que, siendo una minoría numéricamente insignificante, dominan la inmensa masa de las poblaciones, apropiándose —para vivir— lo que otros han ganado.

Esos hombres, en quienes toda noción de moral está borrada, ahogada por el más sórdido egoísmo, por la más estúpida negación del buen cálculo de la vida, esos hombres —decimos— constituyen una población flotante que refleja una parte del carácter nacional, pero que tiene uno *sui· géneris*, adaptado, como es natural, a las condiciones y circunstancias del ser en quien se encarna.

Se engañaría quien creyera que ese tipo no tiene a su vez una parte de influencia sobre el carácter de la sociedad en que vive y se desarrolla: el estudio de nuestra propia etnografía sería, pues, incompleta, si él faltara en el vasto cuadro de aquélla.

Si al punto de vista sociológico es útil la pintura de sus hábitos y costumbres, no lo es menos al punto de vista de la seguridad individual, en cuanto se refiere a la integridad de las fortunas y la vida de las personas, que puedan ser víctimas —aquéllas y ésta— de ataques directos, ocultos y desgraciadamente no castigados con el debido rigor.

¿A quién no interesa seguir al *ladrón* en sus manejos habituales para robar, en la manera de esquivar las penas judiciales y en los hábitos de su vida privada? Si la policía, que conoce todo eso, trasmite al pueblo sus conocimientos, ¿no se habrá ayudado a sí misma, mostrando los peligros, para que sean evitados por los mismos que van a caer en ellos?

¡Felices si podemos mostrar, aunque sea una pequeña parte de esa comedia de magia, que representan diariamente con injuria de las leyes, y en detrimento de grandes intereses, los miserables que viven la vida de la infamia!

Hablemos un momento el *caló* de los ladrones, sigámoslos en sus maniobras, descubramos la estrategia que les es propia, mostremos

la táctica cuyas reglas sirven para apoderarse del bien ajeno —aun cuando sea por el vidrio roto de una ventana o el agujero de una llave— miremos y observemos el hogar doméstico de un ladrón, el nido de aves de rapiña que lanza hoy el animal adulto y preparan los pichones, para lanzarlos mañana sobre la vida y la hacienda del que trabaja.

*

* *

La acción de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, puede ejecutarse por medios muy diversos, según procederes variables al infinito, con arreglo a cada caso particular; pero toda especie de robo puede relacionarse a dos grandes clases: el robo propiamente dicho, y la estafa.

Abandonemos esta última para otra ocasión, y ocupándonos sólo de aquél, sigamos subdividiendo para clasificar, según lo han hecho ya los *lunfardos* (ladrones) [1].

1º Robo en que el ladrón saca los objetos del bolsillo del robado: *punga.*

2º Robo en que el ladrón entra a una casa o edificio para hacer el *trabajo*: *escrucho* [2].

3º El salteamiento, en que el ladrón ataca armado en calles, plazas, caminos o casas abandonadas: *beaba.*

En el ejercicio de este arte, como en el de la medicina, hay talentos generales que abrazan todas las ramas: son los *lunfardos a la gurda,* maestros reconocidos, que sólo hacen *trabajos* de mucho valor.

Pero hay inteligencias que se especializan: de ahí que haya *lunfardo* que se dedica exclusivamente a las *pungas*: *el punguista;* o al *escrucho,* el *escruchante,* o a las *beabas, el beabista.*

Entre estos especialistas hay muchos que hacen *trabajos michos* y *a la gurda* (insignificantes y de valor) y otros que sólo se dedican a *trabajos a la gurda,* despreciando los *michos,* como indignos de sus aptitudes y seriedad.

*

* *

El *punguista* es, en general, cobarde; viste siempre bien y jamás anda solo, aun cuando lo aparente, por el hecho de no llevar persona alguna a su lado. Diez o doce pasos tras de él va su compañero, de manera que cuando *da golpe* (roba) la *punga* se la pasa al acompañante, y en caso de ser *a la gurda,* a más de un cofrade, pasando en ocasiones por cuatro o cinco manos.

[1] Pronúnciese en esta y demás palabras del *lunfardo* la ch como en la lengua francesa.

[2] Las palabras subrayadas que en adelante se encuentren, pertenecen, como *lunfardo,* al *caló* de los ladrones.

Para ser buen *punguista* es preciso ser inteligente, vivo, astuto y regularmente educado.

Tres *punguistas* se unen para *chacar a un otario* (robar a un zonzo); uno le da conversación, otro le roba y el tercero guarda la *punga* y *espianta* (se va).

Durante toda esa maniobra los *lunfardos* fingen no conocerse.

Cuando en una reunión pública se producen aglomeraciones de gente, y olas de personas chocan por pasar en distinta dirección por un mismo paraje, el agente de policía inteligente va al sitio del desorden, seguro de encontrar seis o siete *punguistas* que generan y fomentan el barullo y la confusión para *trabajar*.

En los tramways y ferrocarriles, aprovechando días de funciones que ocasionan afluencia de gente, los *punguistas trabajan a la gurda*, y entre otros de los medios que usan para robar, no es el menos ingenioso el siguiente:

Al ir a subir o bajar un pasajero, el *punguista* coloca su pie en el estribo para que aquél lo pise; la persona que va a ser robada, el *otario*, no ve esa acción, pisa fuerte, y cuando nota lo que ha hecho, se sorprende de su torpeza, da un salto o ejecuta un movimiento hacia atrás, encogiendo el cuerpo al mismo tiempo que presenta sus excusas: en ese mismo instante, aprovechando la distracción ocasionada por la sorpresa y aquellos movimientos del *otario*, *el punguita, le refila el bobo o la música* (el reloj o la cartera).

Para las señoras y los ancianos, los medios varían, y el más común es el que pasamos a exponer, sencillo y más ingenioso que el anterior, pero que requiere mayor ligereza de manos en el *punguista*.

Dos *lunfardos* se colocan en la plataforma trasera y en la delantera uno, que va como al descuido, colgado de la correa del timbre.

El *otario* hace parar el carruaje, camina hacia la plataforma, y cuando va a poner un pie en el estribo, el *lunfardo* que va adelante, toca la campanilla: el cochero, engañado por el campanillazo, suelta el brek, los caballos arrancan, y el *otario* da un traspiés cayendo en brazos de uno de los *lunfardos* que lo sostiene y le ayuda a bajar cuando el coche vuelve a parar: la *punga* está hecha.

En una función de iglesia, donde hay muchas personas, una mujer se desmaya: la gente se aglomera a su alrededor, hay empujones, codazos, pisotones, etc., a cuyo favor los *punguistas trabajan*. Es la *mina* (mujer) de un *lunfardo*, que en combinación con su *bacán* (hombre), se finge enferma para atraer *otarios*.

La mucama de una casa rica va por la calle llevando un regalo de valor; un hombre la asedia con requiebros amorosos, a poco de andar encuentra un ebrio que se cae sobre la mucama, echándola por tierra con el regalo; cuando la mujer se levanta, su galán y el regalo han desaparecido.

De noche, un ladrillo o una tabla cae sobre dos personas que pasan por la vereda: una de ellas es lastimada o al menos golpeada, es el *otario;* la otra ofrece su ayuda y levanta al lastimado, es el *punguista.*

Cuando la venta de billetes de lotería no era clandestina, como en la actualidad, había billeteros *punguistas* que detenían y entretenían a los transeúntes para que sus compañeros apreciaran sobre poco más o menos la cantidad de *ferros* (pesos) que un presunto *otario* llevaba en la *música.*

Es casi inútil citar los casos en que un *lunfardo* arroja a los ojos de un transeúnte un puñado de pimienta y le arrebata la que lleva en las manos.

Era antes muy usada por los *punguistas* una especie de tijera de plegar, encorvada en la punta, para tomar con ella, como si fuera pinza, los objetos que un *otario* llevaba en los bolsillos.

Para cortar bolsillos, usan tijeras de acero muy afiladas y excesivamente apretadas, pero con mucho aceite; para cortar las cadenas de los relojes emplean un instrumento llamado cortauñas, que emplean también los joyeros y los pedícuros, aquéllos para cortar alambres y éstos para lo que el nombre del instrumento indica.

La mano es la mejor herramienta del *punguista,* que suele emplearla a veces para sacar un reloj y romper la cadena, apretándola o tirándola entre los dedos.

En general, si el *punguista* está a la derecha del *otario,* le roba con la izquierda, y viceversa, si está a la izquierda, lo *chaca* con la derecha.

Un caballero inglés vestía, en un 25 de Mayo, un pantalón con bolsillos atrás y jaquet muy corto de faldones. Pasando por frente a la Municipalidad, un amigo suyo que estaba allí parado vió que le habían puesto cola; lo llama, se lo avisa, y el caballero se mira, o más bien se hace mirar: no era cola lo que llevaba colgando: era la trasera del pantalón que los *punguistas* le habían cortado a tijera para que el dinero cayera al suelo. Iba, pues, el caballero inglés sin cola, pero también sin un centavo.

*
* *

El *escrucho,* el robo dentro de las casas, exige cierta presencia de ánimo, mucho de atrevimiento en el que lo ejecuta y alguna inteligencia en el que lo dirige; no es *trabajo* para *otarios* (zonzos) porque la combinación de un *golpe a la gurda,* bien premeditado, requiere el exacto conocimiento del edificio, de los hábitos de las personas que lo ocupan, del mueble o muebles en que está el dinero y de la vigilancia policial que haya en el paraje donde está ubicada la casa.

Los *escruchantes* más terribles son los italianos, que están cons-

tituídos en pequeñas asociaciones de mutua protección, especie de alianzas ofensivo-defensivas entre quince o veinte *lunfardos*, que depositan en una caja común el producto de sus trabajos, sin que —cosa rarísima— jamás se roben los unos a los otros.

Los *escruchantes* argentinos, orientales y españoles, son tan arrojados como brutales en sus procederes. Andando *michos* (pobres) pasan por una casa cuyas ventanas están cerradas: uno se detiene y golpea fuertemente; si abren pregunta por sí mismo; si no abren después de nueve o diez golpes, mete la *chúa* (llave) en la cerradura, abre y entra.

Una vez dentro de la casa tantea las *chancletas* (puertas), las golpea, y si no hay signos de gente en los *bolines* (cuartos), abre aquéllas y registra todos los muebles.

Los *escruchantes* extranjeros poseen planos de cada sección policial, indicando las paradas de los vigilantes, cabos, sargentos y oficiales, la comisaría, las casas de los empleados de policía, los establecimientos públicos, y, lo que es más notable todavía, la indicación exactísima de la hora y día en que tal oficial entra de cuarto, a qué hora sale quien lo reemplaza, si es guapo, si es flojo, si tiene o no buen sargento, si cuida o duerme durante sus servicios, en qué negocios acostumbra a entrar estando de servicio, etc.

Antes de hacer un *escrucho*, y muy especialmente si es *a la gurda*, los *lunfardos* extranjeros organizan, sobre la casa que tienen en vista, un servicio de espionaje, para vigilar aquélla y la policía del distrito.

Esos servicios se hacen por turnos: de tal a tal hora fulano está de *campana* (espía); expirado aquel tiempo, viene otro a reemplazarlo, después un tercero releva al segundo, y así sucesivamente.

Estos espionajes suelen durar dos o tres meses; en ocasiones es necesario que un *lunfardo* requiebre a la *mina* del servicio doméstico o que por lo menos se ponga en relaciones con la cocinera o algún sirviente, que sin sospecharlo le dará datos sobre la topografía de la casa, las personas de la familia, etc.

Los medios para llegar a obtener esa amistad son muchos, y uno de ellos es irse a vivir al mismo conventillo donde vive la cocinera; pero ninguno tan ingenioso como éste:

Un *lunfardo* que desea *escruchar* en una casa del centro de la ciudad, perteneciente a un potentado que la ocupaba, no podía conseguir ni una mirada siquiera de un mucamo que todo el día entraba y salía a la calle.

¿Qué hacer? Va a una confitería cercana, escribe algo en un papel, vuelve a la esquina, y la primera vez que sale el sirviente lo detiene, le muestra una inmensa cantidad de papeles de a un peso y le exige que por favor o por dinero le lleve esa carta —el

papel que había escrito— a la niña, de quien él estaba perdidamente enamorado.

El gallego, por codicia acepta; lleva la carta, es rechazada, y hete aquí conferencia entre el correo y el *lunfardo*, que, todo lloroso, le pedía la indicación de un medio cualquiera para hablar con la niña o el apoyo de un amigo para convencerla de que obraba mal.

A la noche el *lunfardo* vuelve —la familia estaba en el teatro— y con pretexto de ver cuál era y cómo se hallaba arreglado el dormitorio de la niña, entra y recorre toda la casa, explicándole el gallego, pieza por pieza y mueble por mueble, su uso y destino.

Aquí duerme el zeñoritu; aquí la zeñura y ésta es la pieza donde guardan el diñeiro, en aquella caga que parece de fierru, pero que es de madeira.

¡Dos días después —con ocasión de otra función de teatro— robaban en la casa la caga que parecía de fierru y con ella sesenta y tantos mil pesos!

Los individuos destinados a estos servicios están anotados por sus apodos (los ladrones no se nombran de otro modo), en pequeñas libertas idénticas a las que lleva el brigada de una fuerza de línea, indicando la hora, el día, la casa, que deben ser espiadas o las personas que se debe seguir o hay que tratar de atraerse, y la distribución detallada de todos los servicios, marcando los turnos de cada *campana*.

En esas mismas libretas suelen encontrarse anotaciones, sobre individuos o familias, muy semejantes a ésta:

"N. N. 18.000 ps. de renta, casa propia, casado, duerme en casa de la señora de X., calle... núm.... su esposa lo infama con N. N., que entra por la casa de al lado y sale a las cinco de la mañana. La sirvienta es medio zonza, les cree a todos los que la pretendan. El cocinero, que duerme en la casa, es sordo. N. N. es flojo, usa pistola de dos tiros".

En todo *escrucho* hay por lo menos tres individuos: el *campana*, que queda convenientemente apostado para dar avisos, y dos *escruchantes* que entran en la casa a hacer el *trabajo*.

Es imposible hacer una clasificación, o siquiera una enumeración de los medios distintos de que se valen para entrar en una casa; ellos varían con el género de vida de cada familia, la construcción de la casa, la vigilancia del distrito, la edificación del barrio y de la manzana, etc., etc. Se puede, no obstante, asegurar que el mejor y más seguro es entrar por la puerta de calle con llave igual a la que usan los dueños de la casa.

Para abrir puertas usan llaves iguales, ganzúas, contra-fierros de acero, diamante corta-vidrios, sierras muy finas y cortas y en ocasiones la daga o el cuchillo, no faltando vez en que de un puñetazo rompen un vidrio y hacen saltar un postigo.

Para abrir un ropero lo *acuestan* (lo ponen en el suelo con la luna para arriba) e introducen el *corta* (corta-fierro) en la hendidura de la puerta frente a la cerradura, y sin lastimar en lo más mínimo la madera hacen correr el pestillo, paran el mueble y hacen el *trabajo*. Los chiffonier sufren la misma operación.

Las cómodas con llave hembra, los escritorios ministros (que pasan por ser el mueble más seguro), no son movidos de donde están; los abren con una horquilla de las que usan las señoras en los peinados.

Las cómodas-escritorios con caja de fierro son abiertas primero con horquilla o ganzúa para bajar la tabla que sirve de escritorio, y la caja de fierro con *corta* o *chúa* igual.

El *escruchante* vulgar registra toda una casa y deja revueltos los muebles y las ropas; no sucede así con el *escruchante a la gurda*, que va sabiendo o sospechando donde está el dinero (jamás roba alhajas) y se dirige al mueble de la sospecha. Si acierta guarda el robo y sale; si no acierta registra toda la casa, pero no roba nada aunque no encuentre lo que busca.

La presencia de perros bravos en una casa es una garantía ilusoria contra los ladrones, porque ellos encuentran medios de evitar las mordeduras, sea averiguando el nombre del animal y llamándolo por aquél, robándolo el día en que van a dar el golpe, arrojando a la casa, por sobre el techo, tres o cuatro horas antes del robo, un pedazo de carne embebida en una solución soporífera, que lo adormece por toda la noche, envenenándolos, matándolos de una puñalada, o lo que es más común, peleándolos.

Un *lunfardo* se envuelve el brazo izquierdo en el saco, se acerca al animal, se deja morder el brazo envuelto y si el animal no se apacigua le asesta en medio de las orejas, con la cabeza del *corta* o el puño del *vaivén* (cuchillo) un fuertísimo golpe que lo desmaya. Si el lunfardo erra el golpe se retira y deja el *escrucho* para otra noche, porque en su sentir aquél es un mal augurio.

El *escruchante* lleva siempre *vaivén*, *bufosa* (pistola) o *bufoso* (revólver) aunque prefiere el primero, porque hiere sin ruido; va dispuesto a matar, pelea siempre con los particulares, en muy raros casos con la policía.

En los *escruchos á la gurda*, muy *a la gurda*, los *lunfardos espiantan* (se van) en una *cala* (carruaje) que los espera a dos o tres cuadras del sitio en que roban.

En la repartición del robo, si es dinero, o de su importe si no es divisible, observan la más rigurosa igualdad; los *escruchantes* y el *campana* obtienen cada uno el mismo *toco* (parte o porción). Ordinariamente, venden las alhajas en las ropavejerías o montepíos clandestinos, y las dejan fundir, pero son los dueños de las casas en que ellos juegan los que se quedan con la mayor parte de los objetos robados. Los *escruchantes* inteligentes mandan a

Montevideo, Rosario, Río de Janeiro y aun a Europa a vender las alhajas que roban aquí; así como los de aquellos puntos envían las suyas a esta ciudad. Las joyas de las meretrices y lenocinas, son en su mayoría robadas y vendidas a ellas por los ladrones.

El *beabista,* tercera especie de nuestra clasificación, es el más temible de los ladrones, porque ataca en parajes poco poblados, mal vigilados, en las altas horas de la noche o primeras de la madrugada.

Convenientemente embozados para ocultar el rostro, cubiertos generalmente con un poncho de paño, bien armados de *vaivenes* filosos y largos, con o sin *campana,* asaltan resueltos a que el desgraciado que cae en sus manos le entregue lo que lleva o a *refilarle la beaba* (herirlo o maltratarlo).

Los *beabistas* atacan en grupos de tres o cuatro cuando menos; son valientes, manejan bien el cuchillo, luchan todo lo que pueden cuando encuentran resistencia, y se fugan sólo en el caso de sentirse mal heridos o notar que se aproxima gente.

En ocasiones, las calles oscuras o plazas, son el teatro de sus hazañas, y en tal caso todos o al menos uno, va vestido de vigilante.

El *beabista* no tiene nada de especial; procede como cualquier otro salteador, y no es otra cosa que una reproducción del brigante calabrés, feroz y sanguinario, con las modificaciones de exterioridad a que naturalmente dan lugar la lengua y los hábitos de nuestra capital.

*
* *

El *punguista* que es *encanado* (preso), *estrila* (rabia) en los primeros momentos, protesta que es inocente, invoca las leyes y las garantías constitucionales, se muestra soberbio y hasta insolente; pero muy luego los bríos se truecan en mansedumbre que llega hasta el servilismo de la más abyecta delación: el *punguista* hace revelaciones sobre *trabajos* de sus colegas para que lo pongan en libertad.

Los *escruchantes* y *beabistas* que más fama de valientes gozan, se amilanan ante un oficial de policía, que ya conozcan como enérgico, o que se muestre tranquilo y sereno, si no saben quien es, llegando a tal punto el pánico que algunos les inspiran, que viéndolos venir por la calle se vuelven para no encontrarlos.

El más activo e inteligente de nuestros agentes de policía, el Sr. D. Avelino Robledo (hijo), *Robledito,* como le llaman los *lunfardos,* es la persona a quien más respetan, y al que quizá jamás le robarán nada. Una noche Robledo tenía que hacer una captura, cerca del 11 de Septiembre; deja su caballo en una esquina, y se va.

Pasa un *lunfardo,* nuevo en el oficio, repara en que nadie lo

ve, monta en el caballo y va a apearse cerca del Parque, en una fonda donde había reunidos muchos de sus colegas.

¡Los *lunfardos* conocen inmeditamente al animal, avisan al ladrón quien es su dueño y lo obligan a ir incontinenti a devolverlo!

Donde quiera que hay *lunfardos* reunidos, están jugando al *naipe* y hay *campanasa*:

Cuando éstos avisan, *chafo* (vigilante) levantan las barajas, y siguien alrededor de la mesa como si estuvieran conversando.

Cuando avisan *mayorengo micho* (oficial) se dispersan en las mesas del cuarto y fingen canchar o bailar unos con otros.

Cuando avisan *mayorengo a la gurda* (comisario), la reunión se disemina en toda la casa, un silencio sepulcral sucede a la bulla, las barajas pasan con la rapidez del rayo hasta el fogón de la cocina, y algunos se esconden.

Pero cuando dicen *Robledito*, cada *lunfardo* repite, *espiantá que viene Robledito* y se fugan sin que quede ni uno solo en el café, bodegón o lo que sea.

No hay, ni se puede imaginar individuo más cínico que el ladrón: uno de los más distinguidos oficiales de policía, el Sr. D. Pedro Basso, toma un *punguista*, en una reunión pública (doscientas o trescientas personas) en flagrante delito.

El *punguista* quiere deshacerse de las manos del Sr. Basso, que se ve obligado a derribarlo sobre el pavimento de un puñetazo.

¡El ladrón se levanta y le dice levantando la cara: "No me pegue, señor; de algo tiene que vivir el hombre!"

Un famoso ladrón de los tres géneros es capturado por el Sr. Basso en la 5ª sección, cuando hacía seis meses que se le buscaba. El miserable se insolenta, insulta a todos los empleados y hay que hacerlo callar por la fuerza, porque la gente empezaba a aglomerarse en la calle al oír los gritos.

¡Al tiempo de castigarlo, para que no gritara, el ladrón invocaba la Constitución provincial como garantía de su persona!

Otro ladrón es preso y cuando lo llevan a la policía es interrogado por el Comandante Viejobueno:

—¿Usted es el autor de tal robo? —le pregunta.

—¡Usted no tiene derecho para hacerme interrogatorios; ante el Juez competente sabré responder lo que me corresponde! —fué la contestación.

*
* *

El ladrón teme a la policía, pero la burla, porque ante la justicia ordinaria hace valer todas las prerrogativas que da nuestra legislación liberal a los procesados; usa y abusa de los artículos 13, 17 y 18 de la Constitución Provincial; sabe probar la coartada; promueve articulaciones sobre incompetencia, declinando de juris-

dicción en el caso de su proceso, y sobre todo tienen abogados que se dedican casi exclusivamente a gestionar sus asuntos, lo que se llama en la policía, *abogados de ladrones,* curiales que parecen haber nacido cómplices de los *lunfardos* y que agotan el caudal de la chicana para sacar en salvo a sus clientes.

*
* *

Una de las escenas más dolorosas es la de hacer reconocer un ladrón en una comisaría.

En el momento en que va a salir de servicio un tercio, se hace formar el tercio entrante en el patio, se trae al ladrón, se le para, se le saca el sombrero y el oficial o sargento pregunta a la tropa:

—¿Conocen ustedes a este hombre? ¡Conózcanlo: se llama N. N., tiene tal apodo, es ladrón!

Igual cosa se hace cuando el tercio que deja el servicio viene a la comisaría.

¿Piensa el lector que el ladrón baja la vista o que siquiera se pone colorado?

¡De algo tiene que vivir el hombre!

*
* *

Y estos miserables, cuya vida está constantemente en peligro, que son cada uno un enemigo de los demás, que no pueden tener domicilio fijo, tienen en su propia casa el mayor peligro, porque nada amenaza más a un *lunfardo* que su propia *mina.*

Cuando alguna de esas inteligencias brillantes —como hay tantas entre los ladrones— compuso la única poesía *lunfarda* que existe, el primer elemento que usó para su composición fué la escena tan frecuente y conmovedora de la prisión de un ladrón, hecha por delación de su querida, de la que era quizá el único poder capaz de redimirlo:

Estando en el *bolín polizando* (durmiendo)
Se presentó el *mayorengo*:
"A *portarlo en cana* vengo,
Su mina lo ha delatado".

Benigno B. Lugones.

Buenos Aires, marzo 17 de 1879.

LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA, por Benigno B. Lugones, "La Nación", 6 de abril de 1879.

Los Caballeros de Industria

(BOCETOS POLICIALES)

Consagrado en un folletín anterior a presentar una parte de los secretos del arte de *chacar* por medios violentos e ignorados al *otario*, es justo presentar también los de esa parte interesantísima que se llama estafar. En la estafa, el *gil* (sinónimo de *otario*) ve los objetos con que va a ser robado, pasea con los *lunfardos*, a veces *morfila* (come) y *atorra* (duerme) con ellos, les revela sus secretos y cuando nota que ha sido *chacado*, sus amigos están lejos, no quedándole otro recurso que presentarse a la policía a dar cuenta del suceso.

La estafa más sencilla, la más vulgar, pero también la más peligrosa para el *lunfardo* y que el celo de los Directorios del Banco de la Provincia ha hecho casi abandonar, es la de circular billetes falsos.

La mayor parte de las falsificaciones de moneda venían del extranjero y no eran, en ningún caso —aunque estuvieran en la ciudad— los falsificadores quienes circulaban los billetes; eran siempre sus asociados y ayudantes, que salían por la noche a gastar en las casas de negocio y prostitución; en regla general, el individuo que presentaba un billete falso para pagar una cuenta, de día, habío sido hecho *otario* o la persona que le había entregado el billete o billetes ignoraban que eran falsos: los verdaderos circuladores, los criminales, salían por la noche.

Repetimos la palabra billete, porque no sucede igual cosa con la moneda metálica falsa, que los ladrones presentan siempre de día, porque presentarla de noche es justamente poner a quien la recibe en la casi imprescindible necesidad de examinarla minuciosamente. De día los comerciantes se contentan con golpearla sobre el mostrador si es de mármol o en el suelo si éste no es de madera, y como el sonido engaña, la moneda pasa. El individuo que se presenta en casa de un cambista con moneda falsa es un *otario;* los *lunfardos* saben muy bien que no se puede engañar a las personas cuya única ocupación es vender y comprar metálico.

El padre de uno de los más temibles *lunfardos*, español que ejercía la profesión de pintor, fué arrastrado allá por el año 1863 ó 64 a entrar en una falsificación de billetes del Banco de la Provincia; recibió una suma fuerte para circular, no se le dieron las instrucciones necesarias para que ejecutara juiciosamente la operación, y descubrió el asunto, porque dejó de trabajar en su oficio y se presentó de día en los cafés y confiterías a pagar gastos con los papeles falsos. Varios de sus compañeros cayeron presos, él consiguió salir con fianza carcelaria y se fugó a Montevideo, donde ha residido por muchos años.

Después de este género de estafa deben colocarse la que se ejecuta con billetes de 500 reis (moneda brasileña) que se hacen pasar de 500 m$n., y la que se consuma con un billete de 40 centavos fuertes pasándolo por de 40 patacones.

El billete de 500 reis, que cuesta 6 $ 2 rls. en cualquier cambio, se asemeja mucho en el color al de 500 $ y puede pasar como tal en un paraje oscuro, ante la vista de una persona no habituada a ver billetes de 500 $. Las casas en que se hacen esas estafas, las personas que son sus víctimas, tienen tal carácter de indecencia, que la estafa misma es una sucesión de indignidades que no podemos, sin menoscabo de la moral, publicar en todos sus detalles. Bástenos decir que la *otaria* da generalmente 400 pesos de cambio al *lunfardo* y que en ocasiones pasa una noche entera al lado de éste, sin sospechar que al siguiente día va a encontrarse con un billete de 6 pesos y con 400 ó 100 de menos en su carera; esto si el *lunfardo* no le *escrucha* también las alhajas. Se ve que semejante *trabajo* es tres veces útil al que lo ejecuta.

La estafa con el papel de 40 centavos fuertes tiene por víctimas a las gentes recién llegadas del extranjero o de la campaña: tales personas no conocen bien la moneda, vienen ávidas de alguna ganancia y son buenos *otarios*, porque son ingenuas, cándidas y sencillas, muy especialmente nuestros paisanos.

Un hombre de campo que no tiene una casa de familia donde parar, viene a vivir en las inmediaciones de los Mercados, de las Plazas 11 de Septiembre, Constitución, Lorea o Montserrat, en una fonda a la cual llega toda clase de gente. Si el hombre tiene trazas de *otario*, un *lunfardo* encuentra el medio seguro de hacer relación con él en la primera o segunda mañana de su llegada y maneja la conversación de tal manera que pronto hablan sobre el pingüe negocio que hay con los billetes del Banco Nacional: el *lunfardo* le explica que tales billetes se reciben en la Tesorería de aquel Banco con un premio de tanto por ciento, porque ese establecimiento los convierte a la vista, y se lamenta de no tener dinero para atrapar alguno que vaya a salir al campo y quiera vender de esos billetes con pérdida, a causa de lo poco que circulan en la campaña. Después de algunas disgresiones, la conversación termina, el *lunfardo* es-

pianta, y hay cien probabilidades contra una a que el paisano ha tragado el anzuelo y ansía el encuentro de un tonto que traiga billetes del Banco Nacional.

La misma noche de aquel día o a la mañana siguiente, el tonto se presenta vendiendo uno o más billetes de 40 patacones a 20 $ el fuerte; el paisano, haciéndosele agua la boca, se echa en el negocio, entrega el *vento* (dinero), y suponiendo que ha engañado al pueblero, cuenta el asunto al fondero, que inmediatamente lo lleva a la comisaría de la sección para explicarle, ante el comisario, lo que ha sucedido.

Se ha visto también —pero no creemos que muchas veces— sacarle a un hombre 950 *ferros* con un billete de cien. El estafador había cortado de un papel inútil de 100, los dos ceros de una de las cifras y había pegado un cero a la derecha de cada 100 del billete con que iba a cometer la estafa.

El *otario* no sabía leer y cayó en la trampa porque se contentó con mirar ligeramente las cifras 100.

*

* *

Un medio muy común que usan los ladrones para estafar ropa, es ir a una casa de negocio, tratar una cantidad de objetos y hacerlos llevar con un peón a tal o cual casa particular que tiene dos salidas; el ladrón toma la ropa, le dice al peón que espere en el zaguán y se sale con aquélla por la segunda puerta de la casa, que generalmente da a otra calle.

Dos casas desocupadas de una misma manzana cuyos fondos sean linderos, sirve también para el mismo objeto, y muchas estafas se han cometido por ese medio.

El ladrón hace esperar al dependiente en el zaguán de una de las casas, salta las paredes y se fuga por la otra.

Es de notarse que el *lunfardo* antes que nada ha tenido cuidado de ir a la primera casa, cerrar puertas y ventanas, quitar el papel o papeles que anuncian que está en alquiler y llevarse la llave que ha tomado en el almacén de la esquina para ver "si le conviene la casa".

Este linaje de estafa no es privativa de ladrones reconocidos; muchos —nótese que decimos muchos— jóvenes que pasan por calaveras, que no tienen fuentes de recursos, que vagan de confitería en café, andan siempre bien vestidos. Esa ropa la consiguen estafando de la manera antes indicada: pasan a causa de que pertenecen a buenas familias como personas decentes; se les ve en bailes, teatros y paseos en unión con la más selecta sociedad, pero no se sabe cuáles son sus habituales ocupaciones: el juego, la estafa, la falsificación.

*

* *

Otro género de estafa bastante común es la de los pasajes para Europa a bajo precio, que se ejecuta en pretendidas agencias, expidiéndose pasajes impresos, firmados y sellados para buques a vapor imaginarios. Las firmas y los sellos son falsos y cuando la autoridad acude a la agencia, los estafadores han desaparecido.

Estas agencias tienen corredores que buscan *otarios;* la agencia, como es natural *refila toco* (da dinero) a esos corredores, que son muchas veces los instigadores y fundadores del negocio. Ordinariamente es porque algún *gil* encuentra en la calle a uno de esos corredores, que la policía da con los estafadores.

Cuando en 1875, la profunda conmoción que causó en el país la inversión de clases gobernantes, fué motivo de que abandonara nuestro suelo una inmensa masa de pobladores extranjeros, se estableció en la calle del Buen Orden, cerca de la Plaza de la Concepción, una agencia de pasajes para Europa que vendía los de 3ª clase a 30 patacones, debiendo los pasajeros partir el día 20 del mes en que tenía lugar la venta de los pasajes, en un buque imaginario de 3.000 toneladas, apellidado con el simpático nombre de Italia, que iría hasta Nápoles, tocando en Gibraltar, Marsella y Génova.

Llegado aquel famoso 20 (hasta el 19 se vendieron pasajes) los *angelitos* (sinónimo de *otarios* y de *giles*) se agruparon en número de 250 en el muelle de pasajeros. Los empleados de la Capitanía del Puerto descubrieron el asunto y se dió conocimiento del hecho a la policía, pero nada se hizo porque no se estilaba entonces capturar a los ladrones.

*

* *

Para estafar a un *bacán* que es *otario cuadro* (muy tonto, casi idiota) hay una estratagema que se usa en las plazas o calles solas.

Los *lunfardos embrocan* (miran filiándolo) al *bacán;* uno de aquéllos se separa del compañero, pasa delante del *angelito,* quedando el segundo *lunfardo* detrás de éste.

Cuando el primero ha llegado cinco a seis pasos delante del *otario,* deja caer un pañuelo que el *gil* se apresura a recoger, porque el trapo tiene un nudo en uno de los extremos; pero en el mismo momento que el *otario* se ha bajado a recoger el *lengo* (pañuelo) el segundo lunfardo lo toca en el hombro y se le para delante mientras el primero *espianta* a gran prisa, perdiéndose en la primera esquina y sin hacer caso de los llamados que le haga el *angelito.*

Si el que ha encontrado el pañuelo quería devolverlo a su dueño, el *lunfardo* lo decide a que no lo entregue y a que se repartan el importe de un *zarzo* (anillo) de oro con piedra, que va atado en el nudo; si no pensaba devolverlo lo decide también a hacer el reparto, con pretexto de que dando cuenta del hecho al *chafo* que se halle más próximo, va a hacerlo pasar por ladrón.

Establecido ya que se dividirán el anillo encontrado, éntrase a justipreciar la alhaja: ésta es una sortija con un agua marina muy brillante, un stras o un simple vidrio muy bien tallado. El *lunfardo* pondera su belleza y la avalúa en 1.500 o 2.000 *ferros*. El *otario*, que ha sido bien *embrocado*, posee generalmente la mitad de cualquiera de esas sumas o algo menos, la entrega al *lunfardo* y sigue su camino muy contento.

Si el *otario* no tiene más *guita* (dinero) que cien o doscientos *ferros*, los entrega comprometiéndose a dar después lo demás. El *lunfardo* acepta el trato y *espianta* con el *cabalete a la gurda* (el bolsillo lleno).

El anillo, a fin de cuentas, vale la suma de 40 o 50 pesos y en general, ha sido robado días antes.

*

* *

Se llama *escracho*, la estafa que se comete presentando a un *otario* un billete de lotería y un extracto en que aquél aparece premiado con la suerte mayor; la grande, como se dice generalmente; *la gurda*, como dicen los *lunfardos*.

El número del extracto que se muestra ha sido generalmente sacado de otro extracto y pegado sobre el primero; pero se han recogido y hemos tenido en nuestras manos extractos impresos, que habían sido hechos imprimir en tipografías del extranjero o de provincias. Unos y otros extractos se llaman *preparados*.

El estafador detiene al *otario* y le propone en venta el billete diciéndole que algún motivo poderoso le impide ir en persona a cobrarlo. Cuando el trato es aceptado generalmente la ganancia propuesta al *otario* es de 25 % y los *lunfardos* llevan a veces su audacia hasta a acompañar a aquél a la puerta de una agencia, en la cual le informan que ha sido estafado.

Cuando sale a la calle los estafadores han desaparecido.

En 1876 tres ladrones estafaron de esa manera, en tres mil patacones, a un señor recién llegado de la campaña, y mientras hacían el trato uno de los primeros, habilísimo *punguista*, le refiló el *bobo* y la *marroca* (cadena).

El hecho tuvo lugar en la calle de Moreno frente a la Plaza de Montserrat o en la plaza misma, no recordamos precisamente el paraje; sabemos sí con certeza que uno de los estafadores ha muerto hace poco en Río de Janeiro.

*

* *

Denomínase *espiante* la estafa que se consuma mediante algunas libras esterlinas que el estafador muestra al *otario*, colocadas en ambos extremos de unos paquetitos de papel blanco, rellenos con barras de hierro cilíndricas, del mismo diámetro que un soberano.

En una valijita de cuero se colocan muchos paquetes y cuatro

o cinco de los de la capa superior, *preparados* con las libras en los extremos: el estafador propone al *angelito* venderle una cantidad de libras esterlinas con un ciento por ciento de pérdida en el cambio: el segundo acepta. Entonces van juntos a un paraje solitario, donde el lunfardo, que finge estar apuradísimo porque se le va un tren, o por cualquiera otra causa, abre la valijita, saca los dos o tres paquetes *preparados*, despliega las extremidades de los papeles que dejan ver las libras y al tiempo de volver a doblar el papel, saca las monedas sin que el *otario* lo vea. Lo demás marcha a maravilla: el ladrón recibe el dinero, da la valija y fuga.

Los *otarios* de los *espiantes* se reclutaban entre las personas venidas de la campaña, de las provincias o del extranjero. Estas últimas traen siempre moneda metálica y los ladrones espiaban sus víctimas, las dejaban cambiar su dinero e inmediatamente las atrapaban ofreciéndoles una pingüe ganancia.

El Paseo de Julio era el punto obligado donde los estafadores iban a buscar, para esta clase de estafa, los *otarios*, y empezando allí el *trabajo*, lo consumaban en un paraje lejano, llevando el *angelito* a alguna plaza o casa desocupada.

Es natural suponer que fueran tontos de capirote los que tan tontamente se dejaban estafar, y sin embargo, la experiencia ha demostrado que muchos hombres inteligentes caían en un lazo tan mal urdido; bien es cierto que esos hombres no eran de la ciudad.

Los *espiantadores* eran capturados muy rara vez cuando se inauguró ese robo, pero la vigilancia que ejercían los oficiales de policía sobre los ladrones que conversaban con particulares, acabó casi por completo con el *espiante* y el *escrucho*.

*
* *

En la mayor parte de las estafas que hemos relatado, el ladrón conmueve profundamente el ánimo del *otario* excitando la fibra más sensible de la organización humana: la codicia, la sed del oro.

Pero el caso en que más excitación produce sobre el *otario*, cuando más lo conmueve, cuando hace palpitar violentamente su corazón y oscilar su ánimo como si jugara con una criatura, es cuando, presentándose como *escolasador* (jugador), lo hace pasar por todas las emociones del gozo y de la desesperación, quitándole y volviéndole alternativamente montones de dinero, por medio de ganancias y pérdidas que una mano diestra sabe a voluntad producir, según convenga, para no hacer entrar en sospechas —que podrían ser fatales— al que debe, víctima de su avaricia, dejar el todo o una parte considerable del dinero que lleve encima.

Un *otario cuadro* —un anciano, un joven, un campesino, un extranjero, un miope— no requiere ninguna habilidad, porque con colocar un lunfardo que le vea por detrás las *bremas* (barajas) y haga las señas respectivas, el juego está ganado.

Puede no irse hasta ese extremo: las *bremas* marcadas, que un buen *escolasador* conoce al vuelo, sobran para *chacar a un otario* y tal es lo que sucede en toda casa de juego con el que cae por primera vez a uno de esos abismos en que se hunden las riquezas y el honor de los hombres.

Si el *otario* es persona que muestre cierta viveza de espíritu y se sospecha que pueda maliciar la pillería de que va a ser víctima, se le hace poner *escabio* (ebrio) y en tal estado es el máximum, el non plus ultra del *otario cuadro.*

Todos los juegos de baraja —especialmente el monte, que es tan usado— se prestan para estafar a un individuo, y las largas veladas de invierno en los garitos, se pasan jugando según la máxima de los jugadores, que gana el que es más pillo.

Leyendo los libros de Eliphas Levi, Robert Houdin [1] y Kircher, la imaginación parece recordar espacios fantásticos en que visiones del séptimo cielo musulmán pasan veloces dejando de sí mismas un vago recuerdo. Yo creo que esas fantasías realizables mediante aparatos escénicos de elevadísimo precio, no tienen ningún valor ante los juegos de prestidigitación que noche a noche se ejecutan en nuestros garitos o que cualquiera puede ver y admirar en los vagones de segunda clase de los ferrocarriles.

Tallando al monte un buen *escolasador,* de los que se ocupan en estafar con las *bremas,* se pone en fingida connivencia con un *otario* para que éste juegue, por ejemplo, al as de bastos.

El tallador baraja, el *otario* corta, se sacan las *bremas* y sale el as: el otario juega el as porque su compañero le ha montado en boca un as. Se sacan las cartas que deciden el juego; es seguro que emboca la carta a que no ha jugado el *otario.*

Si éste es un hombre valiente que se enfurece, toma la baraja, la abre, ve todas las cartas, pero inútilmente, porque aquélla que él vió, fué sacada de la baraja en el mismo momento en que se la mostraron.

Es entre todos los juegos el más bello *la mosqueta,* que no lo usan *escolasadores* decentes, los que viven del juego, sino los ladrones que se fingen jugadores.

La *mosqueta* se juega con tres barajas pequeñas, de una pulgada de ancho por dos de largo y requiere cuatro personas: una que talle, dos que jueguen en connivencia con el tallador, y un *otario.*

El que baraja hace de modo que el *otario* vea entre los dedos pulgar e índice de su mano derecha una de las cartas, y baraja

[1] *Eliphas Levi*: "Dogme et rituel de la haute magie"; *Robert Houdin*: "Comment l'homme se fait enchanteur, Magie noire et magie blanche, La chimie apliquée aux enchantements".

de tal manera que crea que no la ha pasado a la mano izquierda donde tiene las otras dos.

Las tres barajas se depositan sobre el tapete, el *otario* es preguntado:

—¿Dónde está la carta?

Como no ha visto pasar a la mano izquierda la baraja por la que le preguntan, marca la que ha visto colocar sobre el tapete con los dedos índice y pulgar derechos del tallador: se destapa (se da vuelta) la baraja indicada. El *otario* ha perdido.

Este juego tiene sobre los demás la ventaja de no necesitar sino tres barajas, ser éstas muy pequeñas y presentar la mayor apariencia de legalidad. Es muy usado en los ferrocarriles y hay individuos que no viven de otra cosa. Nos consta que es una invención europea, porque en los vagones del ferrocarril Sud-Este de Inglaterra, que hace el servicio de Dóver a Londres, hemos visto avisos precaviendo a los pasajeros contra los estafadores que proponían un juego igual a la *mosqueta* porteña.

Un buen estafador no desnuda por completo a su *otario*, le deja una pequeña suma de dinero; no le gana de pronto; hace pasar el juego por muchas alternativas, perdiendo él mismo como si los eventos de la loca fortuna y no su voluntad guiaran los sucesos y no faltan casos en que presta dinero al que tan tontamente se lo ha entregado.

*
* *

Pero la más solemne, la más grave, la más formal estafa, es la *guitarra*, en que el estafador urde una trama tal que el estafado no puede reclamar contra él porque se vería envuelto en un proceso criminal.

Se llama *guitarra* la estafa misma y el instrumento que sirve para consumarla: lo que es aquélla lo veremos después; lo que es éste tratamos de decirlo claramente.

Un sólido, una especie de cajón de bronce muy amarillo, con un mango, semejante al de los secadores de escritorio, en uno de los cabezales del cajón, tal es la *guitarra*.

El cajón y el mango están divididos en dos partes que se abren como una visagra, merced a unas charnelas de ganchos que hay en uno de los lados.

Abierto el cajón aparecen dos chapas de fierro o bronce que vienen a dar al aparato la forma de dos cajones, unidos por las antedichas charnelas: en medio de cada una de esas chapas hay un agujero redondo y llenándolo, un cuño de libra esterlina ahuecado que representa en uno el retrato de Su Muy Graciosa Majestad y el otro el S. Jorge que lancea el dragón.

Uno de los cuños es inmóvil, el otro puede moverse merced a una palanca que se desliza en el espesor de uno de los lados del

mango; cuando se empuja esa palanca el cuño corre por debajo de la chapa y frente mismo al agujero viene a colocarse, dentro del cajón, mediante un mecanismo, un cilindro abierto, que contiene un fuerte alambre enrollado en espiral (un resorte) y cuyo cilindro tiene el diámetro de una libra esterlina y puede recibir una docena de éstas.

Así pues, cuando se colocan los soberanos dentro del cilindro y se aprieta la palanca, el cuño corre, el cilindro se coloca delante del agujero y saltan una moneda, dos, tres, las que se quieran, según la voluntad del que maneja el aparato, prolongando o acortando la presión sobre la palanca. Debemos añadir que ésta vuelve a su primitiva posición cuando cesa la presión que sobre ella ejerce la mano.

Para ejecutar la estafa, el *lunfardo* deja la *guitarra,* la *máquina* —como le llaman los ladrones vulgares— en casa del que será víctima de la explotación. El estafador deja el aparato sin decir para qué sirve, pero tiene cuidado de excitar sobre él la curiosidad del depositario encargándole que no lo muestre a nadie, que lo esconda y que no lo desenvuelva para verlo.

Al cabo de una semana el ladrón vuelve a la casa cuando ya la curiosidad ha obligado al depositario a ver qué cosa es el instrumento. Aquellos dos cuños, que parecen de acero, le han hecho sospechar que es una máquina para falsificar moneda y sin esperar que el estafador le hable del asunto, rompe sobre él la conversación.

El *lunfardo* acaba por confesar que la sospecha es fundada, e invita al *otario* a ir a una casa el mismo día o el siguiente, a ver cómo se hacen las libras, y se va llevando la *guitarra.*

La cita tiene lugar, y en presencia de varias personas que se hallan en la casa, el *lunfardo,* o alguno de sus compañeros, echa por un lado de la *máquina,* medio abierta, una pasta amarilla, que, sin que lo vea el *otario,* saca por el otro lado. Cierra la *guitarra* y la coloca sobre una mesa en medio de una cantidad de barras de bronce que parecen de oro y tienen acuñada la palabra PERU y a cado lado de ésta un cóndor.

Después de diez minutos abre la *máquina* y salta una libra esterlina caliente; saca dos o tres más; vuelve a echarle pasta amarilla y finge acuñar hasta doce soberanos.

El *otario* toca las monedas calientes, sale con ellas a la calle, las lleva a dos o tres cambios de moneda donde se las toman en premio porque son de buena ley. Todas esas circunstancias, el haber visto saltar la moneda de entre el aparato, la pasta amarilla y las barras de oro, le hacen creer que aquéllos fabrican realmente libras esterlinas. Pide las explicaciones que son del caso y le dicen que tienen el oro, como lo ha visto, pero que necesitan dinero para comprar más barras y el ingrediente que da al oro la ma-

leabilidad requerida por el aparato para acuñarlo.

El *otario* se lanza ciego en el negocio y entrega cincuenta o cien mil pesos inmediatamente; pero lo más común es que vuelva al siguiente día a la misma casa, entregue el dinero y vea hacer libras presentándose en ese momento la policía que quiere capturar a todo el mundo; pero que por intercesión del *lunfardo* iniciador del negocio —que se declara único culpable— deja libre al *otario.*

Los ladrones se ocultan durante una semana o quince días y aparecen al cabo de ese tiempo diciendo que han estado en la Penitenciaría, que han salido con fianza o por empeño y que los jueces se han quedado con el dinero. Los policianos no son sino cómplices de los *lunfardos.*

El *otario,* que cree a ojos cerrados en la falsificación, da más dinero para la operación y así le sacan dos o tres veces una suma igual a la primera, hasta que el hombre cae en la cuenta de lo que le está sucediendo.

La *guitarra* funcionando, produce en el ánimo del *otario* tal impresión, que un propietario de la ciudad de Córdoba vendió dos casas de aquélla y una estancia en la provincia del mismo nombre, cuyo importe fué a parar a mano de los estafadores mediante el *trabajo* de la *máquina,* con la que el inocente cordobés creía haber resuelto el problema de los alquimistas.

*
* *

El *oro mejicano* es la estafa que se comete vendiendo barras paralelepípedos de fierro, que se recubren con una capa gruesa de oro.

Los estafadores hacen forjar las barras de hierro y les hacen dar o les dan ellos mismos, no un simple baño de oro, sino una verdadera envoltura, una especie de vaina, que limada por cualquier punto no permite llegar hasta el hierro.

Los *lunfardos,* elegantemente vestidos y en carruaje, se presentan como en el *espiante,* llevando las barras en una valija; el *otario* las lima, las cree buenas y las compra a vil precio.

El trabajo de forjarlas y orificarlas cuesta 15 o 20.000 pesos; pero el producto es de 100.000 o más, y se comprende que por semejante ganancia se corra el riesgo de ir a parar a la *juiciosa,* a la *quinta* (penitenciaría).

*
* *

No debemos terminar sin mencionar la estafa que se consuma falsificando la firma de una persona al pie de una carta en que el firmante pide dinero u objeto de valor.

Idéntica a ésta, es la que cometen los sirvientes expulsados de

una casa, que se presentan en las tiendas, almacenes, joyerías, etc., pidiendo objetos a nombre de sus patrones.

"El Progreso" y la "Ciudad de Londres" han sido víctimas muchas veces de este género de estafa, y no hace mucho tiempo el respetable Sr. Murature lo fué de una del primer género.

Puede referirse a esta clase de estafas, el engaño de que hacía víctima al Alcaide de la Cárcel Pública, un español, habilísimo pendolista, que en tiempos del Gobierno del Coronel Dorrego se presentaba a aquel empleado con órdenes de libertad para presos, firmadas por el jefe del Poder Ejecutivo y refrendadas por el Ministro de Gobierno. Una y otra firma y rúbrica eran falsificadas, y cuando se descubrió el hecho, el Coronel Dorrego y su ministro no sabían distinguir las firmas falsificadas de las verdaderas.

Este mismo español se presentó al Banco y Casa de Moneda, bajo la dictadura del General Rosas, con una orden firmada por el tirano para que se le entregaran cien mil pesos, que la Tesorería puso en sus manos, engañada por la similitud perfecta de la firma falsificada con algunas verdaderas que existían en aquella oficina.

Dos días después el español fué preso en momentos que se embarcaba para Europa; pero el oficial de partida que lo capturó tuvo que dejarlo libre porque presentó un salvo-conducto de Rosas, según el cual el tirano lo comisionaba para comprar armas en Europa. Este documento era también falsificado. El oficial ignoraba que la orden de captura había sido dada por Rosas mismo y lo engañó la firma.

Benigno B. Lugones



INDICE

Este libro se terminó de imprimir el 5 de Septiembre de 1953,
en los Talleres Gráficos "Columbia", Venezuela 4148 Bs. Aires



